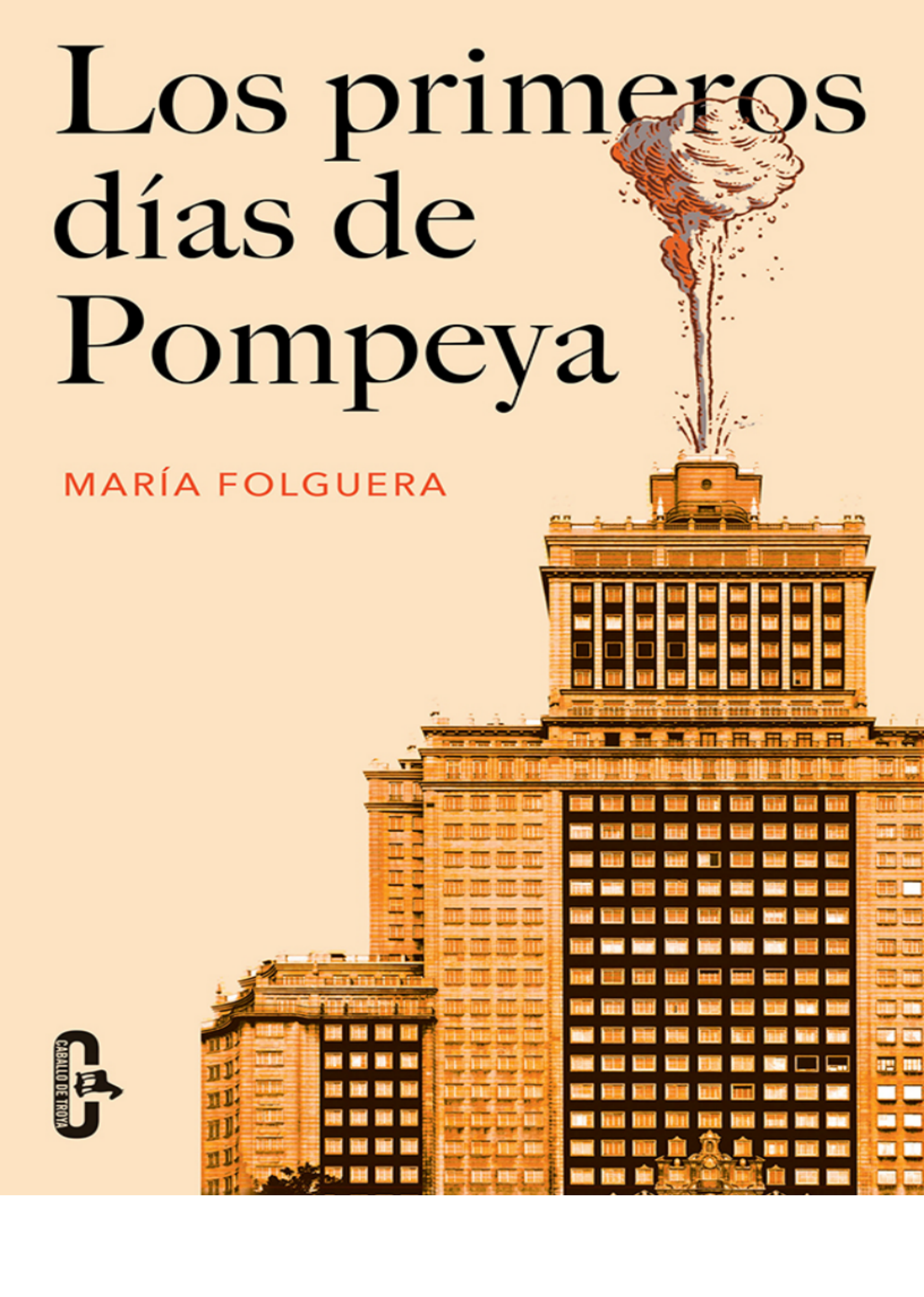

Los primeros días de Pompeya
MARÍA FOLGUERA
CABALLO DE TROYA

MARÍA FOLGUERA

Los primeros días de Pompeya



SÍGUENOS EN

megustaleer


@Ebooks


@megustaleer


@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

María Folguera (Madrid, 1981). Licenciada en Dirección de Escena por la RESAD y en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada por la Universidad Complutense de Madrid, publicó su primera novela, *Sin juicio* (Premio Arte Joven de la Comunidad de Madrid), en el año 2001. Desde entonces ha escrito y dirigido para su propia compañía teatral, Ana Pasadena, obras como *La guerra según Santa Teresa*, *El amor y el trabajo* o *Hilo debajo del agua* (Premio Valle-Inclán). Dos de sus relatos formaron parte de las antologías de jóvenes narradores *Última temporada* y *Bajo treinta*. Recientemente ha publicado el ensayo "Jefas en las series españolas de las últimas décadas" dentro del libro *Mujeres, sexo y televisión*.

A Jordi y a Cacahuete. En memoria de Pere y Joaquín

El país donde las puertas de los taxis se cierran solas y donde la gente se quita los zapatos para comer me sepultó en una Roma imaginaria más viva y más irrigada de sangre que los rostros de los bonzos zen con los que había venido a conversar [...]. Embellecí mi vida con días que no había vivido.

PASCAL QUIGNARD

1

Tu historia comienza en verano. A la sequedad, que se prolongaba cuando llegó octubre, se sumó una noticia que hacía más difícil respirar, dormir, avanzar, como si la ciudad se hubiera convertido en un desierto. Estaba preocupada porque por primera vez se había abatido sobre el mundo un suceso inevitable, y buscaba la mejor manera de comprenderlo.

El hecho era éste: mi tío Víctor sólo abría un ojo cuando alguien tosía a su lado, cuando un teléfono móvil se disparaba y derramaba su melodía, cuando el señor de la cama de al lado apretaba un botón y el enfermero carraspeaba por el telefonillo.

—Qué quiere.

—Se ha acabado el suero.

—Ahora mismo se lo cambio.

Víctor parpadeaba y volvía a abrir la boca llena de grietas, se hundía otra vez en un sueño caliente, se dejaba adormecer por la fiebre.

—Qué pesados sois. Cómo habláis.

Víctor intentaba alcanzar los últimos rayos líquidos de luz en el hospital, entregado a una tarea de la que desconocíamos los detalles, pero con la que nos aprestábamos a colaborar, sin saber muy bien por qué.

—Mira, Víctor —insistía yo en conversar—, ¿has visto que me he pintado las uñas de color azul? Se llama Electric Blue Shock, este color.

—Es horroroso —respondía él.

Estaba decidido a protestar ante la falta de silencio. Es difícil saber cuándo el que ya sólo fabrica silencio en las laboriosas celdillas de sus órganos quiere o no tomar el ajetreo que le ofrecen los otros, el préstamo del ruido y los planes.

—He comprado este pintaúñas en un chino, ¿has visto?

Yo destilaba ruido para Víctor, sin saber si lo aceptaba por educación o porque de verdad su silencio quería adornarse un momento con mis zumbidos.

Meses antes, Víctor había anunciado una enfermedad sentado en la mesa familiar, y desde ese mismo momento se había impuesto la certeza de que era mejor no hablar de ello. Seguramente ahí empecé a atisbar esta historia. Yo me preguntaba, ¿por qué este disimulo, por qué esta incapacidad para arriesgarnos a aceptar que se muere? El cáncer va pelando a la persona como si fuera una fruta y todos retrocedemos, aceptando la norma, sin saber quién la dictó, de no interponerse entre el cuchillo invisible y aquel que entorna los ojos. Sin embargo, aunque guardé las formas desde el primer momento, y no aflojé y no dije estupideces, y fui madura y me mantuve serena, cuando sucedió y Víctor cayó definitivamente bajo el sol que lo miraba sin parpadear, pensé que esto no iba a quedarse así. Hacía falta una palabra, un intermedio, una conexión para terminar de comprender cómo era esto de ver morir a otro. De todo este Génesis insatisfecho, el libro primero iniciado desde el asombro ante semejante pobreza funeraria, acabarías apareciendo tú. Tú, un punto de sangre entre tu padre y yo. La demostración de que en realidad no tenemos miedo; de que a pesar del miedo estamos dispuestos a morir una y otra vez. ¿Por qué no celebrarlo, entonces?

2

Tu padre y yo vivíamos en un antiguo almacén, en lo alto de un edificio de la calle del Carmen. La noche en que la historia continúa subíamos las escaleras hacia nuestra puerta. Al pisar, la madera se hundía ligeramente. Veníamos de despedir a Víctor: primero la cortina hermética había cubierto la ventana del tanatorio y después, abrazados y compungidos, los supervivientes nos habíamos marchado a comer, a una larga velada en un restaurante de mantel blanco. Buscamos consuelo en la carta del menú y estiramos la sobremesa hasta que cayó la tarde, sin otro ritual ni palabra mágica que nos prometiera una restitución. Nos habíamos despedido y yo me había preguntado si nos conformaríamos con esa tristeza sobria, si de verdad estábamos de acuerdo en aquella impotencia y aquella discreción. Por ejemplo, ¿debíamos haber reservado un espacio para Víctor? ¿No habíamos trazado demasiado rápido la nueva distribución de platos y sillas? Allí faltaba una solución para incluir a aquellos a los que ya sólo podíamos ver en las fotos.

Callaba y pensaba en esto mientras subíamos a oscuras, con el móvil en la mano, alumbrando paredes e interruptores inútiles. Nadie más vivía en el edificio. Nunca habíamos visto abrirse ninguna de las puertas que nos salían al paso, todas con un pomo que debió de ser dorado hace tiempo. Nuestra casa estaba en el último piso. Era estrecha y larga: un pasillo en el que se alineaban la cama, el sofá y la tele. En un rincón el dueño se las había arreglado para instalar una pequeña cocina, y en el único cuarto de la casa había logrado encajar el baño que definitivamente le permitiera considerar aquello un espacio habitable, y por lo tanto cobrar un alquiler a los primeros afortunados que la descubrieran. Estábamos orgullosos de vivir en el centro de la ciudad, y del precio barato que pagábamos gracias a que, seguramente, aunque el dueño se hubiera empeñado en hacerla

habitable, una inspección por parte de las autoridades competentes no habría estado de acuerdo.

Al entrar, como todas las noches de invierno, nos precipitamos a enchufar el radiador antes de encender la luz siquiera. La casa tenía ventanas a cada lado: en uno la galería de ventanucos gruesos sobre la calle del Carmen, y en otro, la ventana que daba al patio, atravesada por una hendidura que separaba el cristal en dos mitades. Hasta los ventanucos ascendía el murmullo de los que recorrían la calle abrazados a sus bolsas de papel y sus teléfonos móviles, y también la flauta que tocaba una y otra vez las mismas notas de «The sounds of silence». Su dueño se apostaba cada día junto a nuestro portal y cumplía con una jornada de más de ocho horas en las que repasaba el inicio de «The sounds of silence» hasta que ya no lo escuchábamos. Era como si agitara en el aire las cabelleras de Simon y Garfunkel insertadas en un palo, reclamando la colaboración del gentío apresurado que lo rodeaba, de compras, directo al cine, camino al próximo bar. La calle del Carmen era un sendero necesario para atravesar el corazón de la ciudad, que no ofrecía motivos para detenerse ni mucho menos descansar. Del otro lado de la casa, el del patio, de noche sólo nos llegaba silencio, hasta que empezara el día siguiente y se despertara también la cafetería de la planta baja, los únicos ocupantes del edificio aparte de nosotros. Nuestra única relación con ellos consistía en dejar que la freidora de su cocina arrojara efluvios de aceite oscuro hacia la ropa tendida.

Sentados en el sofá, a oscuras, tardamos en quitarnos el abrigo. Nos recuperábamos del trayecto de cinco pisos. La ventana del patio recogía un leve resplandor naranja, como si la luz de las farolas del barrio hubiera rebasado la azotea y se filtrara por la raja de cristal.

—Se ha despegado el cartón —dijo tu padre.

Y era cierto. En el suelo yacía una caja de galletas desplegada y aplanada, con los trozos de esparadrapo vueltos hacia el techo.

—Levántate tú.

—No, levántate tú.

Era nuestro remedio para callar el frío que empezaba a silbar por ese resquicio. Una eficaz manera de no llamar al cristalero y aguantar

hasta la primavera. Me agaché y cogí el trozo de cartón, observando el estado del esparadrapo. Decidí que podía reutilizarlo y presioné el cartón contra la fisura, intentando que las tiras de esparadrapo se adhirieran de nuevo.

—Pero cámbialo, qué te cuesta —dijo tu padre.

—No —dije mientras repasaba con el dedo el margen superior.

En ese momento, una ventana se iluminó en el patio. Dudé, pero tuve que soltar el cartón. Aquello era demasiado extraordinario.

—¿Qué pasa?

—Se ha encendido una luz.

Tu padre saltó del sofá y vino. Los dos nos asomamos por encima del cartón, que tenía el dibujo de un vaso de leche y una galleta con una espiga de trigo dorada atravesándola en diagonal. La ventana estaba encendida; no había cortinas, pero no dejaba entrever nada ni a nadie. Sólo una pared blanca.

—Ha venido gente nueva, entonces.

3

Me desperté con ganas de intervenir contra esa inquietud que había dejado en mí la despedida de Víctor. Había soñado que tenía una piedra muy ligera en la mano, tanto como una piedra pómez. La piedra me suplicaba que le diera agua; no tenía boca, ni hablaba, pero en el sueño yo era capaz de comprenderla, y buscaba líquido para evitar que se secara. Tumbada en la cama, pensé que la pesadilla era consecuencia tanto de la sed provocada por el banquete del día anterior como del recuerdo de Víctor en el hospital, exprimido y gris, color ceniza.

Recordé la ventana encendida. Salí de la cama y metí los pies en los zapatos helados. Cogí la manta del sofá y me envolví para acercarme al cristal. Tu padre se removió, emitió un quejido y luego volvió a oírse su respiración lenta y profunda. Al aplastar la nariz contra el vidrio no vi nada nuevo; la fachada del patio permanecía inexpresiva. De la cafetería llegaba el sonido de la radio, el choque de platos y vasos y los chasquidos de la freidora.

Sin soltar la manta, cogí mi ordenador portátil y me acurruqué en el sofá. Pulsé el botón de inicio. Quería buscar información acerca de mi tío. Entré en google y escribí su nombre, con apellidos. Estuve un rato separando arenas, y de vez en cuando detectaba un destello, entre referencias azarosas a otros Víctores y los sustantivos encerrados en sus apellidos, esquelas dedicadas al padre de mi tío, que se llamaba igual que él y había fallecido en 1980 —afortunadamente, la hemeroteca digital de un periódico había rescatado para la posteridad cada una de las hojas de sus números anteriores a la existencia de internet—, y, por fin, una noticia sobre mi tío, el 12 de septiembre de 1970: «Detenido en Gerona por introducir propaganda subversiva. El estudiante de veintisiete años proyectaba introducir en nuestro país unas maletas de contenido peligroso. Procedente de París, regresaba a

España en un coche Morris matrícula M-582921».

—¿Qué hora es? —farfulló tu padre desde la cama.

—Las ocho y media.

—¿Qué haces?

—Estoy buscando cosas sobre Víctor.

Tu padre suspiró y apartó el edredón para levantarse. Tosió y se rascó la cabeza, sentado sobre sus patas largas, en calzoncillos. Un escalofrío repentino lo sacudió y gateó hasta el extremo de la cama, donde se enredaban camisetas y pantalones. Mientras se vestía, miraba la pantalla del ordenador.

—¿Y qué has encontrado?

—Una noticia de google, de cuando era joven. Voy a guardarla.

Tu padre se incorporó y se dirigió a la cafetera para servirse lo que quedaba del café del día anterior. Mientras la taza daba vueltas en el zumbido del microondas, él continuaba frotándose los ojos.

—¿Y qué vas a hacer con eso?

—Pues no lo sé —reconocí—. Pero es que ayer me quedé muy rara después del entierro, y de la comida. Es como si no supiéramos muy bien qué hacer. ¿A ti no te parece que Víctor se habría enfadado si nos hubiera visto ahí, tan sosos, hablando de nuestras cosas, fingiendo que era un día como cualquier otro?

—Yo no diría tanto —replicó tu padre—; estábamos todos hechos polvo.

—Ya, pero ¿no vamos a hacer nada más?

—Qué podemos hacer —se encogió de hombros—. ¿Me dejas poner las noticias?

Asentí mientras releía la página de periódico que explicaba la detención de mi tío. No sabía qué hacer con ella. Reconstruir un relato sobre los secretos e historias perdidas de Víctor habría sido un gesto muy noble, pero yo no podía escribir más de dos líneas consecutivas. Alguna vez lo había intentado, pero me distraía enseguida: tu padre que entraba por la puerta o las notas de Simon and Garfunkel desde la calle o el teléfono móvil. Así no se puede, decía yo; necesito salir de aquí un mes y encerrarme y concentrarme y entonces sabré si puedo escribir, imaginar, lo que sea.

En la televisión se veía la Puerta del Sol, la plaza en la que desembocaba nuestra calle. Un chico cruzaba en patines, un vendedor de globos disfrazado de gato de peluche gigante le hacía morisquetas a un niño. «Disminuye la cifra de visitantes en Madrid. La capital española registró una abrupta caída de turistas durante los últimos meses.» Una pareja de ojos rasgados remaba en la laguna del parque del Retiro; él apoyaba el remo para sacar el móvil y hacerse una foto a sí mismos, suspendiéndolo en el aire para enmarcarse mejor. Decidí prepararme un café yo también y no descartar la posibilidad de escribir sobre mi tío; pensaría en ello a lo largo del día. Lo primero que haría al llegar a la oficina sería imprimir la noticia de la hemeroteca.

Al acercarme a la esquina de la cocina miré de soslayo hacia el patio. Fue entonces cuando por fin se prendió una bombilla amarilla en la ventana de enfrente, en el piso inferior. Contuve el aliento y susurré, porque no confiaba en que el cartón de las galletas consiguiera tapar del todo la grieta, que dejaría escapar nuestras voces:

—Tenemos vecinos, tenemos vecinos.

Tu padre se acercó, pero al no descubrir nada nuevo se dio por vencido y volvió al sofá.

—Ya nos cruzaremos con ellos.

—Yo quiero conocerlos, ¿voy a saludarlos?

Tu padre negó con la cabeza, resignado.

—Sí, claro, como en las películas.

Después de vestirme, y morder un trozo de pan, y salir por la puerta, bajé las escaleras pausadamente, dando tiempo a los nuevos inquilinos a reaccionar y salir a conocerme. Pero el descansillo del piso inferior permaneció mudo y sombrío, como todas las mañanas hasta entonces, con su aire de centinela petrificado. Seguramente era temprano para encontrarse; continué bajando los peldaños. Al salir a la calle del Carmen me recibió el amigo de la flauta, que se preparaba para su concierto cotidiano de las cuatro notas de «The sounds of silence». Con su chupa de cuero, su cabello apelmazado en cordones lanudos, que lo coronaban como a un poeta antiguo, se llevó el

cilindro de plástico a los labios y comenzó a soplar. Al pasar junto a él me lanzó su plegaria de todos los días, «Una monedita, guapa», pero preparado ya para soltar la segunda parte, «Hija de puta». Otras veces increpaba a los viandantes con «Eso, eso, vete corriendo», o «Que no tengo sida, hijo de puta»; pero conmigo, antigua conocida, resolvía más rápido.

Descendí por la Puerta del Sol y dejé atrás el pez de cristal, la boca de metro por donde se internan cientos de personas como oleadas de plancton. Intentaba imaginar una despedida sincera para mi tío. Llegué caminando hasta El Teatrito. Fui la primera, así que pude imprimir la noticia de periódico tranquilamente. Pero mi jefa no tardó y guardé el papel doblado en un bolsillo. Juntas repasamos las tareas de la mañana y me dispuse a acatar la primera. Ya había agarrado la escoba cuando recibí una llamada de Adriano.

—Voy a trabajar a tu barrio. ¿Estarás?

Le dije que sí y quedamos en vernos en una hora. Para acabar a tiempo decidí empezar por el escenario. Una compañía polaca había realizado la última función de *El jardín de los cerezos* el día anterior y estaba todo asperjado de pétalos blancos. Así se había invocado la presencia del magnífico cerezal del jardín del que hablaba la obra: diseminando restos de pequeñas flores por el suelo. Cualquier riguroso de la botánica habría descubierto la verdad: eran pétalos de almendro, pero no habíamos tenido otra opción; yo misma acompañé a la productora de la compañía, una joven becaria de prácticas, a preguntar a la floristería, y lo único que pudimos conseguir fue un hatillo de ramas de almendro. No obstante, estábamos contentos con el resultado. Había venido a verlo más gente de la esperada, unas treinta personas cada día, lo cual nos alegró como anfitriones teniendo en cuenta nuestro pesimismo inicial.

La otra tarea de la jornada, que decidí relegar a la tarde, después de haberme visto con Adriano, era preparar la llegada de la compañía valenciana. Ésta venía subvencionada por ser un espectáculo de danza, para nuestro alivio. Así nos ahorraríamos los terrores de la recaudación. La compañía, tres chicas y un chico, cobrarían aunque vinieran pocos amantes del género, amenaza siempre cercana en El

Teatrito; motivada por el frío y las ganas de quedarse en casa, la reticencia a gastarse catorce euros en un producto desconocido; o el buen tiempo y la cerveza a un euro en los parques y los bancos de la calle, o un partido de fútbol. Nunca se podía predecir desde qué lado soplaría el viento capaz de arrasar nuestra modesta grada para espectadores.

—Los valencianos nos han pedido diez sacos de tierra —me había dicho la jefa—. Ya les he dicho que nosotros no podemos pagarlo, que tienen que asumirlo ellos; pero tú les acompañas esta tarde al vivero y allí lo compráis.

Los pétalos blancos se habían adherido al suelo, surcados por delgadas líneas marrones de óxido, aplastados por el tránsito de los actores en la escena. Para despegarlos tenía que arrodillarme y rascar con las uñas. Alguien se había dejado una mochila en el camerino; ahora nos escribirían desde Polonia y nos pedirían que por favor se la enviásemos por correo. Una compañía de teatro en gira es como un grupo de niños de excursión. Siempre hay pérdidas de objetos. También se habían dejado un bote de nocilla y un costurero; decidí que les enviaríamos el costurero con la mochila, pero el bote lo dejé en un asiento de la primera fila, para acordarme de tirarlo a la basura. El sonido de unos pasos sobre la tarima y una exclamación de felicidad se adelantaron a mi propósito:

Tono había descubierto la nocilla.

—Iba a tirarla —respondí, sabiendo que desencadenaría una reacción apasionada.

—Pero qué dices, esto me lo pongo yo al lado del ordenador con una cucharita y voy repostando cada rato.

Tono agarró el bote de nocilla y se perdió por la puerta que lleva a la oficina, pero aun así subió el volumen de voz para que yo lo oyera.

— El azúcar es muy bueno para los trabajos intelectuales, reina.

Sobre lo de «trabajos intelectuales» yo iba a hacer una observación, pero antes de formularla ya sabía que era mejor callar. Tono ahora pasaría un rato decidiendo qué hacer, si ir al comercio chino a comprar una cuchara de plástico, si comprar pan de molde y un cuchillo para untar la nocilla, o aprovechar que sólo éramos tres en la

oficina y meter directamente los dedos en la nocilla, chuperreteando a conciencia luego para no manchar el teclado del ordenador. Terminé de barrer el escenario y fui a los camerinos. En el recogedor, a la maraña de polvo y pétalos marchitos se superpusieron enseguida horquillas, papeles de caramelos, hojas sueltas del libreto y cabellos de diferentes colores y longitudes. Las baldosas del suelo ya sólo estaban maculadas por las huellas que habían dejado los polacos al salir de la ducha. Cuando me di cuenta de que se nos había acabado la lejía, y me asomé a la puerta, la voz de Tono replicó:

—Compra, por favor, pan de molde y un cuchillo y una cucharita de plástico.

Pero ya había salido a la calle, fingiendo que no llegaba a escucharlo. No quería complacerlo, pero me salió caro. A mi vuelta, Tono estuvo chupándose los dedos toda la mañana, antes de pulsar cada tecla del ordenador. Él llevaba las redes sociales de El Teatrito, y como todos los lunes, cuando no podía anunciar un estreno, exprimía su intelecto para decidir qué escribir en Facebook y Twitter. De repente, proclamó:

—Voy a contar lo de que todavía estamos barriendo los pétalos de almendro. Te lo leo: «¡Buen lunes! Todavía rodeados de pétalos de almendro, tras el paso de *El jardín de los cerezos*». —Se quedó pensativo, y yo me regocijé en su estupidez—. Un momento: ¿por qué pusimos pétalos de almendro, si era un cerezo?

Se lo expliqué. Él se escudó:

—Bueno, como nadie me cuenta nunca nada, no lo sabía. Entonces mejor pongo lo de que «Nos preparamos para una semana de danza arriesgada y transgresora».

Quedaban todavía quince minutos para mi cita con Adriano, pero ya no lo resistía más. Abandoné mi puesto en El Teatrito y dije que me iba a tomar un café. Tono ya no me pidió que le trajera una cuchara, ni pan, absorto como estaba leyendo un blog sobre *Los Diez Peinados Más Horribles de los 90*.

Adri estaba en la plaza, en medio de un espeso cerco ciudadano y policial. Un coche patrulla vigilaba los círculos concéntricos que lo rodeaban. El primero, un grupo de vecinos que se manifestaba,

manejando insultos con cierta timidez, sin conseguir atravesar los siguientes niveles: los policías, los vecinos que piropeaban y aplaudían, y las cámaras de televisión entregadas a la riqueza del momento. En el círculo más estrecho estaban los colaboradores, asesores, responsables de gabinete, responsables de comunicación; ni siquiera ellos mismos sentían la necesidad de precisar a qué se dedicaban exactamente. Adriano era uno de ellos. Muy tranquilo, alternaba su mirada entre el suelo y un punto fijo del horizonte, uno que había inventado en su cabeza y mantenía a pesar de todos los obstáculos, móviles y muy ruidosos: las débiles voces que clamaban «Seguimos en la lucha, El pueblo no te admite», o los aplausos y los piropos, «Eres la mejor, Te queremos». Además de la reportera que hablaba a la cámara y atropellaba sus palabras porque a ella sí le desconcentraban los vaivenes de aquella marea humana. Adriano permanecía como una roca. Este cabrón es político hasta la médula, pensé enternecida. En el epicentro, la roca mayor: la Presidenta. Estaba inaugurando una placa metálica dorada en recuerdo a los vecinos del barrio que habían muerto en un atentado, y a los vecinos que habían prestado su ayuda y se habían convertido en héroes. Atornillaba la placa ella misma, sin dejar de posar para las cámaras. Quería que la recogieran así. Su determinación dejaba ver un aviso para posibles futuros terroristas del barrio.

—Presidenta, mire aquí —pedía un cámara.

Ella no soltaba el destornillador.

Hice un rápido gesto a Adriano. Él lo captó, demostrando que su mente vagaba solo en apariencia. Me guiñó un ojo; se encogió de hombros con ironía.

La Presidenta pidió, o más bien amenazó con guardar un minuto de silencio.

—Si estos señores —dijo a cámara, aludiendo al círculo de vecinos que protestaba—, si estos señores tienen a bien callarse sólo un minuto, podremos rendir un homenaje a las víctimas del terrorismo. Respeto y cordura, hombre, por favor.

Con esta impecable maniobra conseguimos pactar el inicio de un minuto sin decir una palabra más. Hubo algunos conatos despistados

de desorden, pero se apagaron solos. Adriano inclinaba su cabeza hacia el suelo. La Presidenta miraba al frente, ondeando como una bandera. De repente, alguien rompió a aplaudir y todo el mundo se unió, y así pactamos de nuevo que el minuto había terminado. La comitiva que envolvía a la Presidenta se puso en marcha, transformándose en una célula viva que ahora resbalaba hacia otro destino. Los vecinos, elásticos y dispuestos a seguir a este núcleo, echaron a andar también. Adriano y yo nos acercamos; él salió del cinturón que protegía a la Presidenta y por fin nos encontramos.

—Hija, siento muchísimo lo de tu tío —fue lo primero que me dijo.

—Gracias, cariño. Pero ¿qué haces tú por aquí? —Le agarré del brazo.

—Pues mira, haciendo doblete en tu barrio: la placa y la exposición. Qué sol, hija, ni una nube en el cielo desde hace meses, qué invierno más raro.

—Pero ¿qué vais a hacer?

Me intrigaba la agenda de una persona aparentemente irreal como la Presidenta. Adriano tomó aire, con aspecto de haber recitado el mismo bando varias veces esa mañana.

—Aprovechamos el aniversario del atentado, visitamos el barrio, guardamos un minuto de silencio, inauguramos exposición, y —Adriano cruzó las palmas de la mano extendidas, como zanjando el asunto— quedamos divinamente.

—¿Qué exposición?

Adri abrió mucho los ojos, escandalizado:

—¡La de Pompeya! ¿No te has enterado? ¡Te mato! Tienes que ir.

—Pero ¿dónde? —pregunté, y él me zarandeó con dramatismo.

—En el centro cultural, hija mía de mi vida. Déjate de teatritos y espabila, que tiene pinta de ser maravillosa.

El espacio al que se refería Adriano era el Centro de Arte Villa de Madrid. Un caparazón de acero y cristal, varado en medio de una plaza antiguamente ocupada por los restos de un mercado demolido. El caparazón que ahora ocupaba su lugar solía permanecer diáfano y limpio en su interior, vacío, con obras de arte expuestas en sus paredes; pero recorrido sólo por las escaleras mecánicas que lo

atravesaban de planta a planta, y por el guardia de seguridad que balanceaba su porra muy atento, por si entraba alguien.

—¿Y por qué vais a una expo de Pompeya? —pregunté a Adriano.

—Pues te parecerá extraño, pero nos viene muy bien.

Adriano respondía como siempre, envolviendo sus palabras en un sarcasmo fatigado. Se anticipaba así a mis comentarios acerca de su jefa o de la labor que desempeñaba día a día, al servicio de un partido político convertido en tabú en el entorno que yo habitaba. Las facultades diplomáticas y estratégicas de Adriano eran incuestionables en tanto que se adaptaba sin aparente conflicto a las expectativas de su interlocutor: conmigo se abstenía de tratar ciertos temas, eso estaba claro. Compartíamos entonces sólo aquello en lo que estuviéramos de acuerdo previamente; y cuando pisábamos terreno peligroso, él se desenvolvía con humor y un toque de cinismo.

—¿Qué tiene que ver Pompeya con nada de lo que haga tu Presi? —insistí.

—Pues mira, te explico. Así los periodistas pueden ligar los dos conceptos. —Adriano hizo chocar los extremos de sus dedos índices—. El homenaje a las víctimas del atentado, por un lado, y por otro las imágenes de la Presi en la exposición, visitando a los muertos de Pompeya. Está muy bien pensado. —Adriano ya tenía la media sonrisa en la que buscaba mi complicidad, para distanciarnos un poco de todo aquello y poder dejarlo pasar un día más—. Así —prosiguió—, queda muy clara la idea de víctima. Porque sin decir nada sobre los muertos del atentado, a la vez estás enseñando a los muertos de Pompeya, las figuras de escayola encogidas, o tiradas por el suelo, o abrazadas a su bolsa de oro, y no hace falta añadir nada más, la gente cuando lo vea por la tele se quedará con la idea de sufrimiento global. ¿Cómo te quedas?

Me tomé unos segundos y entrecerré los ojos.

—Yo quiero que bese la escayola —dije burlona—. Que se arrodille y bese a un muerto de Pompeya, pídeselo, puede ser espectacular. Que se implique de verdad con los muertos, que se comprometa físicamente, va a quedar un reportaje muy bonito. Ayer en el entierro me sentí fatal. Necesito un gesto sincero hacia los muertos, si lo hace

tu Presidenta te juro que la próxima vez la voto.

—Anda, calla, que me buscas la ruina —susurró—. ¿Pasó algo en el entierro?

—Nada, eso es lo que pasó, como si no hubiera pasado nada.

Adri no sabía qué decirme. Me preguntó por el trabajo, y me encomendó que saludara a Tono de su parte, ahora más cáustico y libre: Tono y él se conocían, creo que habían sido amantes ocasionales en el coche de Adriano, o en el portal de la casa de los padres de Tono.

—¿Y qué estrenáis esta semana?

—Una compañía de danza, valenciana, vente con tu Presi.

Íbamos caminando por la calle, confundidos entre el séquito de vecinos, periodistas y guardaespaldas, que me observaban de reojo.

—Me acompañas hasta el Centro de Arte, ¿vale?

—Sí —respondí—, yo no entro, te dejo en la puerta.

—Espero poder ir al funeral de tu tío.

—Uf —protesté—; si el entierro ha sido así, cómo será el funeral.

—Es que últimamente no tengo vida social —prosiguió Adriano—; mi vida se reduce a seguir a la jefa en los estrenos, reuniones, comités de emergencia, yo qué sé. Esto de ser su reposapiés es muy cansado. Los viernes acabo tardísimo, es casi el peor día.

Los opositores al régimen habían sacado silbatos y pitaban. La Presidenta marchaba al frente, contando con esa algarabía como si considerara a los disidentes tan sólo una ristra de latas atadas a ella para destacar todavía más.

—Bueno —contesté yo—. Nos vemos pronto. A pesar de todo esto —señalé con los ojos y la barbilla a la comitiva que se acercaba a las grandes puertas de cristal del centro de arte—, te quiero y te aprecio. Además, ahora tengo vecinos, con lo cual ya no podrás decir que mi casa te da miedo.

—Siempre has tenido vecinos, pero son invisibles; eso da miedo.

—Que no, que tengo vecinos de verdad —insistí.

Pero cuando él me preguntó quiénes eran, no pude responder más que con la promesa de que lo averiguaría.

4

Dejé a Adriano en la puerta del centro cultural. El cortejo tardó unos minutos en organizarse y adentrarse por completo en el edificio. Los vecinos que se manifestaban se habían dispersado, y los pocos que quedaban discutían qué hacer, esperar que saliera la Presidenta o marcharse a tomar el aperitivo. En la fachada se desenrollaba el cartel de la exposición *Pompeya: Vida de la catástrofe*. Y en él, una pintura de una joven romana que se llevaba un lápiz a la boca, muy concentrada. Tenía los ojos negros, y las cejas tupidas; quien la pintó desde luego quiso decir que su mirada traspasaría las paredes cubiertas de ceniza y después la memoria y efectivamente había acertado. La muchacha me miró, mordisqueando el lápiz en su boca. Decidí que me asomaría a conocerla. Volvería a El Teatrito, y a mediodía, en lugar de comer mi bocadillo y dormitar en algún pasillo de la grada, iría a la exposición.

Aproveché el trayecto de regreso al Centro de Arte para comprar en un chino unos botes de kétchup que nos había pedido la compañía valenciana de danza, para utilizar en escena. Como siempre, mi jefa había querido advertirles por teléfono que se las tendrían que pagar ellos mismos, que nosotros no podíamos correr con ese gasto; pero yo la había disuadido, diciéndole que ya se lo explicaría yo misma. Mi jefa meneó la cabeza:

—Tú en realidad lo que quieres es comprarles el kétchup para que no piensen que somos unos cutres. Te digo una cosa: estás confundiendo la ética con la estupidez, y así, abusamos todos de ti. Yo ya te lo he dicho.

Con los botes de kétchup en una bolsa de plástico, atravesé las puertas de cristal, que se abrieron suavemente. El silencio se extendía como un manto sobre el vestíbulo, restituida su calma habitual. El guardia de seguridad se giró sobresaltado.

—Hola —dije.

—Hola —carraspeó.

Miró de reojo y vi que había un mostrador con una compañera suya sentada detrás, igual de inquieta ante mi presencia. La chica, con el pelo bien estirado y recogido, un pañuelito al cuello y una chaqueta, alisó la cara y me dio la bienvenida.

—¿Cuánto cuesta entrar a la exposición?

—La entrada es gratuita —me dijo muy animada—, pero tiene que dejar la bolsa en las taquillas.

Pensé que si el guardia de seguridad revisaba mis bolsas no iba a tener ninguna duda acerca de mis intenciones: montar un numerito con los botes de kétchup entre los restos romanos. Quejarme de algo, no sé; pintar lágrimas rojas en los ojos de las estatuas y escribir alguna consigna en una pared. Como esta posibilidad se me acababa de ocurrir, y de momento no quería quejarme de nada, sólo mirar, deposité la bolsa en la taquilla.

—Que disfrute de la exposición —formuló la chica del mostrador.

El edificio caparazón, por dentro, era una bóveda surcada por pasillos de paredes prefabricadas, un mar de hormigón y acero. Me moví por la ruta que indicaban los letreros. Contra la pared se sucedían las pantallas de vídeo, las urnas de cristal con pequeños tesoros herrumbrosos dentro: un frasco de perfume, una lámpara de aceite, una figura de un dios. Leí en un panel que aquella mañana de agosto del año 79 la gente de Pompeya tenía sensación de sequedad, picor de oídos y de garganta, debido a la nube de gases que expulsaba el volcán. La gente de Pompeya no sabía lo que era un volcán; por eso no huyó, siguió haciendo su vida.

Me interné siguiendo el hilo de palabras por el pasillo. Empezaba la sucesión de cuerpos de escayola, inventados a partir del hueco que dejaron los cuerpos reales en la ceniza petrificada. Un señor sentado en el suelo, encogido, aferrado a su bolsa de oro. Un perro retorciéndose, con una cadena al cuello. Una embarazada recostada. El pasillo seguía hasta una pared sin salida. Allí se recortaba una silueta imprevista, de pie, que observaba los trozos de cuerpo gris.

Ella también se sorprendió al oírme. Pero tuvimos que mirarnos de reojo, porque, al fin y al cabo, ¿por qué habíamos dado por hecho que

estaríamos solas en todo el recorrido? Ella tenía el pelo rojo. No pude ver más. Seguí recorriendo con la mirada los dos cadáveres de escayola que se abrazaban ante mí, roídos por su propia porosidad, la cara de uno refugiada en los brazos del otro. La visitante pasó junto a mí, abandonando el pasillo de las figuras postradas. Sus pasos resonaban con impaciencia, queriendo dejar claro que se iba porque me había visto. A lo mejor hasta entonces había estado en un sereno recogimiento, paseando por una Pompeya destruida sólo para ella.

Pude ver que sus botas eran rojas, y de piel de serpiente. Pisaba con firmeza porque llevaba botas de cowboy. Así cualquiera, pensé yo, posada sobre mis zapatillas de goma de los chinos. Tanto por la rapidez con la que se había desvanecido, como por las zancadas con las que avanzó al pasar junto a mí, antes de desaparecer, sentí que se había establecido una jerarquía, y yo había quedado por debajo. Pero no me disgustaba. Me había asomado al Centro de Arte por lo que me había contado Adriano: sentía curiosidad ante el uso propagandístico que la Presidenta había querido hacer de su visita a la exposición, sembrada de anónimas víctimas del pasado. Ella y su equipo pedían a sus conciudadanos que recordaran que morir abruptamente, antes de tiempo, dejaba en el aire un desgarro que se extendía a través de los siglos; y en ese sentido había querido asimilar Pompeya a nuestro barrio, puesto que en nuestro barrio un acto terrorista una vez había hecho saltar en pedazos a varios cuerpos como los que ahora observaba yo moldeados en escayola, a partir de su huella en ceniza. Sólo que a los de nuestro barrio ni siquiera les había quedado el consuelo de una sombra íntegra, porque no habían dejado tras de sí una forma humana reconocible ni reconstruible. Los conciudadanos entonces, al ver a nuestra Presidenta acercándose tanto a los cuerpos de ceniza, debíamos estremecernos y votarla, puesto que ella no tenía miedo de acercarse a la muerte. Por esta estrategia yo había entrado en el Centro de Arte como si fuera el templo de una religión ajena, con cierta incomodidad irónica. Por lo tanto, acepté que la otra se molestara, y no conviviera conmigo en la sala. Yo la había obligado a marcharse, irrumpiendo con mi aire de espía envenenada, ajena a la contemplación pura.

Después, al avanzar por la exposición, ya no la vi. Había proyecciones en vídeo, en la pared, de los famosos grafitis de las calles de Pompeya («Celadius, el gladiador de Tracia, es el favorito de las chicas»). Había un gabinete al que se accedía a través de una entrada estrecha, y que alertaba con un cartel de que no era conveniente que los visitantes menores de edad se asomaran a los detalles de los prostíbulos pompeyanos. Al salir de aquella gruta, nombrada «El lupanar», me encontré con el muro dedicado a Plinio el Viejo y su sobrino Plinio el Joven. Parece ser que Plinio el Joven discutió con su tío Plinio el Viejo el día de la erupción, porque éste quería quedarse en Pompeya, cuando ya los ríos de gas amarillo se desenrollaban desde lo alto del Vesubio y caían por la ladera. Plinio el Viejo miró arriba, desde su barco, atracado en la bahía, y vio las volutas color mostaza suspendidas en el aire. El tío se empeñó en adentrarse, fascinado por el espectáculo inesperado que un hombre de ciencias como él no sabía clasificar. En cambio el joven Plinio, el sobrino, prefirió quedarse en el barco. Tres días después encontraron a Plinio el Viejo tumbado a la orilla del mar. «Su aspecto era más propio de quien descansa que de quien está muerto», dijo su sobrino en una carta. El color mostaza de la atmósfera tóxica que envolvía Pompeya me recordó, tristemente, a los pequeños artefactos disparadores de kétchup que guardaba en la taquilla de la entrada. Debía volver a El Teatrito. Se acababa el tiempo del descanso para comer, y ni siquiera me había comprado un bocadillo. Apreté el paso hacia la salida, y me prometí a mí misma que como era gratis volvería, cuando quisiera huir de la conversación de Tono como si fuera una catástrofe volcánica. Recuperé mi monedita de la taquilla, y la eché al fondo de la bolsa, para que saltara entre los botes de kétchup de camino a El Teatrito.

5

Tu padre hablaba poco, de manera que a veces me llegaba la pregunta, cuando estábamos en un estreno en El Teatrito, por ejemplo, sobre su nacionalidad:

—¿Es guiri? —investigaban.

Una vez, alguien lo llamó «muchacho serbio», para mi regocijo. No, no era serbio, ni había venido a la ciudad con una beca de estudios. Es sólo que cuando había más de dos personas, se quedaba callado, le costaba participar. O mejor dicho, participaba, pero en silencio. Cuando alguien le hacía una pregunta delante de un grupo, sobre todo delante de desconocidos, podías sentir cómo cargaba con un peso con el que intentaba avanzar, como una hormiga trasladando un grano de arroz.

Yo me encontré con tu padre una noche. Me dijo que acababa de llegar a Madrid, que trabajaba en un festival de teatro, en el departamento de producción; y que no conocía a mucha gente. Me apresuré a recitar mi número de teléfono; era difícil creer que podría llegar a rozar siquiera a ese muchacho casi serbio de tan moreno, alto, con un pelo oscuro, unos huesos largos y una mirada amable y frágil. Decidí que iba a trabajar muy duro para seguirle la pista, que quería ser algo suyo, lo que fuera. Por primera vez, sentí que no iba a forzar la situación para enrollarme con él una noche y resolverlo ahí, por muy bueno que estuviera. Yo quería ser algo suyo; es más, estaba dispuesta a ser su amiga. ¡Su amiga! Podía resignarme a escucharlo y respetarlo y apoyarlo en cualquier aventura, conmigo o sin mí, con tal de observarlo de cerca; eso decidí.

—¿Sabes qué plan me gustaría? —me dijo—. Desayunar en el Retiro.

—Vale —repliqué—. ¿Tú cuándo puedes?

—Mañana —llegué a decir, esforzándome en no responder

demasiado rápido.

—¿Mañana? Pero ¿estás dispuesta a madrugar?

—Claro. Me voy a dormir ahora mismo y mañana quedamos a las once.

No me creía, pero le divertía el desafío. Madrugué para escoger el vestuario: una falda vuelo, de chica simpática, una camiseta negra con un dibujo realista de un corazón, envuelto en arterias y ramificaciones, y unas zapatillas. Me pareció que el dibujo del corazón me serviría para expresar mis aspiraciones sin asustarlo: Mira, esto va de vísceras, me llegas a la víscera, que lo sepas. Preparé el desayuno con dedicación hasta entonces insólita en mí: un termo de té que pedí prestado a mi compañera de piso de entonces, un tupper con cerezas, otro con dátiles, y salí a la calle a por una bolsa de churros. Tu padre se rió y agitó la mano a lo lejos cuando me vio bajar por la calle de Alcalá.

Él no conocía el parque. Cuando pasábamos junto al lago, me dijo:

—Un día voy a llevarte a las barcas.

Y lo dijo con tal aplomo y a la vez con tanto cachondeo que me tenía desconcertada, ¿estaba ligando conmigo o todo lo contrario? Quizá él había propuesto el plan más diurno para desmarcarse de toda sospecha erótica por mi parte. Finalmente escogimos un lugar en la hierba, detrás del enorme monumento de mármol a los pies del lago, unas escalinatas sobre las cuales se alzaba la efigie de Alfonso XII. Allí nos sentamos, y, sin mantel, iniciamos nuestro tímido pícnic. Podíamos ver las espaldas de los que deambulaban por el monumento: las parejas de recién casados chinos que se hacían las fotos para el álbum, el corro de rastafaris fumando y tocando los bongos. La luz del sol titilaba sobre el agua, y los niños chillaban y tiraban palomitas a las carpas del estanque.

—¿Para ti es muy normal esto de hacer planes el domingo por la mañana? —pregunté.

—No salgo mucho.

—¿Y qué haces en casa?

—Veo películas —respondió—. Ayer, cuando llegué, estaban poniendo *El club de la lucha*, y la vi otra vez.

—¿Y aprendiste algo?

Eran mis primeras tentativas de coqueteo. Me esforzaba por mostrarme receptiva y a la vez ágil en el diálogo.

—Que si te están dando una paliza, y te ríes, te pegan el doble; pero si sigues riéndote, hay un momento en que te toman por loco, y no te matan.

Así seguimos durante unas semanas. Fuimos al cine, a una exposición, paseamos. Me había entregado a mi rol de cicerone en su nueva ciudad, sin dejar de comportarme como una tipa divertida, ocurrente y espléndida. Por fin llegó el momento en que, durante una despedida, como siempre me puse de puntillas para poder abrazarlo y rodear sus hombros con mis brazos. Me agarró por la cintura y me levantó en el aire. Disimulé mis nervios con una risita, y él dijo:

—O te suelto, o te muerdo.

Ahora vivíamos en la casa estrecha del sofá y la cama, el ordenador portátil, el baño cuya puerta no cerraba bien. La ducha era realmente el único lugar donde podíamos escondernos el uno del otro. Pero afortunadamente pasábamos muchas horas separados, cada uno en su o sus trabajos, y por la noche nos lo contábamos. Tu padre reaccionaba siempre igual ante mis quejas en contra de Tono: «Yo a ese tío le reventaba la cabeza». Esto lo decía sin quitar la vista de la televisión, donde discurrían películas de las últimas décadas, preferiblemente de acción, con asesinatos y policías que beben capuchinos en sus vasos de papel con tapa de plástico. La noche después de que la compañía valenciana de danza hiciera su tercera función en El Teatrito, con la nueva recarga de kétchup que yo les había comprado, tu padre estaba viendo *El limpiador*. Ésa en la que Samuel L. Jackson es un ex policía que trabaja limpiando lugares donde se ha cometido un crimen. Cuando entré por la puerta, Samuel pasaba la aspiradora por la moqueta, enfundado en un mono blanco y con una mascarilla.

—¿Qué tal?

—Bien.

—Me he encontrado con la vecina —dijo tu padre.

¡Con la vecina! La película de Samuel L. Jackson discurría en

paralelo a mis inquisiciones, y tu padre alternaba la atención entre una y otra.

—Pero ¿cómo es?

—Es una mujer mayor.

—Pero ¿como de qué edad?

—No lo sé, mayor que tú, mayor que yo... pero no es una viejecita...

—¿Qué le has dicho?

—Hola.

—¿Y ella?

—Ella me ha sonreído. Ha dicho hola también.

Yo estaba indignada. ¡Os habéis saludado como si en esta casa fuera normal cruzarse con gente! Me acordé de Adriano, que decía que nuestro edificio sí acogía a muchos vecinos, pero eran invisibles, pertenecían a otras épocas y habían muerto hace tiempo. Lo decía queriendo quitarle importancia o misterio a la cuestión de los fantasmas.

—No son ni malos ni buenos —decía Adri—. Simplemente, esta casa, y la calle del Carmen, han sido habitadas desde hace demasiado tiempo. Aquí el ambiente está cargado.

La verdad es que no era extraño despertar en mitad de la noche, convencida de que había alguien de pie junto al fregadero. Y sí, tal y como decía Adriano, no era maligno, no amenazaba, pero estaba ahí. Me volvía a dormir y ya casi no lo recordaba. Tampoco sé si estos sueños empezaron después de las conversaciones con Adriano, y por lo tanto me había sugestionado. A lo mejor la casa estaba edificada encima de un pozo, un campo magnético, una convergencia de fuerzas químicas y físicas que perturbaba los pensamientos, quién sabe. En algún sitio había leído que la iglesia del Carmen, frente a nuestra casa, había sido un burdel. Y que a la altura de lo que ahora es el hueco donde está la estatua de la Virgen del Carmen había habido una figura femenina, una autómata que movía los brazos como reclamo para atraer a los clientes. Un enano, escondido debajo de las faldas de la muñeca, era en realidad quien manipulaba las articulaciones. La Inquisición había cerrado y destruido el local, y construido en su lugar la iglesia, ahora enfrente de nuestra casa. Con todo este ajetreo,

¿cómo no iba a acusar el aire de nuestra casa el trasiego de tantos enanos, frailes, prostitutas, monjas y llamaradas de fuego que recorrieron la calle de arriba abajo?

Pero la cuestión es que por fin había una presencia con sangre húmeda recorriendo sus escaleras y sus recovecos. Una señora mayor, como mínimo. Según había recordado esa misma mañana, gracias a la exposición de Pompeya, los romanos creían que sus casas estaban pobladas por seres invisibles también, los manes, y pasaban todo el año realizando complicados ritos para tenerlos contentos. Parece ser que lo que más les gustaba en el mundo a los manes eran las luces encendidas. En ese sentido, los habitantes antiguos de nuestra casa verían con buenos ojos que llegara gente nueva, porque así éramos varios encendiendo luces, el ordenador, la bombilla del pasillo de la vecina, la tele con la peli de Samuel L. Jackson. El mayor pecado que podía cometerse en una casa romana era apagar el fuego, o dejar una sala totalmente a oscuras. Eso enfadaba a los manes. De la misma manera, era obligatorio, una vez al año, hacer un ritual para comunicarse con ellos, consistente en ir por la casa dando palmadas y arrojando habas negras hacia atrás, por las habitaciones; el padre o tío de la familia era el encargado de hacer esto.

—Voy a ir a saludar a la vecina —anuncié.

—¿Y le vas a llevar un cesto de bienvenida? —preguntó tu padre mientras a su vez Eva Mendes preguntaba en la pantalla de la tele «¿Acaso está insinuando que yo maté a mi marido?».

—No, esto no es una peli americana, qué tontería.

Y le saqué la lengua mientras abría la puerta. La luz al otro lado del charco sombrío que desbordaba el patio era un faro, y por lo tanto pedía ser encontrado y alcanzado. En las escaleras probé a pulsar el interruptor, que a veces funcionaba y a veces no; ese día tampoco. Saqué el móvil del bolsillo y fui alumbrando los pasos. Avanzar, guiadas por un tenue resplandor verdoso, entre aquellas paredes altas y puertas de antiguos pisos nobles, majestuosamente sellados como tumbas, solía inquietar mucho a las visitas que llegaban hasta nuestro piso. Me recordé a mí misma que los manes de la casa siempre habían sido buenos, y yo estaba utilizando una luz, así que esto tenía que

gustarles. Toqué el timbre de la vecina. Imaginé la visión que le ofrecería la mirilla cuando se asomara: una lupa deformante, una esfera con una luciérnaga atrapada dentro, mi cabecita ovoide en el halo de resplandor fosforescente. Ding dong.

—¿Hola? —dijo una voz desde dentro.

—Hola, soy la vecina de arriba. —Estrujé mis palabras en forma de tubo y las empujé por la mirilla, como si por allí se escuchara mejor—. Quería saludar.

Unos segundos de deliberación y por fin la puerta se abre, se cae el velo que ocultaba el pasillo y las baldosas blancas del suelo, un camino que conduce al laberinto de la casa ajena. Allí estaba ella, mirándome maliciosa.

—Oh. Eres tú.

6

Su cráneo estaba a la altura de mi cráneo. Tenía una melena rojiza y áspera que le caía sobre los hombros, una piel muy blanca, tirante de arrugas, que sujetaban sus ojos como riendas de caballos un poco impacientes. Un jersey blanco con una estrella dibujada, de angora, caro, de estos que sueltan una pelusilla fina que flota alrededor, sin bolitas, y unos vaqueros. Estaba descalza; en ese punto la había pillado desarmada, no como por la mañana.

—No dejabas ver a mí sola exposición de Pompeya.

Además era guiri, no sabía si inglesa o americana, pero masticaba las sílabas como chicle. Yo no me esperaba un reencuentro en esas circunstancias. Pensaba hasta entonces que sería como mucho uno de esos personajes reincidentes de la vida cultural de la ciudad: un puntito común en el paisaje de tantas exposiciones, estrenos, festivales al aire libre, presentaciones de libros. Que surgiría como una cabecita más y volvería a desaparecer. Y yo, sin llegar a conocerla nunca, sin mirarla a los ojos, sabría que andaba por allí. «La pelirroja.» Eso bastaría, había dado por supuesto que así quedaría clasificada como espécimen de la fauna social madrileña. Pero no. Me tendió la mano:

—Hola, yo soy Hannah.

Reaccioné rápido, y me eché a reír, mientras le devolvía el saludo.

—Pues sí que es casualidad, hay que ver.

—Me alegro de que nos conozcamos por fin —siguió ella estirando el chicle—, esta casa es misteriosa.

Me invitó a pasar y me dijo que estaba a punto de tomarse un té. La seguí entre las cajas de cartón de diferentes tamaños que flanqueaban el paso hasta la cocina. «Books», «Clothes», cada caja estaba rotulada con un trazo frágil, de bolígrafo mal apoyado y obligado a ir con cuidado para no clavarse en la engañosa solidez de la superficie de cartón, «Pots and pans», «Actions». Actions. ¿Acciones? Su casa, como

la nuestra, era un pasillo estrecho, con una cama al fondo, y más cerca de la puerta, a modo de cocina, un fregadero y un mueble con vitrocerámica y microondas. Allí tenía una kettle enchufada a la pared que ya emitía su columnilla de vapor.

—Hoy me quemé con la kettle, mira.

Definitivamente, era americana, por cómo dijo kettle: no kétle, con la t inglesa; dijo kérel, convirtiendo en una erre suave todo lo que toca, como los yanquis de las películas. Me enseñó su dedo índice, fajado en una especie de envoltorio verde.

—Es una hoja de aloe vera, si alguna vez necesitas yo te doy. Esto es cicatriz de todo.

Hannah, sentada en una silla, me sonsacó mucha información. Ella no era cotilla, no parecía ansiosa por atesorar datos para saborearlos luego a solas. Preguntaba tranquilamente, manejando la conversación con destreza. Escuchaba muy bien, y tampoco abusaba de las interjecciones de entusiasmo, a pesar de ser americana. Sólo de vez en cuando lanzaba un «great», un «amazing», un «really? », o un «oh no!», que en Nueva York son señales de empatía y en Madrid pueden confundirse con sarcasmo. Aquí, normalmente, brusquedad es la mejor prueba de que existe un interés verdadero. Por esa razón yo tardé un poco más en hacerle la pregunta que ella dividió en cuatro partes. Dijo primero:

—Y tú, ¿a qué dedicas? —Y enseguida aclaró— ¿Qué haces? —Y luego—: Pero, para sobrevivir, ¿qué haces? Oh, really? —respondió cuando le hablé de El Teatrito, pero rápidamente pasó a la siguiente —: ¿Y aparte de eso, tienes otros proyectos, que son tuyos?

—Ahora mismo estoy dándole vueltas a un asunto, pero no sé cómo enfocarlo. No sé cómo enfrentarme a él. Ha muerto una persona muy querida para mí —comencé, y ella:

—Oh, really? I'm so sorry.

—Sí, y no sé cómo dar forma a todo esto.

Hannah seguía con la mirada fija en mis ojos. Dudé, ¿estábamos ligando?

—Y tú, ¿qué haces? —pregunté yo, seca y abrupta, como corresponde.

—Soy artista —dijo con una tranquilidad sorprendente.

En España estamos acostumbrados a que esa palabra se pronuncie en tono o bien despectivo o bien alucinado.

—¿Y por qué hablas tan bien español?

—Oh, eso no es interesante —dijo—. Estuve casada con un pintor colombiano, se llamaba Jorgito.

—¿Tú pintas?

—A veces, pero sobre todo hago escultura y performance art. Últimamente hago escultura con chicles. Seriamente —añadió.

Sus traducciones literales de las expresiones anglosajonas eran muy graciosas, sobre todo porque las hacía desde un convencimiento firme, y conseguía transmitir lo que quería decir a pesar de todo. Me pregunté si lo de escultora de chicles era también la traducción libre de un término que se me escapaba. Repasé, para intentar comprender, palabras asociadas a *gum*, chicle, goma, en inglés. Ella se puso en pie:

—Te voy a enseñar uno.

Dejamos la mesa con sus tazas emanando nubecillas de agua y fuimos hasta una caja que decía «Work». Hannah buscó un cúter y atravesó la tira marrón que cerraba la caja.

—¡Mira! Ésta es mi penúltima obra.

Hannah me enseñaba un delicado engendro de cerámica, un extraño escarabajo acéfalo, aplastado, del tamaño de su mano. Era una escultura de un solo pliegue.

—Parece un tortellini —dije.

—Pues no es eso. Yo hago con chicles, de todos los colores, pero también con cerámica, como ésta, y con cera. Pequeñas, grandes. Cuando utilizo chicle pego por todos lados: a veces lo hago como performance. Reparto chicles y la gente mastica con boca y luego pega en mi cuerpo.

Le pregunté si iba a instalar aquí su taller.

—¿En Madrid, te refieres? Sí. Pero no en casa. No puedo trabajar en este espacio, la energía no concentra, no queda. ¿Tú puedes trabajar aquí?

Le contesté que mi caso era una cuestión de falta de disciplina. No conseguía ser fuerte, intentaba madrugar pero era demasiado pronto

para pensar, enseguida me rendía y lo dejaba para por la tarde, y por la tarde ya tenía la cabeza como un bombo, sobre todo porque las notas que tocaba el flautista de «The sounds of silence» trepaban hasta los ventanucos gruesos de mi pared y los golpeaban; y del otro lado, tu padre se dejaba caer sobre el sofá, cansado él también, deseando ver a Bruce Willis, a Samuel L. Jackson o a Denzel Washington enfrentarse a un cerco policial.

—Me gustaría ser una de esas escritoras que a pesar de los obstáculos consiguen escribir, como Jane Austen —dije, y eso sí que descolocó a Hannah, que gorjeó cuando se dio cuenta de qué Austen era en realidad, pronunciado por ella, Osten.

—¡Como Jane Osten! Pero qué tienes tú que ver con *Sense and sensibility*, cuéntame.

—Yo nada, nada; simplemente pienso en aquello de que Jane —copié la pronunciación— Osten nunca estaba sola, siempre estaba en el salón de su casa, con el costurero, y la familia pululaba de un lado a otro, y entraban las visitas sin avisar, los típicos tocacojones, vamos.

Hannah se rió.

—Me encanta la facilidad de los españoles para mencionar los cojones.

—Cuando entraban las visitas en la habitación, Jane Osten escondía rápidamente el manuscrito debajo del costurero y atendía al que llegaba. Le daba conversación durante un rato, era la típica señorita bien educada, y cuando el otro se iba, ¡zas! sacaba otra vez el manuscrito y continuaba escribiendo *Emma*, por ejemplo.

—Ahá, interesting —musitó Hannah—. Pero eso es una mierda —añadió—. Ese plan es lo peor que puedes desear, ¿por qué quieres eso? Yo no creo que ella consiguió escribir los libros gracias a eso, es horrible.

—No, pero envidio su tenacidad y su capacidad de concentración.

—Sí —replicó Hannah—, pero era porque estaba tan prisionera de su salón, de sus vecinos, de su educación, que sólo quería pensar en su novela, en su *Emma*, en su *Sense and sensibility*, y a eso dedicaba el pensamiento también cuando escondía manuscripto —así lo dijo, manuscripto—, debajo de costurero. *Emma* servía para liberar, para

matar a toda aquella gente de mierda que venía a molestar y que la forzaban a ser como era. Algo así. Tú tienes que saber para adónde quieres llegar y entonces sabes qué hacer. ¿Quieres llegar hasta esa persona que muere? —Hannah se apresuró a replicar—: No me respondas, todavía no lo sabes. Por ejemplo, si hablamos de escritoras con complicaciones, está también Emily Brontë. —Y en ese momento aprendí que Brontë se pronuncia tal y como se escribe, gracias a esa diéresis extraña sobre la e—. Déjame explicar: Emily Brontë, la cosa es que se levantaba temprano por las mañanas, es lo contrario a la situación de Jane Osten. No tenía que atender visitas, no tenía que ser nice, agradable. Vivía con padre, hermano y hermanas en la casa y todos tenían mucho respeto por escritura. Podía dar paseos por el campo, subir rocas, con perros, concentrada. Luego seguía escribiendo. Claro, por supuesto también tenía que limpiar, cocinar, coser y todo eso; pero let's say, decimos, que podía organizarse un poco porque no son actos sociales, no mucho. Suena todo muy bien, ¿verdad?

—Ya me imagino que me vas a explicar por qué no es un plan perfecto —respondí para que viera que soy una chica lista a pesar de que me fustigo con referentes culturales tan ajenos a mí, lejanos en la tierra, en el tiempo, en la vestimenta; por qué compararse con una señora que lleva corsé o mangas en forma de pata de cordero.

—A pesar de todo —prosiguió Hannah—, Emily Brontë escribió *Wuthering Heights* y ya está. Luego muere, y adiós. Acaba plan perfecto con novela imperfecta, y con treinta años. Pero, pero, pero —Hannah me había llevado de nuevo a la mesa y las columnas de vapor que salían de las tazas habían adelgazado; Hannah daba los primeros sorbos, rápidos, cortos y sonoros—, pero es importante saber que mientras escribe, por el camino, muere hermano, que era un yonqui, un desastre; expulsaban de todos los trabajos, bebía, era destructivo, era un infierno vivir con él. Sin embargo, Emily quería mucho a él. También era muy importante el recuerdo de otra hermana que era hermana mayor y que murió cuando estaban pequeños. En la novela Emily habla de hermanos que adoran a ellos mismos y odian a ellos mismos, habla también de fantasmas que viven en la casa, un

fantasma de niña de siete años que toca la ventana. Hay un capítulo en que literalmente un hermano va a una tumba y digs, ¿cómo se dice digs?

—Cava —respondo yo.

—Oh, cava, como el champán catalán, cava en una tumba para abrazar a una muerta que está bajo tierra. Emily Brontë escribe novela para tirar del pelo a hermano muerto. Lo hizo para encontrarse con ellos, y al acabar la novela ya no necesita iniciar otra. Ha conseguido objetivo. Es lo que te digo: piensa; qué es lo que quieres de esa persona que no está. Tienes que encontrar qué quieres.

Me pareció importante recordarle a Hannah que, a pesar de acudir a escritoras inglesas para enredarme más en mis temores y agravar mis dificultades de visión, yo no estaba segura de que la reclamación hacia mi tío, llamémoslo así, reclamación, hacia los demás o hacia él mismo, tuviera la forma de palabra escrita. Ella no pestañeó.

—Eso da igual. Empieza. Busca. Como un detective. Y luego pon pruebas en la mesa. Qué quieres tú con un absent, ésa es la pregunta. ¿Cómo se dice absent?

—Ausente.

7

Adriano y yo conseguimos vernos unas semanas después de nuestro encuentro con motivo de la inauguración de la exposición *Pompeya: Vida de la catástrofe*. Le propuse un plan que pudiera encajar fácilmente en su estrecha agenda de lacayo a tiempo completo de la Presidenta: que me invitara a comer en un restaurante coreano que estaba al lado del palacio de su jefa. Su lugar de trabajo era un edificio con puerta grande para la antigua entrada de carruajes, ahora custodiado por un guardia civil entrado en años pero que concentraba en su rostro una determinación: la de que aquella raya invisible que flanqueaba la puerta fuera un límite verdadero, y, si él no lo consentía, no lo cruzara ni un sonido siquiera. Me miraba apretando mucho los ojos, como advirtiéndome, mientras esperaba a Adriano. Conseguía que recibiera nítidamente su mensaje telepático: «Ni se te ocurra hacer un numerito de protesta, ni se te ocurra quitarte la camiseta y quedarte en tetas con un eslogan pintado sobre el plexo solar, por ejemplo la consigna Aborto Libre y Gratuito, como pasó hace dos días, o sacar un mechero y quemarte a lo bonzo, porque así quieres condenar el reparto actual de la riqueza en el mundo, como pasó el otro día en Barcelona». El guardia civil tenía pinta de sabio en materia de amenazas al orden.

Adriano salió por fin y se despidió del guardia, que comprobó con alivio cómo nos abrazábamos.

—Eres un mecenas del teatro contemporáneo —le dije.

—¿Y eso por qué?

—Porque me vas a invitar a comer.

Era un coreano con mesas pequeñas y milimétricamente repartidas; era menester aceptar que parte de nuestra conversación la disfrutarían también los compañeros de al lado. Tomamos unos vasos de leche con piedrecitas negras en el fondo, que salían a flote al removerlas con la

pajita.

—Esto se llama bubble tea —me ilustró Adri—, y me han dicho que en Estados Unidos está todo el mundo entregado.

—¿Sabes que mi vecina es americana?

—Pero ¿en qué década murió?

—¡Que no es un fantasma!, te lo juro.

Le conté a Adriano que precisamente había coincidido con ella por primera vez en la exposición de Pompeya; que nos conocimos en el pasillo de los cuerpos de escayola que se hallaban, en el momento de la detención de su forma, retorcidos, pidiendo misericordia a Júpiter o a Vulcano.

—No —me interrumpió Adriano—, misericordia no, ésa es una idea muy cristiana, los romanos no creían que un dios pudiera tener piedad de un individuo, en todo caso le pedirían ayuda, directamente.

Hay que decir que Adriano era aún más mitómano que yo, y se alimentaba tanto de lecturas y ensoñaciones como del sueldo de mil quinientos euros que le pagaba la Presidenta por escribirle los discursos y sostener el saco de boxeo cada vez que ella sentía que la acumulación de incidentes, molestias y conflictos rebasaba su nivel de posible contención. A pesar de todo, a pesar del despacho de la Presidenta y de la aceptable casa en la que vivía y de los fines de semana con sus dosis de placer y descarga de tensión, muy a menudo Adriano imaginaba. Le hubiera gustado ser, en realidad, un joven patricio que enrolla su papiro, dando por finalizada la sesión de lectura, y mira de reojo a otro joven patricio que juega a lanzar el disco entre las adelfas plantadas del jardín, con el Vesubio de fondo. Yo, en cambio, lo digo para completar el mapa de puntos de fuga que constituíamos cada uno de nosotros, sentados en la mesa, me proyectaba sobre las acuarelas de las hermanas Brontë o simplemente sobre la imagen de una Jane Austen, Osten. Sobre la butaca, con el manuscrito en mis rodillas y a mano el costurero, preparada para resistir el envite de la próxima visita que interrumpa mi escritura.

Sin embargo, fantasiosos y adictos a la evasión, allí continuábamos Adriano y yo, espoleados por el camarero coreano para que eligiéramos por fin el menú de doce euros o el menú de quince euros,

y muy avisados de que el bubble tea no entraba en ninguna de las dos opciones. Había días, especialmente los domingos por la mañana, en que conseguíamos creernos durante un rato que de verdad teníamos algo en común con aquellos habitantes de regiones históricas y estéticas tan remotas. Yo, cuando lograba teclear unas palabras en el ordenador, o mirar al techo sin más, sin levantarme inmediatamente para recoger los calcetines tirados por el suelo o para llamar por teléfono o para comprobar algo. Adriano cuando, desnudo, pero cubierto con un batín muy elegante que le costó trescientos euros, por el que sacrificó buena parte del salario de un mes, observaba el pie de un hombrecillo casi desconocido surgir de entre las sábanas, como los restos de un banquete de la noche anterior, una montañita de pieles de fruta abandonadas al borde del plato que era la cama.

Adriano se había llamado, según un documento nacional de identidad, Adrián, pero con trece años, después de hojear insistentemente un libro con ilustraciones llamado *La vida cotidiana de los romanos*, y de descubrir *Memorias de Adriano* en la biblioteca del salón de sus padres, aprovechó que le cambiaban de colegio para iniciar una nueva etapa bajo el nombre del emperador: «A partir de ahora me llamo Adriano; si me llamáis Adrián, no respondo». En el nuevo colegio fue mucho más fácil. El primer día, al pasar lista, leyeron su nombre, y él entonces aclaró en voz alta y para la clase entera que todo el mundo le llamaba Adriano. Por supuesto, sus compañeros aprovecharon este dato para sofisticar sus propuestas de tortura, ya que Adriano rimaba con ano. Unos años después había completado los trámites burocráticos necesarios y obtuvo una tarjeta de plástico nueva donde se aseguraba que su verdadero nombre ya era, por fin, Adriano. Yo lo conocí ese mismo año, y nos hicimos amigos porque celebré su nombre nada más escucharlo. Enseguida nos sedujimos mutuamente con nuestros relatos trufados de estampitas filoclásicas, que dejábamos caer en forma de chiste o de comentario mordaz. Éramos un refugio mutuo para lo que los demás llamaban pajas mentales: sí, éramos un pajar el uno para el otro. Estábamos sentados en un banco de un parque, rodeados de otros universitarios, con el vaso enorme de ron con Coca-Cola en la mano, y nos

recitábamos los poemas, veloces como un látigo, de Catulo. «Mira lo que dice éste, Mira, le llama maricón, Ahora quiere contar estrellas para saber cuántos besos, Ahora quiere echar nueve polvos después de la siesta, Ahora dice que Lesbia es una grandísima hija de puta, Mira cómo insulta el tío.» Catulo era tan vulgar y llorón como nosotros y eso nos llenaba de consuelo.

Las diferencias políticas entre Adriano y yo habían surgido amablemente, con humor. Empezaron por las referencias sentimentales que habíamos heredado de nuestras familias. Cada 14 de abril, yo le decía: «¡Viva la República, a por la Tercera!». Él en cambio llevaba una foto de la familia real rusa, los zares fusilados, en la cartera. Eso nos hacía gracia y nos parecía muy bien. Luego las omisiones empezaron a ser un recurso importante para los dos; había que ignorar ciertas frases, ciertas actividades que llenaban nuestra semana y que el otro no podía aprobar: jornadas de las Juventudes de su partido; manifestaciones a las que yo acudía. Lecturas de verano de él: la biografía de su ex presidente. Frases inflamadas mías en las redes sociales, comentarios desdeñosos de él a continuación, que yo censuraba. Optamos por no compartir estos asuntos, para no enfadarnos. No íbamos a perder nuestro pajar sólo porque disentíamos profundamente sobre cómo deben ser las cosas que transcurren fuera, cuando bajas los peldaños de la escalerilla y pones los pies en la tierra de nuevo.

Ahora conseguíamos pasar un rato sin indignarnos; no íbamos a discutir acerca de si, como hubiera insinuado yo, se aproximaba el fin de los escasos logros de la humanidad por culpa de su jefa y su partido. Él tampoco me iba a reprochar que yo abanderase a los de la cara pintada y la canción protesta, los que juzgaban la realidad sin antes medirse la frente con dos dedos.

—¿Qué tal fue el funeral de tu tío?

—Pues bastante durillo, la verdad. No sabes si saludar o no, si alegrarte o estar triste; de repente parece un acto social y no un ritual de despedida.

—Nos hemos equivocado de época. Los romanos sabían cumplir con sus rituales y despedirse como dios manda.

—Sí. Pero, lo pensé en la exposición, el caso de Pompeya es distinto. La muerte los pilló por sorpresa, y cuando sucedió, no tenían ninguna explicación, igual que nos pasa a nosotros ahora, que no sabemos qué decir ni qué hacer cuando alguien se muere. Los romanos no sabían que existían los volcanes; pensaron que la montaña explotaba y se los llevaba por delante, sin más. Pero a la vez confiaban en sus casas, confiaban en el progreso y en la tecnología. Por eso muchos se metieron en sus casas y pensaron que sus casas les protegerían; por eso Plinio el Viejo se puso en plan científico y quiso acercarse a investigar. Eran como nosotros; no se lo tomaron como un castigo ni como una advertencia; simplemente, lo vivieron como un ataque de la suerte que no puedes controlar. Como atravesar las etapas de una enfermedad. Nos metemos en los hospitales igual que los romanos se metieron en las casas, a ver si la tormenta pasa.

—Tengo que volver y verla con calma —suspiró Adriano.

Me reí.

—No vas a tener tiempo nunca, reconócelo, no tienes tiempo para ir al teatro ni a las exposiciones ni a nada. Estás muy ocupado.

Desprendí los dos palillos para comer, unidos por su base para garantizar al cliente que se utilizaban por primera vez.

—Es que estamos hasta arriba. Tenemos un proyecto nuevo que va a acabar conmigo. Pero no digas nada. —Adriano se inclinó sobre nuestros recién llegados cuencos—. Acércate, no quiero que nos oigan.

Y tenía razón, las mesas eran tan cuadradas y estrechas que nuestros vecinos de mesa, otras parejas y dúos de amigos, podrían escucharnos perfectamente si interrumpían sus charlas desganadas. Acerqué mi cara a la suya, sobre la atmósfera lechosa de los géiseres de leche de coco que nos aguardaban abajo.

—Cuéntame.

—A la Presi le han ofrecido algo muy gordo.

—¿Un cargo político?

—No —musitó Adriano—. Un proyecto para construir aquí una ciudad casino.

—¿Aquí, dónde?

—En Madrid. A las afueras de Madrid.

Volvió a recostarse sobre su respaldo, admirado y satisfecho, y cogió la pequeña cuchara de madera que le permitiría rebuscar en su tazón un tesoro en forma de gamba. Yo tomé aire, incómoda. Seguía tensa sobre la mesa, apuntando hacia él. Parodié su manera de susurrar:

—¿Y a quién se le ha ocurrido esa puta mierda?

Chasqueó la lengua y cerró los ojos, dándome por imposible. Había que seguir reteniendo el volumen de la voz.

—Pues a unos americanos que tienen mucha mucha pasta. Y —volvió a inclinarse hacia mí— que van a crear cinco mil puestos de trabajo, y un crecimiento brutal del turismo asiático, y un soplo de esperanza para esta ciudad. ¿Vale?

—Y ésa es la gran idea, el gran proyecto.

Yo tenía ganas de chincharlo, claro, como siempre; pero la diferencia con respecto a otras veces era que esta información sí me había puesto un poco nerviosa: una ciudad casino. Miles de chinos dándose de cabezazos contra máquinas tragaperras. Yo misma, ahí en medio, por qué no; sosteniendo mi caja de cigarrera, que colgaría de mis hombros y se apoyaría contra mi pecho, ofreciendo cambio en monedas a los visitantes hambrientos.

—Y a vosotros, ¿qué se os ocurre, si se puede saber? ¿Cómo vais a crear miles de puestos de trabajo? ¿Cómo vais a recuperar el turismo perdido? Explícamelo, por favor.

—Que sí, que tienes toda la razón. —Así zanjaba yo nuestras discusiones ancestrales—. Cuéntame quiénes son esos americanos.

Adriano, obviamente, se negó en rotundo; pero no sólo porque estuviera enfadado, sino porque ya había llegado demasiado lejos confiándome todo aquello.

—Sólo te digo —y se dirigía a mí como cargándose de paciencia y de tolerancia—, sólo te digo que es una oportunidad muy buena para mí, y por supuesto para muchas personas de Madrid, y me parece normal que lo juzgues así, a la primera, porque oyes la palabra casino —no llegó a pronunciar la palabra, sólo la dibujó con los labios— y ya te parece que sabes de qué estamos hablando y que tiene que ser algo peligroso. Las cosas no son sólo de una manera, vale, y no se arreglan sólo con buenas intenciones y con corrección política.

—Adri, cariño —repliqué, y utilicé aquello de cariño con impaciencia, igual que hacía con tu padre—, tú y yo no nos vamos a poner de acuerdo sobre este asunto. Da igual lo que yo piense. Haz tu trabajo, hazlo bien, como siempre. Yo ni siquiera tengo un trabajo, ya puedo arreglar el mundo desde esta mesa, que no se va a enterar nadie.

—Tú —dijo él, dulcificado— eres una joven gestora cultural.

—Venga, hombre, menos cachondeo —interrumpí—. Me estoy refiriendo a un trabajo que llegue al salario mínimo y que tenga estabilidad, no que cada mes parezca mi último mes allí porque «como sigan así las cosas tendremos que cerrar».

—¡Un brindis! —Adri alzó repentinamente su bubble tea—. ¡Por la resistencia!

Entendí que se refería a la mía, y entendí que había una dosis de cinismo en su proclama. Pero me pareció coherente, y brindé.

—Yo estoy seguro de que tú vas a salir adelante —me dijo muy serio—. Tienes los pies en la tierra, aunque la cabeza se te vaya un poco. No me tienes nada preocupado.

—Gracias por tu bendición, hermano, y gracias por pagarme la comida, tú sigue así.

Para cuando llegaron nuevos cuencos, y una fuente de arroz con verduras y trozos de pescado, ya habíamos dejado atrás las ganas de ofendernos, y la mención a sus americanos inversores nos llevó a acordarnos otra vez de Hannah, la vecina de abajo.

Adriano me preguntó qué hacía Hannah en Madrid, y de qué vivía. Supe contestar a la primera pregunta: Hannah era artista. Pero no sabía de qué vivía; ¿acaso vendía sus obras de arte? También podía ser una rica heredera, o una rica, así, sin más. Tenía un aire de despreocupación y una habilidad para fluir según se presentara el momento que sólo podía ser la de una rica, y sobre todo cuando además se es extranjera recién llegada. A ella le importaba muy poco qué hora del día fuera; o cuánto le iba a llevar cada tarea que acometía. Estaba entregada a su obra, inspirada por Madrid, como ella misma decía: «Me inspira esta ciudad, su olor, su color, el polvo que hay en el aire, este invierno que parece un verano congelado, es un

pequeño fin del mundo». Y lo observaba desde su escondite privilegiado en la calle del Carmen, un túnel a cielo abierto que conectaba diferentes estancias del centro de Madrid; hacia abajo, Lavapiés, olor, desorden, más sucio; hacia arriba, vamos mejorando, un poco más asequible para una perspectiva norteamericana que espera cierta pulcritud histórica europea. Malasaña se está adecentando y llenándose de escaparates bonitos, para las visitas. Zapatos, repostería, guantes, librerías, tiendas de vinilos. Y junto a ella Chueca, ya definitivamente operada y salvada de la miseria infecta que carcomía otros barrios. Hannah encontraba fascinante tener a su alcance, con sólo caminar unos minutos, ambientes tan contrastados, todos en el radio de lo que se puede considerar el centro de la ciudad, el *downtown*.

No obstante, en sus paseos arriba y abajo, piropeada por los africanos de Lavapiés, y luego estudiada de reojo, en su condición de mujer madura con estilo, por los pobladores de Chueca que sacaban a pasear a su pareja de dogos aterciopelados, no podía evitar acordarse de la exposición de Pompeya, de cómo las ciudades no cambian su manera de distribuirse. En Pompeya estaba el barrio de las putas, sí, igual que las adolescentes de Europa del Este se apoyaban con indolencia en las paredes de la calle Montera, la gemela de la calle del Carmen. El barrio de las putas pompeyano se desenroscaba junto a la zona de bares, que a su vez estaba junto al teatro. Así se habían conservado las aceras de las calles con las barras abiertas hacia la calzada, con tinajas insertadas directamente en el mostrador para ofrecer vasos a los clientes cuando salieran de ver una comedia o una pantomima. En Madrid, de igual manera, Malasaña crecía a lo largo de la espina vertebral de la Gran Vía, como grasa que amortiguase las vibraciones de su tránsito diario, y así la zona de bares y putas trepaba también adyacente a la avenida de los teatros. Es cierto, pensaba Hannah, que Nueva York era una ciudad que se podía recorrer, y caminar, y que seguramente guardaba ecuaciones parecidas. Pero también era cierto que hacía años que ella no residía allí, y en cambio sí lo había hecho en Londres, en París, en Los Ángeles; ciudades donde a su modo de entender no era fácil ubicar tan rápido la estructura de

la ciudad y su reparto, puesto que las distancias eran mayores. En las dos primeras, mandaba el plano de metro, que explicaba la distribución geopolítica. En la segunda, mandaba el coche. En cambio, vivir en la calle del Carmen la había zambullido violentamente en un realismo urbano inusual para ella. Esquivar al perroflauta que tocaba «The sounds of silence» cada tarde, cuando salía por primera vez a la calle, y recibir su «Yanki gou jom!» como un esputo, y de allí decidir si bajar al rugoso tacto de Lavapiés, o subir al otro lado de Gran Vía y fotografiar bicis encadenadas a cajones de madera con libros y flores de Pascua.

—O sea —me interrumpió Adri—, que la tipa está viviendo su fantasía europea particular. Y le gusta Pompeya; es de las nuestras, entonces. Podemos admitirla en el club. ¿Sabe algo de literatura?

—Algo sabe, pero no va por ahí. Ella es artista plástica y performer.

Adriano puso los ojos en blanco.

—¿Eso qué quiere decir?

—Mira, para que te hagas una idea —expliqué—: ahora está con un nuevo proyecto, sí, ella también lo llama proyecto, igual que tú. Todos esos paseos son para su obra de arte. Quiere utilizar esta conexión entre Pompeya y Madrid como ciudades apocalípticas, detenidas en la catástrofe.

Adriano se impacientó, herido en su ego.

—Bueno, ya está bien, qué exageración; habláis de Madrid como si esto fuera, yo qué sé, un infierno, cómo se nota que no tenéis ni idea de lo que es la miseria auténtica, guapas.

Ya estábamos otra vez enredados. Yo entré al trapo:

—No me dirás que no hemos descendido un poquito de nivel, digo yo.

— Pues hija, como todo el mundo, hay una crisis global, es lógico.

Y de nuevo el camarero recogía platos y dejaba la carta para el postre y la ojeábamos mientras seguíamos sometiendo a juicio a la ciudad, tratándola como símbolo, inevitablemente.

—Déjame que te cuente de qué va la obra de Hannah, que te vas a reír.

—Lo dudo. Yo quiero un helado de sésamo.

—Yo uno de chocolate, los compartimos. Hannah está construyendo esculturas de escayola, iguales a las de los muertos de Pompeya. Bueno, en realidad no son de escayola, son de resina y fibra de vidrio con una pátina de escayola, si no pesarían demasiado. Pero están en las mismas posiciones, el mismo tamaño. Estamos preparando una acción muy chula, que va a transcurrir en diferentes puntos de Madrid. La gente va a flipar. Y adivina quién está posando para hacer los moldes…

Yo, en el estudio de Hannah, al salir de mi jornada en El Teatrito. Hannah hacía un molde sobre mi cuerpo, mientras yo imitaba las posiciones de los pompeyanos encontrados bajo la ceniza petrificada. Uno que está arrodillado, aferrado a su bolsa de oro. Otro que está tumbado en el suelo, irguiéndose levemente sobre los codos. También imité la postura de un perro que se retuerce, abriendo sus ancas al cielo, dejando caer sin embargo su mandíbula hacia la tierra.

—¿Desnuda? —preguntó Adriano, asombrado.

—Sí.

Hannah, mientras tanto, correteaba muy concentrada por el estudio. Me untaba con vaselina, que amasaba sobre mi cuerpo. Después, cuando me tenía bien embadurnada, volcaba con precisión un cubo de alginato sobre mí. Rápidamente se solidificaba, ella tiraba de esta segunda piel como si yo fuera una serpiente, y ya tenía un molde de la figura. Una réplica hueca y gomosa de mi silueta. Lo que no le dije a Adriano es que me venían muy bien estas sesiones porque debía quedarme callada, con todos los orificios del cuerpo taponados con cera, salvo la nariz, que permanecía abierta al oxígeno gracias a unos tubitos insertados en sus fosas. Así, callada y cerrada, ganaba tiempo, antes de decidir qué hacer con mi proyecto, sí, el mío, acerca de la muerte de mi tío Víctor. Hannah me había pedido ayuda y yo me había comprometido, de momento no tenía escapatoria. Me sentía una astronauta atrapada en una misión tan severa como plácida, protegida por unas limitaciones imposibles de desobedecer.

—¿Y qué va a hacer con esas figuras? — Adriano chasqueó, aplastando con la lengua la cucharada de helado contra su paladar.

—Las va a colocar en diferentes puntos de Madrid, una noche. Al

día siguiente, todo el mundo verá que Madrid está sembrado de gente desesperada, atrapada en un momento de agonía. Caminarás unos metros, y verás una en la Gran Vía, luego de repente verás otra en Sol, y así.

—Vale, me estás diciendo —la cucharilla tintineaba en la copa de cristal del helado—, me estás comparando la situación de Pompeya en la mañana de agosto del año 79 con un día cualquiera en Madrid, año dos mil y pico.

—Es más complicado que eso —repliqué, dando por perdida su insensibilidad—. A ella le interesa poner en contraste la paradoja de dos ciudades tan muertas como vivas. Una que aparentemente está disecada, y por eso mismo parece más viva que ninguna otra, ¿no?, porque se conserva tal cual, tal cual, desde hace casi dos mil años; y otra que aparentemente está viva, pero como un zombi, sin estímulos, sin plan, sin perspectiva. De eso va el proyecto. Creo.

—Vale, sí, ya entiendo —respondió, indignado—, estáis llamando zombi a la gente que hace su vida cada día, sólo porque a vosotras os parece aburrida. Vale.

—Déjame en paz. No te enteras.

—Veo que los americanos nos tienen deslumbrados a los dos, y en los dos casos hay un motivo: dinero. Les sale por los poros, y nosotros lo podemos oler a distancia.

Me burlé:

—Dinero, precisamente...

—Pues sí, dinero, aunque no te lo enseñe a ti. Les envuelve, como una aureola. A ti lo que te gusta es esa seguridad que tiene ella en sí misma, ese coño que tiene para hacer todas las chorradas que se le ocurran, y encima contar con nuestra atención. Y de paso reclamar también tu trabajo no remunerado, por cierto.

Hice un gesto al camarero, pidiendo que nos trajera la cuenta.

—Puede ser. Los dos estamos igual de entregados a los americanos, y seguramente los dos estamos convencidos de que hay una buena razón, algo bello, algo virtuoso.

Adriano y yo nos poníamos de los nervios, pero siempre sabíamos recuperar la atracción del otro con referencias a nuestro querido

imaginario clásico. Le mencioné aquello de lo bello y lo bueno para picarlo: sin duda se recordó a sí mismo tomando apuntes, sentado en el aula, junto a mí, nuestras cabecitas bajo la imagen invocada de un Aristóteles barbudo, que señalaba la tierra para explicar el universo.

—Tú —continué, una vez que había recuperado su mirada—, crees que lo bello y lo virtuoso son mil chicos del extrarradio madrileño trabajando en las cocinas de tu casino. Yo creo que lo bello y lo bueno es una esculturita en un rincón de Malasaña, que diez personas observarán, de las cuales sólo dos, o menos, se darán cuenta de que tiene algo que ver con Pompeya. Es verdad, no suena muy bien, pero por lo menos es una propuesta. Tus americanos, mi americana. Por lo menos hacen algo.

El camarero trajo el platito con el papel. Lo leí.

—Treinta y seis euros. Gracias por la invitación.

8

Adriano no pudo resistirse a la exposición de Pompeya. Aprovechó que la Presidenta estaba esa semana fuera, de «misión comercial», tal y como había explicado a los medios de comunicación, en Bombay. Adri me envió un mensaje desde el Centro de Arte: «Me gustan los muertos», y diez segundos después añadió en otro mensaje, «Son muy poco exigentes», junto con un emoticono de una carita que me sacaba la lengua. Mientras tanto, yo estaba sentada a mi mesa de la oficina de El Teatrito, muy ocupada, rellenando unos formularios para obtener una subvención: Ayudas a Salas Alternativas. La jefa parloteaba por teléfono con programadores de otras comunidades autónomas porque pronto iban a encontrarse en un festival de teatro infantil en algún lugar del norte de España. Tono tenía unos auriculares puestos y mecía suavemente la cabeza mientras repasaba la maqueta del cartel con la programación de diciembre. Entró un nuevo mensaje, de Hannah: «Hoy no hay sesión pompeiana... casi no tengo tiempo en preparar paseo de esta noche». En paralelo, otro mensaje de tu padre: «¿Al final nos vemos con la Artista?».

Era el cuarto jueves de noviembre: Acción de Gracias. Hannah nos había invitado a acompañarla, al principio sin especificar muy bien en qué consistiría la velada. Me dijo, mientras yo permanecía encogida, y ella extendía la vaselina sobre mi espalda, para poder poner el alginato que cristalizara en silicona, que era el momento de tener un auténtico gesto de vecina, y que así podría conocer por fin a tu padre. Yo murmuré un sí, sellada la boca, mi sistema respiratorio prolongado ya por los tubitos que me conectarían con el exterior. Me gustaba la idea de participar por primera vez en el imaginario del pavo gigante y el pastel de manzana después de verlo en tantas películas. Pero enseguida me dio a entender que lo realmente importante no sería la cena en sí misma, sino el paseo que daríamos después.

—Vamos a recorrer las calles donde haremos nuestra acción artística, vamos a entrar en el Retiro. Me gusta mucho la idea de pasar Thanksgiving dedicada a nuestro proyecto.

Bueno, pensé yo, concentrándome en la primera parte del plan: qué divertido, un poco de folclore americano; bendecir la mesa delante de las mazorcas de maíz, tal y como nos ha enseñado la pantalla. Hannah parecía leer mis pensamientos a través de la cálida superposición de fluidos que empezaban a endurecerse sobre mi cabeza. No rezaría, me avisó. Venía de una familia judía y, aunque ahora Acción de Gracias se considera un ritual laico que comparten todos los americanos multiculturales, en la década de su infancia no era así, y ahora, incorporados hace poco a la costumbre, sencillamente se sentaban a la mesa apuntando con los tenedores al cielo. Con estos argumentos convencí a tu padre: le dije que no haríamos nada raro; íbamos a comer muy bien y Hannah tenía radiadores mejores que los nuestros. ¿Por qué no pasar un rato al otro lado del patio, y luego pasear, para digerir mejor el banquete? Tu padre intentó mascullar alguna excusa, pero lo ignoré.

Cuando llamamos a la puerta, Hannah celebró la presencia del renuente invitado, feliz en aquella ocasión de poder aprovechar la costumbre española de los dos besos para sobetearlo un poco. Yo no sentía recelo; me hacía gracia que Hannah deseara a tu padre con tanto descaro, loca por gustar y por agarrarse del brazo de un chico alto y moreno. Aunque aquí habían llegado a llamarle «muchacho serbio», ante los ojos de Hannah era el arquetipo de gitano melancólico, el mismísimo Antonio Vargas Heredia con el clavel grana temblando en la boca.

A tu padre también le entraba la risa, apretando los dientes con timidez cuando ella ponía los ojos en blanco y exhalaba:

—Primer hombre de verdad que entra en esta casa, y no es para mí. Estás enfadado porque te robo la chica.

Tu padre tenía que rendirse ante el despliegue de atenciones de la señora de la casa. Siempre es muy halagüeño que te reciba una hermosa mujer con los ojos chispeantes a causa de la excitación, y un poco también a causa del vaso de vino que flameaba en la encimera

de la cocina. Habíamos esperado que al entrar nos envolviera el aroma cálido de un pavo en el horno, que impregnara con su salsa las ciruelas de relleno. Pero la atmósfera permanecía seca y cerrada, flotante alrededor del radiador, bien sellada por las ventanas sin cristales rotos. Hannah había puesto todos los ingredientes de la cena en una mesa: tostaditas de pan, cebolla troceada, lonchas de queso y una lata de atún volcada sobre un plato. Mermelada de arándanos, eso sí, y varias botellas de vino.

—Es una cena especial, fuck the turkey, que le den al pavo.

Nos explicó que sus mejores recetas eran atún con queso y cebolla sobre tostadas, y mermelada de cebolla sobre tostadas. El vino, eso sí, era caro y bueno, o eso parecía ante mis ojos inexpertos: no recordaba haber visto nunca esas etiquetas en el comercio chino junto a El Teatrito.

Tu padre y yo nos resignamos, intercambiando miradas cómplices, a recibir una dosis más de nuestra dieta habitual: comida de lata sobre tostadita de pan. Hannah explicaba también que para ella era muy exótico celebrar esta cena a las seis de la tarde, cuando en América solía empezar a las tres.

—Pero comprendo que las seis es muy pronto para vosotros —decía. Hannah estaba pletórica—. Hay que terminar esculturas, es importante, el tiempo vuela.

Tu padre le hacía preguntas corteses acerca de su, nuestro, proyecto. Hannah le ponía la mano sobre el antebrazo y frotaba:

—Vamos a necesitar tu ayuda, necesitamos un hombre fuerte, que nos protege en la noche de Madrid. Ahora verás los espacios elegidos.

Tu padre se encogía de hombros, consentía, aturdido. Seguramente, las moscas que caen en las telas de araña se quedan paralizadas no tanto porque no puedan liberarse haciendo el movimiento necesario, sino porque la danza veloz de la araña las deja abrumadas, y la modestia les impide reaccionar. Así tu padre se dejaba arrastrar hacia lo que en realidad le parecía, y así me lo había hecho saber en muchas ocasiones, la aventura de una americana hastiada. Este recelo era una de las pocas cosas que podía tener en común con Adriano. La palabra performance tampoco ayudaba.

—Yo soy artista de performance, no sólo creo material —proclamaba Hannah, muchas veces, con las manos metidas en el bote de vaselina, otras veces con la taza de té en la mano, hoy con una copa de vino—. Vosotros también sois artistas de performance. ¡Todos somos!

—Yo no sé ni lo que es una performance —alegó tu padre.

—Te lo he explicado mil veces —dije yo—, es una obra de arte que consiste en una acción, no hay por qué tenerle miedo, parece que sólo entendemos el arte cuando está en un museo y va dentro de un marco y con un cartelito debajo.

—¡Marco y cartelito, es verdad! —respondió Hannah—. Pero nadie es libre de museo, tampoco performance: siempre tenemos que explicar performance, y eso ya es un marco y un… cartolito. —Hannah saboreó de un vistazo a tu padre, como si de sus ojos emanasen dos lengüecillas que recorrieran un Chupa Chups—. Mira, te cuento performance de mi amiga Ana, también artista. Cuando estábamos estudiantes, en Los Ángeles, una chica was raped… ¿Cómo se dice? ¿Cómo se dice sexual violence? ¿La violaron? Sí, eso, la violaron. En el campus. Entonces mi amiga Ana hizo performance, el título *Rape Scene*.

—¿Y en qué consistía? —pregunté yo con los ojos muy abiertos.

—Ana invita gente su apartamento, la puerta estaba abierta. La gente viene. La gente encuentra a Ana en el suelo, tied up, muy quieta, sangre, todo roto en la casa… La gente no sabía qué hacer. Igual que yo, igual que Ana mismo, ¿entiendes? Es una manera de compartir frustración, hacemos pública frustración y pena, la empatía por chica violada. Es una canción para la chica violada. ¿Entiendes? Sólo que no es canción, no dibujo, no libro: es acción.

—Pero —preguntó tu padre, pragmático siempre—, ¿de quién era la sangre?

—Sangre de animal, creo —respondió Hannah sin pestañear.

Se tomaba muy en serio la tarea de hacerse entender por un escéptico, y admiré eso. Su confianza en sí misma impedía al interlocutor el distanciamiento para ponerse a salvo con un comentario o un gesto. Entrábamos en su historia, escuchábamos.

Hannah convencía, al menos para pasar el rato. Comprobé de reojo que tu padre había decidido seguirla esa noche; lo supe porque allí seguía, y a él nunca le faltaban recursos para deshacerse de un plan no deseado o que se alargara más de lo necesario. Asentía, un poco perplejo, pero parecía comprender.

—Ahá, entiendo, entonces ¿siempre que un acto se realiza para que lo vea público, es una performance? ¿Cuando un político se besa con otro político, es una performance?

—Más o menos —respondió Hannah complacida—, pero en política es mezclado con otros intereses, no es sólo por compartir la imagen y la experiencia, es por otra cosa en realidad. En política siempre es por otra cosa. En arte es solamente por compartir imagen y experiencia. Sólo eso.

Cuando ya la cena era un rescoldo de migas de pan y trocitos de cebolla sobre cada plato, fuimos a caminar. Hannah quería llevarnos por los puntos del mapa elegidos para dejar las figuras pompeyanas. Nos dirigimos hacia arriba, hacia Malasaña.

—Aquí quiero dejar una —dijo señalando el centro de una plaza, una de tantas con los bares abiertos a la calle y los corrillos de amigos enfundados en sus abrigos, fumando.

—Pero puede acabar destrozada —objetamos tu padre y yo.

—Es posible —aceptó Hannah.

Malasaña era demasiado cálida y agitada como para que ninguna figura pompeyana llamase la atención de nadie. La gente podría incluso pensar que eran maniquíes desechados por un taller de diseño, o juguetes arrojados desde el balcón durante una fiesta casera. Mejor descender hacia otros territorios donde no pudiera dudarse de la intención artística de quien hubiera dejado aquellas estatuas. Que las vieran los mismísimos turistas cuando salieran del Museo del Prado, o que aparecieran en la puerta del Ayuntamiento una mañana. Un marco, un cartelito, ella misma nos lo había explicado.

—¡Pero no quiero trabajar sólo para turistas! —protestó la performer mientras se mordía uno a uno los huesos de los nudillos. Nos miró e hizo el gesto de aplacarnos con las manos—. Ok, ok, es mi plan. Unos en Malasaña, otros en Sol; unos en Lavapiés, otros en

parque de Retiro. No me importa equivocar, quiero verlo con mis ojos.

Nosotros, a pesar de la leve indignación inicial ante su autosuficiencia, casi agradecimos que nos mandara callar. No entendíamos muy bien cómo iba a resultar todo aquello, pero si ella mostraba tal convicción, entonces podíamos instalarnos cómodamente en la curiosidad. De momento todo lo que nos pedía parecía fácil. Yo posaba, encantada de recogerme y guardar silencio. Cierto que los minutos que transcurrían bajo la silicona, y el imperativo de no moverme ni rascarme a veces me llevaba al borde del ataque de claustrofobia. Pero me lo tomaba como una experiencia que podía fortalecerme, mejorar mi concentración. Me repetía a mí misma consignas aprendidas en las películas que le gustaban a tu padre: Resiste, Voy a hacer de tu vida un infierno, Sólo los fuertes vencerán, ese tipo de máximas habituales en Bruce Willis, Clint Eastwood, o incluso Brad Pitt con una cicatriz que le atraviesa el cuello mientras dice «My name is Aldo The Apache». En cuanto a la tarea que le había tocado a tu padre, las esculturas, hechas de resina y fibra, no serían demasiado pesadas, eso me había asegurado Hannah. Había que conseguir que alguien nos prestara una furgoneta, y pensar bien cómo íbamos a introducir con discreción las estatuas por las calles del centro, o por las puertas vigiladas del Retiro. Pero, al comentárselo, nos dijo que no nos preocupáramos, que teníamos tiempo, como si lo hubiera practicado a menudo. Se estaba convirtiendo en una excursión, una especie de juego benévolo que no nos venía mal probar por una vez.

Apresuramos el paso para llegar a tiempo al Retiro, que cerraba a las diez. Emboscado tras sus vallas, permanecía como un fantasma oscuro, helado. Entramos por un paseo de setos, fuentes, escalinatas, bañados en la luz anaranjada de las farolas del parque. Escasos corredores, algún caminante con su perro; un grupo con la litrona en la mano, del mismo color que el vidrio de la noche.

—¿Cuántas figuras quieres poner aquí?

Hannah, muy concentrada:

—Los llevo a sitio exacto. Es cerca del lago.

Hannah se refería, cómo no, a los escalones bajo el monumento a

Alfonso XII.

—No te va a durar mucho —insistía tu padre, pero ya en un volumen de voz más bajo, para que sólo yo lo escuchara, convencidos ambos de que la circulación habitual de rastafaris, parejas de novios chinos y familias pisotearía alegremente la delicada estatua, reflejo de un pobre romano moribundo.

Hannah se sentó en un escalón, recostándose sobre los superiores.

—Miren, aquí va la de la embarazada.

Asentía, como manteniendo un diálogo consigo misma: «Sí, sí, aquí es». A los pies de la estatua ecuestre, un grupo de bebedores nos miraba de reojo. La brasa de un porro se movía en zigzag, a la manera del rastro de una luciérnaga.

—Ahora llevo a ustedes a otro sitio —anunció Hannah poniéndose en pie.

Yo sospechaba que se trataría de la Casa de Fieras.

—Seguro que quiere tirar la estatua al foso de los monos, ya verás —le susurraba yo a tu padre.

Un coche de policía nos salió al paso.

—El parque va a cerrar, tienen que abandonar el recinto.

—Habla tú, que no piensan que somos todos guiris —dijo Hannah a tu padre, en voz alta, muy risueña, para que la oyeran.

Los policías recibieron el coqueteo agradecidos, dulcificados por el acento anglosajón; con ella tenían que ser educados.

—Pero todavía queda casi una hora —dijo tu padre.

—Hoy se cierra antes —contestaron—. Están preparando lo de los billetes escondidos.

—¿Qué billetes escondidos?

—Los billetes escondidos por todo el parque. ¿No lo han visto por la televisión?

—No, pero suena muy bien —respondimos, muy simpáticos nosotros también.

Al parecer, el equipo de una productora de eventos estaba preparando un juego que tendría lugar al día siguiente, por todo el parque del Retiro. El impulsor de todo era un millonario que escondería tres mil euros en billetes de veinte y cincuenta, repartidos

bajo diferentes arbustos, en manos de estatuas, en huecos de las piedras. Ya había organizado esta peculiar búsqueda del tesoro desmigado en otras ciudades. Cuando, un rato después, lo buscamos en google, efectivamente vimos que hacía unas semanas habían jugado a esto en Fresno, en Roma, en San Diego o en Budapest. Qué extraño millonario, y así se lo dijimos a los policías.

—¿Quién es?

—Un americano, como tú —le dijeron a Hannah—, ¿o eres inglesa?

—No, por favor, no —teatralizó Hannah, llevándose la mano al corazón y poniendo los ojos en blanco—; soy americana y hoy es Thanksgiving.

—Acción de Gracias —tradujimos.

—Ah, si. —Ellos se esforzaron por demostrar que sabían a qué se refería—. ¿Y qué, os vais a animar a participar?

Sólo había que irse a dormir, coger fuerzas, y a la mañana siguiente cruzar la puerta del parque y ponerse a rebuscar. Todavía incrédulos, seguimos soltando risitas y diciendo «A lo mejor, Quién sabe, Oye, cincuenta euritos nos vendrían muy bien, con eso haces la compra de dos semanas por lo menos».

—¡Este cabrón nos gana! —exclamó Hannah cuando ya nos habíamos dado la vuelta, y el coche de policía se deslizaba en busca de nuevas criaturas a las que empujar hacia la salida—. Pero no importa, es bueno. Así gente mira de otra manera espacio público, gente está más atenta después de performance capitalista de millonario americano.

—Me parece superofensivo —declaré—. Qué fuerte, tirar billetes para ver cómo los miserables nos ponemos a cuatro patas a escarbar. Es casi como de otra época, ¿no? Como de antes de la Revolución francesa.

—Yo creo que hay algo detrás —reflexionó tu padre—, una estrategia de marketing o algo.

Hannah sólo pensaba en cómo esto iba a influir en la recepción del juego que propondría ella a continuación. Llegó a especular con limitar el ámbito de la performance al Retiro, dejando una estatua allí donde hubieran encontrado un billete. Pero luego decidió que eso

sería dar excesivo protagonismo al juego del millonario. Y qué era éste, sino sólo una muestra más del perturbador estado de las cosas en la ciudad, la atmósfera tóxica que tenía a todos sus habitantes desconcertados. Este juego del americano rico era una fase inevitable dentro de lo que Hannah interpretaba como un lento Apocalipsis; similar a la lluvia de piedra pómez que los pompeyanos oyeron sobre sus tejados, sin saber exactamente qué significaba. No había que convertirlo en el centro de nada. Seguiríamos con el plan establecido, informó.

De vuelta a casa, encogidos por el frío, emanando nubes de vapor al hablar, íbamos leyendo en nuestros móviles la información que encontrábamos sobre los billetes escondidos. Fotos de los buscadores de billetes en Fresno, posando orgullosos con su manojito de dólares, con el hashtag #havingfun, o #Fresnotreasure. Junto al hashtag #Madridtreasure se explicaban las normas para el día siguiente: «Empezaremos a las seis en punto de la mañana, momento de la apertura de las puertas del parque. ¡Os deseamos mucha suerte a todos!».

—En realidad, me hace pensar en Easter.

—¿Easter? —preguntamos.

Después de rebuscar la traducción en el móvil, descubrimos que se refería a la Pascua. Hannah dijo que este millonario y su equipo habían reformulado el juego de Pascua, en el que los niños americanos buscan huevos por el jardín. Supuestamente, un conejo con un impecable sentido de la performance coloca en diversos escondites huevos pintados, alternándolos con otros de chocolate comprados en pastelerías, porque el conejo ha evolucionado y sabe que un huevo cocido ya no es una golosina para un niño. Tiene que ofrecer droga dura. Los niños entran en una espiral de excitación a medida que buscan, por la casa y alrededores, y chillan cuando atisban un destello de papel dorado entre las hojas de hiedra. El millonario y su equipo apelaban a esta experiencia; y en ciudades donde no existe esa tradición, basta con la referencia a la búsqueda de un tesoro, no hacía falta más. Pero lograban despertar el mismo furor primigenio de un juego infantil. Cuando eres niño, te vuelve loco un huevo de

chocolate. Cuando tienes unos años más, son las gotas azuladas de un billete de veinte euros, asomando entre los pétalos de un exquisito ejemplar de la Rosaleda.

—Me están entrando ganas de participar —dijo tu padre.

—Bueno, si mañana van, luego vosotros invitan a comer jamó —replicó Hannah.

Ya habíamos llegado a nuestro portal, nuestro feo portalón de los bajos de la calle del Carmen. Subimos divagando todavía, Qué pasa si vamos, Yo por un billete de cincuenta mato, Será mi performance particular. Dejamos a Hannah en la puerta de su casa, y nos besó efusivamente.

—Adiós espacio personal de seguridad. Beso como española.

Pero nos advirtió que en los próximos días trabajaríamos duro en la preparación de su performance. Permaneceríamos atentos, no obstante, a los cazadores de fortunas del Retiro. Cuando cerró la puerta, tu padre movió los labios, dibujando un «Me has metido en una movida», y yo le empujé.

—Rápido, no vaya a ser que esté observándonos por la mirilla —chisté.

Pero tampoco me la imaginaba así. Me la imaginaba corriendo directa hacia la kettle, la kérel, para encenderla y a continuación descalzarse y arrojarse al colchón que había instalado provisionalmente como sofá.

Cuando la puerta de nuestra casa se cerró nuestros secretos ya estaban a salvo, y tu padre siguió enumerando los diversos factores asombrosos que habíamos presenciado.

—Menudo personaje. Qué tía.

Le recordé, señalando la ventana rota, que el cartón de la caja de galletas tampoco nos garantizaba una intimidad absoluta. Tu padre bajó el tono de voz:

—Primero, nos da de cenar cebolla picada. Qué morro.

—Creo —expliqué con sinceridad—, creo que de verdad ella pensaba que nos estaba ofreciendo una cena original.

—Joder, pues si tiene pasta, que se estire un poco. Mira el vino.

— Aun así, ¿nos vas a ayudar?

—Sí —contestó tu padre—, pero sobre todo para que no acabes en un calabozo, al menos tú sola. Yo te acompaño. Pero que conste que Hannah me parece una loca de atar.

—Pero ¿has entendido su propuesta?

—Entiendo, entiendo, no me calientes más la cabeza, te lo suplico, que ya hemos tenido bastante con todos los americanos y sus aventuras.

Tu padre anunció que se iba a dar una ducha para quitarse el frío del paseo. Entró de lado en el diminuto baño, para no golpear la puerta contra el lavabo. Escuché cómo conectaba el calefactor y el aliento cálido del cordial robot empezaba a soplar. No pude evitar urdir rápidamente una trama para asaltar a tu padre. Llevábamos muchas horas sin tocarnos. De nuevo la ley de la costumbre me hacía burla: Persíguelo, que se te escapa un poquito más cada día, si lo dejas correr.

—¿Me dejas que te mire? —pregunté con la boca pegada a la puerta.

—Sí, pero no hagas una performance, déjame vivir.

Mi móvil sonó sobre el sofá, con el breve tintineo que anunciaba un mensaje. Fui a mirarlo: Adriano. «No me quito de la mente la exposición de Pompeya… Hoy he estado pensando en cosas… Ya te contaré.» «Y no me refiero a nuestras pajas mentales, sino al trabajo, a aplicaciones concretas.» «Me da igual lo que pienses de mi curro, eres una colaboracionista porque me das buenas ideas para que lo desarrolle!» Y después de estos mensajes, que iban apareciendo en la pantalla, una ristra de emoticonos, caritas que lanzaban besos en forma de corazón. Un nuevo tintineo, y un mensaje de Hannah: «Gracias por el paseo, soldados del arte. Mañana nos vemos a las 7 pm, ok? No se si a las 6 am estas buscando tesoro…».

Ok a Hannah, emoticono de carita sonriente. A Adriano había que contestarle de un modo más elaborado y no se me ocurría nada. Dejé el móvil en el sofá y me introduje de lado por el resquicio que permitía la puerta del baño. Tu padre estaba bajo el chorro de la ducha, al otro lado de la cortina de plástico. Me senté en el montón de ropa tirada sobre la tapa del váter.

—¿Cuánto me cobras por mirarte? —pregunté, alzando la voz para que me escuchara sobre el zumbido del agua.

—Hmmm... diez euros —dijo tu padre frotándose sobre las orejas.

Quise aproximarme.

—Me ha sorprendido cómo le has seguido el rollo a Hannah —dije, intentando ver a través de la cortina de plástico.

A pesar de ser translúcida, estaba atravesada por diferentes líneas y cuadrados que emborronaban la vista al otro lado. Intentar mirar, asomándome por uno de esos cuadraditos, como si fueran un ojo de buey en un camarote, era casi un tic que practicaba cada vez que tu padre se duchaba o yo misma estaba en la bañera.

—Me parece un personaje —repitió tu padre —. Me lo he pasado muy bien.

—Yo creo —repliqué, guiñando el ojo para intentar enfocar mi visión— que te mola un poco.

—Sí, claro —dijo tu padre.

—¿Te vas a enrollar con ella?

—Me voy a enrollar con las dos.

Aparté ligeramente la cortina y me asomé. Tu padre se enjabonaba el esqueleto y las branquias de su tatuaje emergían bajo la corriente de agua. Me miraba igual que cuando Hannah le piropeaba y apretaba los dientes, pudoroso. Ser un objeto de deseo le turbaba, pero no dejaba de complacerle, claro. Yo, a lo mío: sobrevolando con la imaginación las praderas de espuma que lo recubrían, un helicóptero acercándose a los dos ojos inmensos como cráteres. Tu padre se aguantaba la risa porque parte de lo que escribo ahora lo recité también en el momento como si cantara a un diosecillo acuático. Cerró el grifo y me pidió la toalla. Aficionado a concentrarse en una única tarea, se frotaba sin mirarme. Sacó uno de sus pies de color polvo rojo e imaginé que dejaba una huella en la alfombrilla del baño. Le perseguí por el metro cúbico del baño, le susurré promesas, más piropos, al oído, como si sólo saliera una vez al año de detrás de la cortina surcada por líneas, y yo no conociera mayor promesa que su polvo rojo. Él continuó secándose las ramas del cuerpo, descargando las hojas, y en un momento dado decidió salir de su reserva y

tenderme un paso para que me acercara.

Se empaña la visión, yo misma quedo fuera de la escena. Esto no puedo contártelo a ti. Nadie sabe nunca cuándo, exactamente dónde y cuándo, lo concibieron sus padres.

9

Al día siguiente tampoco llovió. El sol seguía pegado al cielo invernal, como un caramelo de limón pisoteado. La búsqueda del tesoro pudo llevarse a cabo por todo el Retiro sin que ocurriera ningún incidente destacable. Los más madrugadores ya estaban colgando sus fotos en Twitter a eso de las ocho y media, haciendo la señal de la victoria y mostrando con la otra mano un billete de cincuenta, #Madridtreasure y algún mensaje de euforia. Yo me mantuve atenta desde mi ordenador en El Teatrito; Adriano también, en su oficina. La Presidenta estaba todavía en Bombay pero enviaba misivas cuando captaba algo de wifi en la sala de congresos del hotel, del que llevaba tres días sin salir, intercambiando tarjetas con potenciales inversores y homólogos de otros países.

—¿Cómo va lo del Retiro? —preguntaba.

Adri le reenviaba algunas de las fotos de los participantes.

—La gente está encantada. Y sigue sin aparecer una nube en el cielo.

Que Madrid permaneciera, desde hace ya tantos meses, flotando en su anillo de polución parecía favorecer los planes que se tramaban en torno a la ciudad. El mismo Wilton Shedelton, el promotor americano, se lo comentó a la Presidenta la última vez que se vieron, según me había contado Adriano, para avanzar en el proyecto del macrocasino: ocho calles, diez teatros, cien locales de ocio y cincuenta piscinas climatizadas con sus hoteles debajo. A Shedelton le gustaba imaginar este nuevo enclave como un hongo parasitario que, al crecer, acabaría por cubrir, con el pliegue carnoso de sus bordes, a la ciudad que lo había alojado. Le parecía muy oportuno el ambiente desértico, porque ya se sabe que un panorama así desquicia a todo el que lo habita o lo atraviesa, y la aparición de tal oasis, espejeante, cegador, se convierte en una bendición, un alivio para todo aquel que puede meter la

cabeza y pasearse por él.

Le había enseñado la maqueta a la Presidenta en el despacho de ella. Tenía forma de bóveda y contenía dentro el trazado de las calles, el alzado de los rascacielos, personitas de papel subidas en coches; y al darle la vuelta a la maqueta se levantaba un torbellino de papeles sucios, de motas negras de polvo, que envolvían a la pequeña aldea como un remolino de murciélagos. A los dos les encantó la ocurrencia del equipo de diseñadores. Estaba pensado para que, al volcarla, las piscinas de las azoteas no se desbordaran, sino que la gelatina azul que figuraba el agua sólo se estremeciera levemente. La Presidenta de Madrid vio como, rápidamente puesta de nuevo boca arriba, la maqueta de la ciudad recibía la ráfaga de suciedad, que se posaba sobre las aceras y los carteles de publicidad. «Esto es una maravilla», pensó. Veía empleo. Veía encargados del mantenimiento de las piscinas, camareros, croupiers, cigarreras. Veía incluso a los acomodadores de los diez teatros, ¡veía a los artistas madrileños que se preparaban en sus camerinos! «Esto es una inyección de oxígeno, es lo que necesitamos: nos vamos a deslumbrar a nosotros mismos cuando empecemos a lanzar las ofertas de trabajo, las convocatorias: Buscamos espectáculos, enviadnos vuestro currículum, enviad vuestra carta de motivación. Tienen que sentir que forman parte de todo esto, y que se van a beneficiar. Que lo hacemos por ellos».

La Presidenta se permitió una pequeña broma:

—Si hay que cambiar las leyes, se cambian. Pero yo no quiero que te vayas a un país melancólico y que se lo propongas también a ellos, Shedelton.

Esta advertencia de la Presidenta se debía a unos rumores recientemente cultivados en algunos medios de comunicación, según los cuales Shedelton estaba dialogando en paralelo con políticos de Portugal e Italia, en busca del mejor candidato.

—Hazlo aquí, monta el chiringuito aquí.

Eso dijo la Presidenta de Madrid, clavando las chinchetas de sus ojos en el espíritu de corcho, poroso y pragmático, del americano. Shedelton recogió su mirada sin titubear, uniendo las palmas de las manos y presionándolas contra sus labios. La Presidenta celebró en

silencio que esa piel cetrina y esos ojos sepultados en arrugas exhalaran tanta vitalidad.

—I’m ready to sign up for Madrid.

—Estoy listo para firmar con Madrid —tradujo rápidamente, en un siseo, Adriano, apostado junto al oído de la Presidenta—. Lo único que espero —continuó desgranando Adriano, mientras Shedelton proseguía con su envite— es que se me ofrezca un terreno adecuado.

—Dame dos semanas —se aventuró a arrojar la Presidenta, casi sin meditar qué naipe estaba escogiendo.

Shedelton frunció la boca, satisfecho. Poder discutir con una mujer acerca de negocios le proporcionaba doble placer. Se consideraba a sí mismo un brillante estratega, pero también un seductor, a pesar de, y así lo decía él a menudo, «Esta cara de pez». De hecho, cuando visitaron el Retiro para valorar el espacio de la búsqueda del tesoro, observó muy atentamente las carpas del estanque, y exclamó:

—¡Mira, mis primas de Utah!

No le importaba compararse con un pez de apariencia depredadora, aunque estuviera enarbolando su fealdad. Le gustaban las pirañas, las morenas, todas aquellas especies que dejaban asomar su labio inferior bajo unos ojos redondos e implacables.

Adriano también tradujo en su momento aquello de las primas de Utah, y la Presidenta respondió con una carcajada honesta. La conclusión a aquella visita fue que el Retiro era un lugar muy bello, y que este espléndido clima era perfecto para la búsqueda de los billetes, a pesar de estar en noviembre. Shedelton anunció que así se haría, y explicó también que a él Acción de Gracias le traía sin cuidado, y a sus trabajadores también.

—Nosotros somos aventureros, el calendario sólo es una herramienta.

La Presidenta no alcanzaba a entender muy bien el motivo de aquella acción, pero estaba fascinada. Sobre todo porque Shedelton lo explicaba con sencillez:

—Es sólo una manera de conocernos. Es como pasar una mañana juntos antes de comprometernos en una relación duradera.

Shedelton solía proponer este pequeño juego en cada ciudad donde

se iniciaba una operación. Era un método muy eficaz para asomarse a las características de cada nuevo socio: cuán pesada era la legislación, cuán ágil la administración, cómo reaccionaban los habitantes a determinadas propuestas. Así pues, la Presidenta seguía de cerca el desarrollo del juego en el Retiro, aliviada de leer en los cables que le mandaba Adriano, y en algunas ráfagas de prensa, que todo estaba saliendo muy bien, sin sorpresas, igual que en Fresno. Gente entusiasmada de poder jugar a algo con premio, un orgánico casino camuflado en los setos del Retiro.

10

Esta jornada del cuarto viernes de noviembre acabaría siendo célebre. No por el juego en el Retiro, que fue glosado brevemente en los telediarios y los periódicos como una anécdota divertida. Y tampoco por las conversaciones en las que participó la Presidenta, rodeada de hombres de negocios indios, europeos con corbata, magnates chinos, ejecutivos y ejecutivas con la cerbatana del gesto preparada para disparar un comentario letal; todos caminaban de la sala de congresos a la salita del café, donde agarraban un dulce y una servilleta, y volvían a sentarse, a escuchar y a aplaudir. Estaban despiertos, convencidos de que todo lo que acontecía era muy relevante para su propio futuro profesional. En ésas, se oyó un estruendo de ladrillos haciéndose añicos y de chorros de yeso hinchándose en forma de nube, al otro lado de las paredes acolchadas de la sala de congresos. Todo el mundo se quitó los auriculares, inquieto, y los que tenían la palabra en ese momento, sentados en el estrado, despegaron la espalda del asiento y se agarraron al brazo de la silla. Un murmullo inmenso empezó a envolver la sala, sobre el techo, bajo el suelo; alrededor de la cámara acorazada corrían y trepaban cientos de personas. Tras largos segundos de desconcierto, un empleado del hotel se asomó a la puerta, y gritó algo en un inglés desmochado que a la Presidenta le sonó muy mal, lo que le hizo añorar instintivamente la presencia de Adriano, ese becario tan bien dispuesto, encaramado a su oreja.

La Presidenta acabó saliendo a gatas del hotel, junto a otros españoles. En el vestíbulo se derramaban cascadas de gritos, y los cables se habían soltado de las paredes en una danza de chispas, arrítmica, alternada con breves explosiones. La Presidenta reptaba, con su falda de tubo y su camisa, sintiendo bajo sus rodillas la fricción de la moqueta. Había dejado sus zapatos en la sala de congresos, sin

dudarlo; no quería ser la única imbécil subida a unos tacones mientras los demás correteaban tan tranquilos sobre suelas planas. Ahora los dedos de sus pies se engarabitaban dentro de la red de licra de las medias. Le gustaba sentir que estaba preparada para enfrentarse a una catástrofe: seguir instrucciones, concentrarse, no parpadear apenas. No tenía miedo. El hotel crujía descontrolado, y cuando salieron de él tampoco se sintieron a salvo, a merced de la muchedumbre que corría.

—No es un terremoto, ¿verdad? —había preguntado en el primer minuto de duda en la habitación de congresos.

Ni un volcán; no era un Vesubio cercano, festejando su propia existencia. La Presidenta comprobaba, con gusto, cómo la adrenalina le sentaba bien, a diferencia de algún otro compañero de viaje que tartamudeaba y montaba una escenita cada vez que se topaban con un obstáculo, una puerta cerrada en el pasillo primero, un coche de aspecto sospechoso después, en la calle. Pasaron unas cuantas horas en una embajada donde les ofrecieron tila y whisky. La Presidenta prefirió alternarlos, entre risas.

—Yo un poquito de cada.

Y los demás españoles agradecieron su sentido del humor. A ella, además, le dieron un par de calcetines blancos de deporte, conmovidos ante la visión de las frágiles medias sobre la alfombra del embajador. Luego vino a buscarlos un avión militar y los llevó directos a la ciudad.

Yo había escrito un mensaje a Adri en cuanto me enteré: «Joer, ya he visto lo del atentado de Bombay». Me contestó enseguida: «Sí, tía, qué susto». Adriano había seguido el atentado junto a sus compañeros, todos en pie y arracimados en torno a un ordenador, balbuceando plegarias y blasfemias: «Ay, Señor, hostia, hostia, hostia, qué fuerte». Cuando recibieron el primer mensaje que avisaba de que el grupo de españoles, Presidenta incluida, estaban a salvo, saltaron con verdadera alegría. Luego, en nuestras respectivas pantallas, había aparecido la pintoresca imagen de la Presidenta recibiendo a los medios en el aeropuerto, enfundada en los calcetines blancos de deporte.

—Estamos bien, estamos bien. Agradezco al Ministerio de Asuntos Exteriores la eficacia con la que han acudido a nuestro rescate. Sí, los

zapatos me los he dejado. Tenía claras mis prioridades.

Al encender el móvil la Presidenta recibió la avalancha de mensajes de familiares, amigos y colaboradores que habían estado pendientes desde que se enteraron. Ministros, líderes de la oposición, el Presidente mismo, aunque con él ya había intercambiado unas palabras por teléfono desde la embajada; sus compañeros, Adri incluido; sus hermanos, primos y hasta Yunisleysis, la Gran Jefa de Mi Casa, como solía llamarla ella para evitar el anticuado término ama de llaves. Uno de los últimos escritos en llegar fue el de Wilton Shedelton. La Presidenta ya estaba metida en su cama, radiante por haber superado «con nota», como le había insinuado algún asesor, esta inesperada prueba, que sin duda reforzaría su imagen pública. Hasta el detalle de los calcetines había resultado un éxito: aquello corría ya por las redes sociales, y bajo la burla generalizada latía sin duda la evidencia de que aquella era una mujer sensata, que arrojaba sus zapatos caros e incómodos a un lado cuando había que escapar de los malos. Sin soltar el móvil, la Presidenta revisaba los últimos correos y soplos antes de adormecerse definitivamente, cuando pitó el aviso del mensaje de Shedelton. No entendió nada, pero se las apañó para seleccionar el texto e intentar traducirlo con el google translator. A pesar de todo no estaba segura de su interpretación. Tuvo que esperar el regreso a la oficina para que Adri se lo tradujera.

«Querida amiga, desde hace horas estoy consternado por el terrible suceso de Bombay. Que tantos colegas hayan estado tan cerca del peligro me ha tenido como un león enjaulado. Gracias a Dios usted está por fin en España, a salvo. Nos vemos muy pronto, ya pasaron las dos semanas que me dio de plazo… y como ha sobrevivido, ¡no pienso tener piedad con usted!»

Adriano sujetaba el móvil de la Presidenta, titubeando muy poco al volcar el texto al castellano.

—¡No hace falta que me lo recuerdes! —gritó la Presidenta a la pantalla del teléfono, sin poder contenerse.

—Jefa, con todos mis respetos —intervino Adri.

—Dime —respondió ella resoplando y cerrando los ojos, olvidada ya la aventura de las últimas treinta y seis horas e inmersa de nuevo en

las preocupaciones que habían quedado pendientes de resolver.

—He estado pensando acerca de lo de los terrenos.

—Ay, qué rico eres —replicó la jefa—, y no como esta panda de inútiles que tengo ahí. ¿Qué has pensado?

11

Mientras tanto, en El Teatrito, Tono bailaba entre las tres mesas de la oficina, describiéndonos una vez más cómo encontró los billetes de veinte euros en el parque.

—Entonces me doy cuenta de que nadie pensaría nunca en las alturas. Uno piensa en buscar un tesoro y ¿qué es lo primero que le viene a la mente? Cavar, un tesoro enterrado, o por lo menos una cueva, una gruta, ¿no? Nadie pensaría nunca en las alturas. De hecho, te lo juro, ibas por El Retiro y veías a todo el mundo a cuatro patas, por aquí y por allí, agachado, mirando. Yo decidí concentrarme en el plano superior, mirar a lo alto de los árboles, de las estatuas. En la Casa de Fieras, ahí donde hay una estatua de un enano que toca la flauta, una estatua enorme que da mucho miedo, ¡zas! Ahí veo un papelito azul que sale de debajo de la rodilla del enano. ¡Mío! Había unos dentro del foso de los monos que me miraron con una cara de odio... Qué idiotas, es sólo un juego, aunque digo yo que cuarenta euritos no están nada mal, al final, ¿no?

Yo estaba paralizada por la rabia. Mi jefa se divertía con el relato, y le pidió que le enseñara su foto en twitter con los hallazgos. A lo largo de la mañana, Tono hizo varias veces el gesto de sacar los dos billetes de veinte euros y restregárselos contra la cara, besándolos. Tardé varias horas en admitir que estaba asfixiada por la envidia. Ese dinero me habría venido muy bien.

Por la tarde fui al estudio de Hannah. Ella estaba de muy buen humor; había espiado el desarrollo de la búsqueda en las redes sociales. Le daba mucha risa observar las similitudes entre los nativos de Fresno y los de aquí. ¡Todos igual, haciendo el símbolo de la victoria con el billetito en la mano! Yo le confesé: Mi compañero de trabajo estuvo, Me ha enseñado el dinero, Qué rabia me ha dado, Me ha puesto enferma.

Hannah se sorprendió, incapaz de entender qué detalle de todo aquel circo ambulante podía alterar el estado de ánimo de alguien que se considerase inteligente.

—Me ha dado envidia ver que sacaba cuarenta euros en una mañana, precisamente él, que es un vago, un frívolo, un cutre, un miserable.

Y me tapé los ojos, apreté los dientes, que son símbolo del valor material, ¿acaso no dicen eso muchas páginas web de referencia?

—Mi amor, tranquila —se sobresaltó Hannah—. No dejas que esto afecta tanto, por favor. Es sólo un juego, con intención de manipulación de gente, es cruel, en un momento de crisis. Es normal que deseas el dinero, of course. Y lo saben.

Su palabrerío inconexo acabó encajando las piezas en mi cerebro y se me llenaron los ojos de lágrimas. A la vez me entraba la risa.

—Sé que estoy llorando por cuarenta euros.

Hannah se puso muy seria. Me dijo algo así como que esto era una guerra por la imaginación, por el manantial de la inspiración y la belleza. Me resultó curioso que hablara, tan convencida, de la imaginación como si fuera petróleo. Algunos, dijo, endureciendo el semblante, tenían más recursos que otros para poder desplegar sus visiones y sus experimentos, y para conseguir que miles de personas los compartieran de muy buena gana. Hala, ahora todos a correr en esa dirección, ahora todos a generar calor con este aplauso. Ahora quiero que veáis mi sueño proyectado sobre ese edificio y que os emocionéis. Bien, eso no significaba que nosotras careciéramos de visiones, aunque nos costara mucho que se enteraran más de tres personas, por decir un número. Había que luchar por un espacio propio para hacer brotar las visiones propias. Había que sostener el pulso, aunque fuera a través de una táctica de guerrilla, por la noche, por sorpresa, interrumpiendo el curso normal de una vía pública.

Me quedé callada.

—Qué piensas.

—Yo todavía no he llegado ahí, Hannah, me da igual quién reciba lo que hago. Sólo quiero hacer algo creíble para mí misma, algo respetable para mí misma.

Me daba cuenta de la trampa en la que me estaba metiendo. Era difícil encontrarme a solas con nada de lo que hiciera cuando siempre apelaba a la opinión de los demás, y a sus frases, que se infiltraban en el núcleo mismo de lo que estaba haciendo y lo transformaban hasta convertirlo en una importación, en un producto enteramente creado por los demás y no por mí. Pensaba en todas las veces que había tenido iniciativa en El Teatrito, que me había implicado con alguna de las compañías programadas; cualquier comentario de la jefa había perturbado mi seguridad. Ante el dilema, me decía a mí misma que por lo menos no estaba haciendo nada indigno; pero había una evidencia muy incómoda: no lo disfrutaba. Fuera lo que fuera; levantarme temprano y recoger información sobre Víctor, llevar kétchup y mostaza a los bailarines y convertirme en su ayudante de producción, posar desnuda para Hannah, chinchar a Adriano. Vencía la ironía, el esfuerzo por desprenderme. Es cierto que cuando veía a alguien disfrutar de lo que hacía, enseguida me parecía que estaba borracho de satisfacción, que había perdido perspectiva y por lo tanto estaba en el corazón mismo del riesgo a la estupidez. Todos aquellos que decían amar su tarea en realidad presumían, presumían, presumían. Ponían por delante la exhibición, la proclama de su triunfo. Para eso servían las redes sociales, ¿no? Colgar fotos, explicar exactamente qué estaban haciendo en este momento, ante una comunidad de cientos de personas. «Me he encontrado cuarenta euros en el Retiro #Madridtreasure», como si necesitaran convencernos a todos de que les iba bien. Mientras me burlaba de su adicción al reconocimiento, era yo la que se carcomía las uñas, finalmente seducida por sus imágenes. No podía evitar preguntarme: ¿por qué yo no amaba con esa intensidad nada de lo que me rodeaba?

Tenía la certeza de que no había querido participar en el juego de la búsqueda del tesoro. Entonces, continué interrogándome a mí misma con paciencia, mientras Hannah chapurreaba frases de ánimo, ¿qué es lo que me daba más rabia, que Tono tuviera ahora en su cartera dos billetes de veinte euros, o la plenitud que irradiaba? Confesé, confesé en silencio, se trata más bien de lo segundo. Me daba la sensación de que todo el mundo tenía algo que abanderar y yo no, y lo peor es que

hasta la acción de abanderar me parecía cansina, falsa, forzada. Pero no tenía valor para detenerme y dejar que el pelotón avanzara sin mí.

Hannah respiró hondo, y percibí como se esforzaba en expulsar de sí misma la pregunta:

—¿Quieres seguir colaborando conmigo?

Se estaba diciendo a sí misma que era muy generosa por permitirme estropearlo todo, por tolerar una crisis a su alrededor. Lo comprendía, lo aceptaba. Seguía regulando su respiración. Yo me precipité:

— Claro que quiero, Hannah, no digas tonterías. Si estoy encantada. Me parece una maravilla.

—Entonces vamos a trabajar —palmoteó.

Ya me tranquilizaría dentro de un rato; ésta, me dijo, era la única manera de salir adelante. Escucharse a uno mismo, tomarse la temperatura, saber cuán sobrepasado estaba uno por este u otro flujo químico, y seguir, cumplir con el horario, alcanzar los objetivos. Enfurruñada, me fui desnudando, mientras imaginaba toda clase de insultos contra Hannah, su ego, su megalomanía, y su ética protestante, por muy judíos que fueran sus abuelos. Doblé la ropa y la puse encima de la silla, como siempre. Hannah estaba ya concentrada en los materiales, la vaselina, la silicona. Me enfurecía comprobar como no me hacía ni puto caso, y el martirio resplandecía dentro de mí. Soy una víctima de esta hija de puta, Ni siquiera disimula el hecho de que me está utilizando, Se cree que es un genio, Soy muy desgraciada.

—Mi amor, hoy hacemos esta figura —me dijo, acercándome la tablet, donde se veía a un pompeyano de yeso caído de bruces en el suelo, cubriéndose la cabeza con los brazos—. ¡Tapones, tapones!

Me coloqué los tapones en los oídos, el antifaz sobre los ojos, la escuálida braga; me inserté la cánula en la nariz. Era un atrezo inmejorable para ahondar en mi humillación.

Al volver a casa, después de despedirme de Hannah en su puerta, y recibir algunas instrucciones más para el día siguiente, seguía de mal humor. Entré y allí estaba tu padre. En la tele, Angelina Jolie llevaba una linterna en la mano, y se abría paso por un lóbrego sótano donde seguro la esperaba alguna revelación macabra. En la otra mano

llevaba un teléfono, por el que se comunicaba con Denzel Washington. Él estaba postrado en una cama, lejos del sótano aquel.

Tu padre me había saludado, y su interés había vuelto a la película. En cuanto me hube quitado el abrigo, y dejado las llaves, me puse en modo trágico.

—¡Hazme caso! ¿O es que tengo que aparecer asesinada, o llevar una placa de policía, o un capuchino con tapa de plástico? —Dije esto ejecutando unos giros en el pasillo entre el sofá y la tele.

Tu padre bajó el volumen con el mando.

—¿Qué te ha pasado?

—Oh, Walter, maldita sea, es una trampa —parodié, arrinconándome contra la pared y haciendo el gesto de empuñar una pistola.

—Qué te pasa.

Le expliqué a tu padre: todo se había desencadenado con el botín de Tono.

—Cuarenta euros, qué cabrón —festejó tu padre, y cuando yo continué enrocándome en mi indignación, discurso que por otra parte no tenía nada de novedoso, pues cada noche solía dedicar unos minutos a diseccionar la imbecilidad de Tono ante tu padre, él hizo un gesto para apaciguarme. Me pidió que me sentara en el sofá y envolvió mi mano con las suyas.

—Vamos a ver. Tú piensa que si hubieras ido al Retiro te habrías cabreado mucho más. Imagina que te encuentras con Tono en el foso de los monos. ¿Cómo te habrías quedado?

Protesté:

—Ya he pensado todo eso. Ya me he dado cuenta de que lo que me molesta no es el dinero en sí, ni el hecho de participar o no.

Y entonces le conté todo aquello del entusiasmo y el convencimiento, y lo que me había dicho Hannah, y también cuánto me había ignorado para seguir adelante con lo suyo. Eso, precisamente eso, le aclaré a tu padre, era lo que me daba más envidia todavía: qué capacidad para saltar olímpicamente por encima de las pequeñas impurezas cotidianas, iluminada por su obsesión. Yo también quería una obsesión.

—Ya la tienes. La muerte de tu tío. ¿Te parece poco?

Y entonces tu padre inquirió acerca de mi famoso proyecto.

—No es tan fácil iniciar un proceso creativo —chasqueé la lengua, muy didáctica hacia la ingenuidad de tu padre.

—¿Cómo que no? —replicó tu padre—. Sólo tienes que empezar, y eso es lo que no quieres hacer, por miedo, por cobardía, yo qué sé.

—No es tan fácil —insistí.

—Pues mira, ahora mismo te voy a contar un cuento, y me lo voy a inventar sobre la marcha.

Tu padre bajó el volumen al mínimo. Me fascinaba su habilidad para integrar la tele encendida en una conversación, sin distraerse más o menos. Yo no podía dejar de mirar de reojo a la tele cada vez que Angelina caía a un hoyo o Denzel se enfrentaba a la muerte con la frente perlada de sudor. Sin embargo él se había olvidado la tele; la tenía tan asimilada que la procesaba como el aire, regulando su atención hacia ella sin problema.

12

Tu padre me contó: un tío hecho y derecho, un hombre muy interesante, vivía en lo alto de una casa abandonada, con una chica. La chica era un poco plasta, así la presentó tu padre, pero aclaró a continuación que el tío este prefería vivir con ella a verla pasar por la calle y preguntarse cómo sería desnuda. El hombre interesante trabajaba como productor free lance, lo que significa que dependía de que le llamaran los demás para ofrecerle trabajo, o de que él tuviera suerte cuando llamaba a las puertas o escribía emails muy muy amables preguntando si había algo para él. La verdad es que no se podía quejar; la mayoría de productoras de espectáculos tenían su teléfono y apreciaban su manera de trabajar. Contaban con él, sobre todo cuando organizaban festivales. Digamos que era su especialidad; él era de los pocos en la ciudad con experiencia en la organización de espectáculos en la calle. Así, tenía trabajo en diversos festivales a lo largo del calendario: el Festival de Músicas del Mundo, el Festival de Títeres en el Tejado, el Festival de Teatro en las Fuentes, el Festival de Payasos en las Cloacas. Había épocas del año en las que trabajaba todos los días de la semana. Eso era bueno. Iba con un walkie-talkie en la mano, con la riñonera bien atada, ocupándose de todo. Que si los artistas habían llegado a la hora de su citación, que si tenían botellas de agua, que si el escenario estaba bien protegido y los curiosos paseantes no se subían encima para hacer el gamberro. Sin embargo, llegó un año en que desaparecieron dos festivales del calendario. El chico lo aceptó, lo comentó con sus colegas tomando un café, leyó acerca de ello en la prensa, qué se le iba a hacer. Al año siguiente desaparecieron otros dos festivales. Y al año siguiente, tres festivales cayeron. Quedaban algunos, pero habían reducido tanto su programación que el tío interesante ya no era necesario en el equipo. Llegó un momento en que sólo trabajaba, en total, veinte días al año.

Este hombre no tenía padres. Sólo colegas que estaban en una situación parecida a él. No sabía a quién preguntar. Buscaba alguien que pudiera aconsejarle, en esta situación desesperada.

Entonces, la chica un poco plasta con la que vivía en lo alto de la casa abandonada, le dijo: «¡Ya sé! Conozco a un hombre sabio que quizá nos pueda ayudar. Es un brujo, ya no vive entre los humanos. Se ha retirado a un lugar del que nadie ha vuelto».

«¿Y cómo lo encontraré?», preguntó el hombre interesante.

«Tienes que llamarlo. Hay que ir a un lago que está en un parque, y llegar hasta el centro; dicen que es un espacio en medio de dos mundos.»

Entonces el tipo interesante fue al lago, cogió una barca, y remó hasta el centro. Una vez allí, llamó al hombre sabio.

«¿Estás?»

«Sí.»

El hombre no estaba, o por lo menos no se le veía. Sin embargo, se le oía claramente, aunque era difícil determinar de dónde venía su voz. Según se movía, buscándola, parecía que saliera de debajo de la barca, o de detrás de su oreja, o de arriba, como una nube que envolviera la barca.

El tipo interesante se armó de valor y preguntó:

«¿Qué hacer?».

La voz del hombre sabio respondió: «Vete a México...».

En este punto del relato, le pegué un palmetazo a tu padre. Él se defendió:

—En serio, escucha lo que dijo. Fue exactamente así. Yo no tengo la culpa de que no te suene bien.

«Vete a países en crecimiento...», continuó el hombre sabio. Según le dijo, allí estaban locos por apuntarse a eso de los festivales: festival de otoño, de primavera, de marzo, de junio; festival del tejado, de la plaza, para jóvenes, para viejos. La voz del hombre sabio era solemne, pero en su tono había cierta mala leche, como si le hiciera gracia el catálogo de festivales que acababa de improvisar.

«Pero —advirtió la voz, recuperando la gravedad— en cuanto suceda lo mismo que aquí, en cuanto se agoten las fuentes de la

riqueza rápida, y la sequía deje de nuevo los festivales como fósiles que el viento deshace, deberás emigrar a un nuevo país. Busca siempre una ampolla de prosperidad.»

«Seré un buscador de burbujas, pues», acató el tipo interesante, traduciendo las palabras del hombre sabio a un término que todos removían desde hacía años, la burbuja: especulativa, inmobiliaria, cultural.

«No, no son burbujas —sentenció la voz del hombre sabio—. Son ampollas, porque al reventar no dejan sólo aire, sino que el pus salpica en todas direcciones.»

«Gracias, hombre sabio, seré un buscador de ampollas, entonces. Soy un comedor de pus, y ése es el alimento que necesito para sobrevivir. Hasta ahora no me había dado cuenta.»

Para indicar que la historia había acabado, tu padre señaló un horizonte imaginado:

—Y se alejó remando hacia la orilla...

—Qué bajón de historia —musité.

—No sabemos —dijo tu padre—. No sabemos qué le ocurrió al tipo interesante y a la chica un poco plasta, cuando dejaron la casa abandonada y se subieron a un avión. A lo mejor les fue muy bien. No sabemos.

13

En el telediario, y en las portadas de cada periódico, la Presidenta había salido con un casco y un chaleco fosforescente, acompañada por Shedelton. No estaban solos, claro; les rodeaba el habitual séquito de guardaespaldas y asistentes, Adriano incluido.

Las cámaras recogían la conversación relajada de los dos sexagenarios, toda una declaración de que la negociación avanzaba. La comitiva visitaba un espacio propuesto para la construcción de Eurovegas.

La sorpresa, tal y como apuntaban los medios, consistía en que esta vez no habían ido a pasear por un solar, o una extensión de terrenos cultivados, como en las últimas veces. Esta vez caminaban entre casas; una urbanización de chalés adosados, con su repetición seriada de puertas, ventanas y balconcillos en el segundo piso. Para mayor regocijo de las cámaras, que podían captar dramáticos planos para utilizarlos luego en el montaje como detalle, todos los huecos de las casas estaban tapiadas con ladrillos. En las aceras crecían hierbas de diferentes longitudes y no había ni una farola. Para acceder a la urbanización habían tenido que quitar un candado y franquear una alambrada.

La urbanización El Paraíso era una de las ampollas más célebres de toda la periferia urbana, por sus dimensiones y por la exuberante ambición de los friccionadores que la levantaron. Iba a albergar miles de viviendas, dos centros comerciales, tres campos de golf, un lago y un estadio. Iba a tener estación de metro propia, que se llamaría, cómo no, El Paraíso. Sin embargo, un día, la fértil humedad reinante se retiró. Llegó un coche de policía ordenando la detención de las obras. La ampolla se secaba. Los promotores, unos hermanos gemelos con un mote muy disfrutado por la prensa, Los Jabatos, tenían en su currículum la construcción de casi la mitad de su provincia natal, en

algún lugar de la costa española. También tenían en su haber un parque temático, conocido como Jabatos World entre la prensa de opinión y los tertulianos más deslenguados de la radio. El caso es que las obras de El Paraíso, aunque reducidas, comparado con lo que se había planteado en un principio, por cuestiones de financiación, avanzaban muy rápido, y el día antes de que llegara la Guardia Civil, se calculaba que serían habitables en menos de un mes. Sólo faltaban las farolas, el suministro de agua, arreglar el servicio de basuras; y es verdad, Los Jabatos lo habían comentado, les estaba pillando el toro, no iban a llegar a tiempo. Y eso sólo con respecto a la zona de viviendas. El área de ocio y relax, como la llamaban ellos, permanecía virgen, un erial de matojos achicharrados que se extendía hasta la lejana visión de la ciudad al fondo. Al día siguiente habían olvidado por completo el lago, el golf, las farolas y los canales de agua que irrigarían El Paraíso. Tenían asuntos estructurales que atender. Las grúas se quedaron suspendidas en el aire y la gente que ya había pagado su apartamento empezó a inquietarse. ¿Cuándo se retomarían las obras? Por lo visto, había no sé qué problemas con los permisos, por un lado, y con los bancos, por otro. La Presidenta había acabado retirando su apoyo a Los Jabatos, regateando en su agenda de reuniones para no enfrentarse a ellos, haciéndose la distraída cuando la llamaban por teléfono. El proyecto se había detenido y ahora aquello parecía una enorme necrópolis.

Wilton Shedelton caminaba con gesto de complacencia, vestido de chaqueta y corbata. Había rehusado llevar el chaleco y el casco; los anfitriones españoles intentaron convencerle entre risas nerviosas hasta que Shedelton sentenció por tercera vez: «No pienso vestirme de semáforo». Sabía que vendrían televisión y fotógrafos y eso le bastaba para defender su armadura de lana y seda. Con un porcentaje de neopreno, pensaba orgulloso Shedelton, acariciando las solapas de su abrigo.

—I love this Spanish sun —susurró a la Presidenta, y eso ella lo entendió sin ayuda de traducción.

De hecho, había pedido a Adriano que no se acercara a ellos mientras hubiera cámaras.

—Ah, sí, fantástico sol, este invierno very good —respondió, y ése fue uno de los instantes que mostraban las imágenes para la tele: un intercambio sencillo, y por lo mismo honesto y cómplice, de información.

Para qué iba a enredarse la Presidenta en consideraciones acerca del riesgo de sequía, del descenso de las previsiones en los pantanos y de cómo se retorcían los árboles, allí donde los hubiera, pidiendo un poco de agua. Shedelton había venido aquí buscando desierto, y lo había encontrado. Una Nevada a escala europea, algo difícil de encontrar en Francia, ciertamente, así como en el norte de Italia. «No tanto en Portugal o el sur de Italia», recordó Shedelton en silencio, mientras medía la distancia hasta el horizonte con la mirada.

En El Teatrito leíamos la noticia a medida que se desarrollaba el paseo por la urbanización; en forma de tuit, iban apareciendo actualizaciones de la noticia en el recuadro desplegable del periódico digital, con el título «Última hora». Intentábamos entender qué significaba aquello de que iban a construir Eurovegas encima de una urbanización.

—Son todos unos ladrones —resumió mi jefa, y volvió a ponerse los cascos para ver en el ordenador un vídeo de un espectáculo de títeres, pendiente de evaluación para su posible inclusión en nuestro programa.

Tono resopló.

—Qué locura. Bueno, si aquello se iba a quedar muerto de asco, casi mejor que lo utilicen para otra cosa, no sé.

Yo cogí el móvil. Mientras a la lista de noticias de última hora se sumaban subidas y bajadas de la Bolsa y casos de violencia machista en diversas barriadas de la península, escribí a Adriano: «¿Ésta es la influencia de la expo de Pompeya?». Una ciudad perdida, y repoblada de gladiadores, taberneros y prostitutas. «Es emocionante ver como nuestros dirigentes se inspiran en la Roma que tanto amamos», insistí. Sorprendentemente, Adriano no tardó en contestarme. Me envió un mensaje entrecomillado, que reconocí como un famoso grafiti pompeyano: «Me asombra, oh, pared, que aún no te hayas derrumbado bajo el peso de las tonterías de tantos escritores». Adriano

lo envió mientras descendían por la avenida principal de El Paraíso, una larga lengua de cemento con islotes de tierra en su eje central, preparados para recibir unas plantaciones de adelfas que nunca llegaron. Tecleó mirando de reojo a su jefa, y se tensó cuando su mirada se cruzó con la de Shedelton, que le saludaba con una inclinación de cabeza y una sonrisa paternal. Adriano pulsó el icono de enviar a medida que recibía esta insuflación de oxígeno en su cuerpo. Quién sabe; quizá Shedelton, impresionado por sus maneras, y por la confianza que la Presidenta parecía depositar en él a pesar de su juventud, contara con él en un futuro. Quizá Shedelton, si todo seguía por el buen camino, necesitara un equipo local de colaboradores, y quizá, quizá, pidiera la incorporación de Adriano. Un joven tiburón, con modales de chico sensible, y ante todo bilingüe, abnegado y fiel. Adriano se entusiasmó. Qué bien le había venido la campechanía de la Presidenta, que le utilizaba sin pudor como asistente para casi todo, y que no tenía ni idea de inglés; es más, se negaba a hacer un esfuerzo por entenderlo, como si le tuviera manía. Lograba chapurrear en francés, que las monjas le habían intentado inculcar cuando era pequeña. Pero el inglés le sonaba retorcido y ficticio, como cuando en una película aparecen mongoles, o zulúes, o ucranianos, y ni siquiera se molestan en subtitularlos; la misma impenetrabilidad de sus idiomas aporta intensidad a cualquier escena. Adriano, sin embargo, hablaba ese idioma, y además sin darse importancia, lo cual hasta divertía a la Presidenta, como ver a un niño expresándose con la soltura de un viejo.

Adri no había percibido siempre esto como un don que le señalaría en el ámbito laboral. En ocasiones, mientras estudiaba el penúltimo máster, había sentido angustia por no haber aprendido chino a tiempo, cuando era adolescente y los conocimientos empapan a pesar de la dureza del cráneo. Algunos de sus compañeros ya estaban en acción antes de terminar sus estudios, requeridos allí, en Beijing, apretando manos y tomando aviones con naturalidad. Adriano tenía pesadillas en las que acudía a fiestas donde no le dejaban entrar; le pedían carnés imposibles. Él rebuscaba en su cartera, convencido de que lo tenía, pero el portero le decía: «Lo siento. No me refiero a esto.

Aquí sólo aceptamos a los socios que pueden aportar algo único, algo que los haga destacar, usted me entiende, señor. Apártese, por favor». Y Adriano se quedaba en la puerta, y a veces mordía la chaqueta del portero, con un gruñido de perro, hasta que se despertaba. Por eso había sido una grata sorpresa que la Presidenta le asaltara:

—¿Tú sabes inglés?

Y Adriano contestó casi atropelladamente:

—Sí.

—Pues mañana te vienes conmigo a una reunión. Estoy harta de ésa, se equivoca todo el rato.

Se refería a una compañera que llevaba varios años en el gabinete de la Presidenta. Adriano sabía que efectivamente ella cometía errores; lo había visto en sus emails en inglés, que él recibía de rebote para hacer alguna tarea desagradecida, un informe, unas cifras. Pero optó por callarse y asentir, muy comprensivo, como si no hubiera oído ese comentario. Así había empezado la predilección de la Presi por él, con su mezcla de humildad y competitividad fiera, que lo rodeaba como un aura a pesar de sus esfuerzos para ganarse el aprecio de todos. Evidentemente, los celos y las ofensas empezaron a enredarse en torno a los pasos de Adriano por la oficina. El primer insulto, y el menos original, fue «mosquita muerta»: una compañera se lo dejó caer mientras él estaba haciendo fotocopias. La compañera llevaba dos cafés en la mano, y se detuvo un segundo para susurrárselo, aparentando mirar muy concentrada al fondo oscuro del vaso de plástico, donde el café solo hervía como un pequeño pozo peligroso. Adri se quedó boquiabierto, incapaz de sospechar hasta ese momento que las personas adultas pudieran sufrir así por recibir menos atención. Y ése era sólo el saludo de bienvenida. Había evolucionado, de ser el becario que estaba de paso, a convertirse en el último descubrimiento orgulloso de la Presidenta. Pronto, Adriano iba a coordinar actividades, supervisar planes, comentar en voz baja con la jefa qué hacer ahora. A la secretaria de la Presi le costó un poco aceptarlo, pero era tan leal que acabó rindiéndose: si la señora Presidenta estaba entusiasmada con este muchacho, por algo sería. Debía valer mucho, aunque a ella siempre le había parecido una

sardinilla del tamaño de sus sobrinos. Hubo algunos que nunca le aceptaron, y aprovechaban cualquier mínima ocasión para dejar caer, en sus emails, o sus observaciones durante una reunión, unas gotas de veneno que pudieran irritar la piel imberbe de Adriano, todavía suave y despejada de cicatrices. «Esto es lo que pasa —le decían—, cuando te precipitas, porque no preguntas a las personas adecuadas, te emocionas y no piensas ni un poquito, peque.»

Adriano se desahogaba conmigo, y juntos hacíamos pepitoria de nuestros enemigos comunes, compañeros de trabajo que nos mordían los tobillos sólo porque queríamos caminar.

—¿A ti te parece normal? —nos preguntábamos mutuamente antes de explicarnos lo bienintencionados que éramos y cómo nos castigaban por ello.

14

Un nuevo mensaje hizo temblar la carcasa del móvil de Adriano. Era mi respuesta. Yo también había escogido un grafiti pompeyano, que seguramente él recordaría; aunque había cambiado el nombre original, un tal Félix, por el suyo: «Adriano la chupa por dos ases». Pude imaginar cómo retenía la risa, girándose para que no se le notara mucho, porque, ¿con quién, de todos los miembros del séquito, podía compartir un comentario semejante? Todos los que lo leyeran asentirían, con gesto de compasión: «Efectivamente, así es, Adriano no tiene dignidad». Como si ellos no llevaran toda su vida olfateando oportunidades para conquistar un milímetro más de margen. Adri se limitó a disimular este intercambio de mensajes y continuó ejerciendo sus buenas maneras con los asistentes de Shedelton, que se acercaban para murmurarle comentarios cómplices, encantados ante la perspectiva de iniciar un proyecto aquí. Aunque, no lo ocultaban, les hubiera gustado más Barcelona: se habían imaginado a sí mismos en bici, entre los pinares, de camino al Mediterráneo, después de terminar las tareas de cada día. O borrachos, deambulando por el Barrio Gótico, vomitando por las esquinas, sostenidos por alguna prostituta de origen lejano. Pero no; les había tocado aterrizar aquí, y eso tampoco estaba tan mal. Al fin y al cabo, aquí también estaba el sol en lo alto, como una uva restallante que destilara su zumo sobre todos ellos. Ya habían conocido un poco la ciudad cuando celebraron el éxito de la búsqueda del tesoro en El Retiro; guiados por Adriano habían trasnochado y conseguido una estampa similar a aquella que soñaban del Barrio Gótico, sólo que en una esquina de la Gran Vía. Adriano los había guiado a diferentes locales, gays y hetero, para que se familiarizaran con todas las posibilidades acordes a la variedad que conformaban todos ellos, Kenneth, Trisha, Brad, Barbra, no recuerdo si esos eran sus nombres pero nos sirven. De hecho, creo que los oí

desde mi casa en la calle del Carmen, creo que oí algo parecido a «¡Brad se va de putas!». Tu padre y yo estábamos dormidos pero ese chillido me arrancó de la línea de la cama. Debía de ser Barbra, tirada en el suelo, con la mirada frotada de rímel y un vaso de plástico en la mano. A continuación llegó hasta nosotros un coro de risas donde chapoteaban más palabrotas en inglés, «bitches», «motherfucker», «fuck». Brad se resignaba a ser el único del grupo que consumiría ese servicio, a pesar de que todos se sentían marcados por una especie de distintivo invisible que les autorizaba a montar una orgía ambulante por las calles. Adri, como anfitrión, le dijo que le llevaría, aunque eso ya no lo oí, pero claro, yo ni sabía que él estaba con ellos. Adri le dijo que dejarían a los demás haciendo cola para entrar en La Boite y le acompañaría a la vecina calle Montera, donde aguardaban pacientemente las decenas de adolescentes de Europa del Este, rígidas como soldados. Subidas a sus botas, ceñidas por los shorts vaqueros, se turnaban a ratos sobre la corriente de aire de la rejilla del metro para consolarse del frío. A todos les pareció estupendo y allá que se fue la patulea de inversores, unos a graznar a la cola de la Boite, y otro a picar fruta a la calle Montera. Yo, como cualquier otra noche, me tumbé de nuevo, junto a la espalda de tu padre, junto a sus calzoncillos, a sus patas largas y a sus pies, un animal que hiberna y que en su mismo abandono confiado construye el refugio a su alrededor, casi sin querer. Me acurrucaba contra su espalda como las mujeres de Europa del Este de la calle Montera se acercaban a la rejilla de metro.

En la cola de La Boite, Trisha y Barbra se habían burlado de Kenneth.

—Menos mal que nos lo estamos pasando muy bien, porque nos vais a dejar colgadas.

Kenneth les había exigido, todo lo serio que el nivel de ginebra en sangre le permitía:

—Dadme un respiro.

Le preocupaba la posibilidad de que Adriano huyera ante el cacareo de sus compañeras; estaba casi seguro de que el anfitrión español estaba interesado en él, gracias a una ojeada que duró unos segundos

más de lo normal, unas conversaciones inequívocamente estiradas mientras pedían copas en la barra del primer bar. Sólo una hora más para seguir conversando, pidiendo copas y alargando cada gesto, y Adriano estaría abocado a una guerra de almohadas en la habitación de hotel de Kenneth. Si no lo estropeaban las locas de sus compañeritas, que llevaban todo el día guardando las formas y habían decidido al unísono arrancarse las vestiduras de sofisticada mujer formada en Harvard.

Kenneth todavía no se lo imaginaba, pero, tal y como me contó Adriano, la guerra de almohadas se acabaría realizando en su buhardilla, lo cual le pareció al invitado americano muchísimo más interesante. Al día siguiente Adri se lo llevó a desayunar a un café donde sólo servían brunch a partir de las once. Ellos llegaron a la una y media y por lo tanto llevaban la cabeza bien alta, cumpliendo con las expectativas del propio café de alimentar sólo a noctámbulos auténticos. Adri le dio a probar el brunch «Cordoba is Beautiful», consistente en un café con leche, pan con aceite y jamón, zumo de naranja y salmorejo. Kenneth lo fabuló luego para sus tres colegas, totalmente absorto en su exótico romance. Ellos gemían, apretándose las sienes.

A Adri le parecía que esta familiaridad con el cuarteto de jóvenes promesas americanas, crecidas a la sombra de Shedelton de la misma manera que él había perseguido a la Presidenta con una tenacidad vegetal, sólo podía favorecerle. Quería voces nuevas, aires de grandeza, pasión por el trabajo. Estos chicos tenían la posibilidad real de medrar aquí y allá, pasárselo muy bien, llevarse tesoros de verdad a su casa y construirse una gruta artificial para protegerlos. En cambio, el ambiente en su castiza oficina era de amargura y frustración; todo el mundo estaba afligido porque no había manera de creer que tendrían más suerte que los demás y acariciarían algún tipo de esplendor. Adri era quince años más joven que la media de sus compañeros de gabinete; él nunca había llegado a conocer la época en la que la gente se compró casas o se fue de viaje a Tailandia. Llegó ya tarde, y ni siquiera había soñado nunca con estas imágenes, que ahora parecían excentricidades desfasadas. Sin embargo, aunque no le

importara no alcanzar a firmar un título de propiedad, aunque jamás conociera aquello de la estabilidad laboral, sí anhelaba profundamente poder pasárselo bien. Despreocuparse. Reírse con ganas. «De acuerdo, de acuerdo —sentía ganas de gritar a sus precursores generacionales —, el volcán ha explotado, los campos se han sembrado de ceniza. ¿Significa eso que no podemos cantar a la luz de la luna?» Y lo mismo para sus coetáneos, siempre abrumados por la tristeza, siempre dudando acerca de cuál era la decisión correcta. ¿Emigrar, disolverlo todo y esconderse en el campo, renunciar a cenar y a beber fuera de casa para no gastar tanto? Parece que casi todos optaban por lo tercero, recluidos en sus alquileres y sus facturas del agua y la electricidad. Ésa era la peor sequía para Adriano, la de la imaginación, la de la alegría. Por eso cruzar la Gran Vía con Brad, Barbra, Kenneth y Trisha le había devuelto un antiguo pálpito que tanto había agradecido; sentir que no quieres volver a casa, que no quieres irte a dormir. Había recuperado eso. Y además, por supuesto, le venía muy bien por si acaso Shedelton preguntaba a sus jóvenes asistentes qué opinaban de su homólogo nativo. No tenía por qué fiarse de que lo alabaran, a pesar de los esfuerzos de Adri por atenderlos bien. Estos cuatro seguramente manejaban sus chorros de veneno con mucha puntería y no iban a permitir que Shedelton reclutase a Adriano y a lo mejor les quitara a ellos alguna oportunidad. Pero aun así acercarse a ellos era mejor que no intentarlo.

15

Es curioso que la reclamación de Adriano acerca de la alegría y los placeres de la vida tuviera tanto en común con el discurso de Hannah, sobre la imaginación como primera y más importante fuente energética, tan disputada como el petróleo y el gas. A pesar de sus diferencias estéticas y políticas, y aunque por aquel entonces aún no se habían conocido, los dos estaban convencidos de que o se protegían a sí mismos o morirían engullidos por las fuerzas de la tristeza y el miedo. Sólo que Hannah, con la ventaja que da la suma de décadas, tenía métodos consolidados para defenderse, y pocas veces se sentía realmente amenazada. Quedó claro cuando nos convocó a tu padre y a mí, por fin, para ir a su estudio. Quería enseñarnos, a nosotros antes que a nadie, puesto que la estábamos ayudando tanto, toda la serie de esculturas que había fabricado a partir de los moldes que hizo conmigo. Cuando nos dirigíamos allí, a tu padre se le ocurrió una buena pregunta:

—¿Y qué hacemos si son horrorosas?

—Pues le decimos que qué bien todo, no me jodas.

Cuando tocamos al cierre hermético de la puerta, y la escuchamos agacharse y subir la malla metálica con un canturreo excitado, tu padre y yo nos preparamos para lanzarnos a la escena de admiración y felicitaciones por la obra bien hecha.

No fue necesario. Las esculturas me intrigaron nada más descubrirlas bajo la luz indirecta de las lamparitas de Hannah, colocadas en las esquinas. La sucesión de figuras mil veces recordada: el que se aferra a la bolsa de oro, el perro que se retuerce, los que se abrazan, la embarazada que se tapa la cabeza. Hannah había conseguido revelar la fragilidad del yeso, tan carnal y tan verosímil a la hora de transmitir el reflejo del dolor. Nos paseamos muy atentos entre los bultos, agachándonos para observar cada detalle esquivo a la

luz indirecta. Tu padre dijo:

—Están muy guapas. Enhorabuena. —Y a continuación, una vez entregado a la sinceridad, porque le habían gustado, no pudo evitar inquirir—: ¿Qué pasará si las destrozan, si pintan sobre ellas, si mean sobre ellas?

Hannah dio una palmada.

—Eso es parte de la obra de arte. La atmósfera afecta a la figura, igual que pasa en Pompeya. Eso no puedes controlar, el aire, la tierra, la casualidad. La obra no es terminada hasta que no expones al peligro.

Los rostros parecían forjados a golpes de tierra. Sin ojos, sin rasgos, pero aun así ahí estaban las formas de la cara, las manos agarrotadas, las curvas del cráneo inclinadas bajo el peso de la lluvia de piedras. Y sin embargo, saltaba a la vista, todas eran yo, multiplicada en una galería de cuerpos. Y en todas ellas en posición de defensa, de sufrimiento. Se me dio la vuelta el estómago, sentí que me mareaba.

—Necesito sentarme —farfullé. Hannah y tu padre tardaron en hacerme caso, hasta que vieron que me apoyaba en la pared del estudio y que de repente me había puesto de color gris, como la imitación de yeso de las esculturas—. No sé, me ha impresionado mucho.

Hannah lo tomó con regocijo. Me abrazaba, me ofreció una Coca-Cola de su pequeña nevera en un rincón.

—¡Estoy contenta! ¡Gracias, gracias! Oh.

Se puso seria de repente. Yo ya estaba sentada en el suelo, y tu padre abría la cocacola. Nos dijo que se había dado cuenta de que el día de la cena de Acción de Gracias no hicimos algo importante: dar las gracias.

Se supone que a lo largo de la velada cada comensal debe expresar su agradecimiento por aquellas circunstancias que considere dones, sean de Dios, del azar o de la diosa Fortuna, como habrían dicho nuestros modelos pompeyanos. Pues bien, Hannah quería dar las gracias por saborear una vez más este hermoso momento, aquel en el que se ha dado el primer paso para compartir una obra. Todavía no habían llegado las dificultades, ni la incomprensión de los demás.

Todavía Hannah, y así lo dijo, podía soñar, sólo que el fruto ya estaba ante nuestros ojos. Podíamos observarlo, y fantasear con el instante en el que se completara ante los ojos del público en la calle. Hannah exclamó:

—¡Ahora ustedes dicen gracias!

Tu padre tardó en contestar, atento como estaba al color de mi piel y a que mi respiración se normalizara. Qué bueno tenerlo a mi disposición; y qué poco duraría, tan pronto como volviera a parpadear con normalidad y me pusiera en pie, de nuevo conspirando con Hannah y lista para organizar la vida cotidiana otra vez. Un mareo suele ser discreto cuando vemos a otro padecerlo: la cabeza oscila, se percibe como un velo de sudor empaña a la pobre víctima; pero todos sabemos que por dentro se siente como una especie de clamor y por unos segundos parece que definitivamente has caído: por el precipicio, en las aguas turbulentas, en las arenas movedizas de las películas, que te succionan y no van a devolverte. Lo único deseable de todo esto es esa devoción que de repente se despierta en la persona que te acompaña; todo él se concentra en recuperarte, y eso da gusto. Así tu padre, cuando sintió que ya retornaba la mirada y la estabilidad, me estrujó entre sus brazos y me mordió la coronilla, fingiendo un gruñido animal.

—Yo doy las gracias, ¡doy las gracias! Porque esta tía siga dándome la paliza día tras día, sí, señor, amén, hermanos.

Hannah, que se había internado entre las estatuas repasando detalles que terminaría de pulir aquella noche, una rodilla, un ángulo, respondió:

—No entiendo nada que dices, pero no importa. Y tú, churra —por lo visto esto era un colombianismo aprendido de su ex marido—, ¿qué dices?

Yo tragué saliva.

—Doy las gracias por la Coca-Cola, que nos da las dosis necesarias de burbujas y azúcar, y así no desfallecemos. Gracias, Señor, por las aguas negras que nos venden los señores chinos.

—Sois locos bastardos —respondió Hannah desde el laberinto de esculturas.

Pero no se enfadó mucho porque no nos tomáramos en serio su propuesta de ritual; algo le decía que había un trasfondo de gravedad bajo aquellas palabras, un lodo verde sembrado de huevos de renacuajo. Bastaría un movimiento que penetrara desde la superficie para cambiar el color de la situación.

—Bien, vamos a organizar acción.

Y los tres nos sentamos en torno a la pequeña lámpara, en una esquina, con nuestros cuadernos y bolis. El objetivo era poblar Madrid de cuerpos visiblemente desesperados.

16

No esperábamos ninguna aparición en la prensa, ni en la tele, ni apenas en las redes sociales. Tu padre y yo habíamos estado convencidos desde el principio: el acto de sacar aquellas estatuas por la puerta del estudio equivaldría a arrojarlas a un lago de apariencia calma, que las sepultaría de nuevo. El silencio iba a imponerse y unas horas después ya no sabríamos qué había sido de todo aquel coro de momias angustiadas. Con ese convencimiento recorrimos cada uno de los puntos indicados por Hannah y allí dejamos caer al personaje asignado: el que se apoya sobre el codo, en medio de la plaza de Malasaña. La pareja que se abraza, en la puerta del Centro de Arte. Fueron muchas y tardamos toda la noche.

No íbamos solos; viajábamos con una fotógrafa y con el conductor de la furgoneta, conocidos de Hannah a los que nunca habíamos visto antes, tan entregados como nosotros. Hannah reinaba en el pequeño grupo, radiante, feliz de intervenir por fin en los lugares donde había vagado tantas horas, haciendo creer a los demás que sólo era una guiri inofensiva. Les había engañado; en realidad estaba sembrando. Excitada, consultaba el itinerario cada cinco minutos en el plano fotocopiado del que nos había provisto a cada uno. Cuando llegábamos a un punto elegido, descendíamos todos salvo el conductor. La consigna era movernos con naturalidad, como un grupo cualquiera de amigos que transportara un maniquí; quizá volvíamos de una fiesta, o lo habíamos encontrado en la calle y nos lo llevábamos a casa. Una vez en el sitio escogido, dejábamos la escultura, Hannah le echaba un último vistazo, muy seria, frunciendo los labios y sin parpadear, y finalmente exclamaba «¡Ok!». Entonces regresábamos a la furgoneta con el mismo aire alegre, elevando el tono de voz si es que acaso nos cruzábamos con alguien, evitando toda impresión de trascendencia. Si la policía nos paraba, tendría poco que

objetar a la presencia de cinco adultos muy sobrios que decían venir de cenar juntos. Los termos de café, que hubieran provocado sospechas, estaban bien escondidos bajo los pies de Hannah. Si abrían el maletero, tampoco podrían reprochar nada al descubrir la colección de esculturas, a no ser que la pareja de agentes estuviera ya avisada de la repentina eclosión de cadáveres pompeyanos por toda la ciudad.

Pero era improbable que aquello sucediera. Nadie daría la voz de alarma en lo que a calles del centro se refería. Lo más complicado estaba por llegar; de hecho, no sospechábamos hasta qué punto perturbaríamos la normalidad de uno de los espacios escogidos.

La penúltima parada era la de El Retiro, a las seis y media, cuando el parque llevaba treinta minutos abierto. El conductor nos dejó en la puerta más próxima al lago, y quedamos en encontrarnos con él cuando acabáramos. Hannah nos guió entre los jardincillos del parque, semiocultos entre los árboles, para no atravesar la gran avenida, a merced de barrenderos y policías a caballo.

Rodeamos el lago y cuando ya nos habíamos acercado al monumento de Alfonso XII salimos de la espesura tranquilamente y allí depositamos a la embarazada, que parecía arrastrarse sobre los escalones pidiendo amparo al rey ecuestre. El conjunto era violentamente patético, lo cual agradó a Hannah. Murmuró algo así como que ahora, al verlos juntos, necesitaba que le explicáramos quién era ese rey y qué recuerdo había dejado de su reinado, por si acaso su escultura se había transformado en un nuevo sentido que a ella se le escapaba: ¿era Alfonso XII una especie de Lincoln, y la estatua a sus pies podía interpretarse como el símbolo de alguna mayoría étnica ofendida, algo así? La comparación con Lincoln le había venido a la mente por el parecido con el monumento en su honor en Washington, también un templete de mármol con escaleras. La tranquilizamos. Alfonso XII significaba muy poco para la mayoría de paseantes de esta ciudad. Ante todo sabíamos que había sido un rey enamorado de su primera mujer, que murió al poco de casarse, porque una canción popular, «Dónde vas Alfonso XII», nos lo había dicho. Y poco más. No sabíamos de dónde salía el caballo, ¿acaso hubo guerra?; ni por qué esa altura sobre el estanque, ¿impidió alguna

catástrofe? Pero toda esta conversación ya fue de camino a la furgoneta, cuando salimos del parque; no era bueno permanecer expuestos mientras rebuscábamos en nuestra memoria. Le contamos todo lo de «Dónde vas Alfonso XII» cuando habíamos salido de la verja que daba a la calle del mismo nombre del rey, e incluso la fotógrafa amiga de Hannah cantó la estrofa. A esas horas ya había disparado aproximadamente unas mil fotos a lo largo de la noche. La verdad es que nos estábamos divirtiendo; el frío y la adrenalina nos habían mantenido despiertos y cada pequeño detalle acaecido nos parecía una anécdota que repetiríamos durante décadas: el mendigo que nos asustó porque no lo habíamos visto, el coche de policía que vimos refulgir en una esquina, la rata que se asomó por las rendijas de una cloaca, el grupo de borrachos de despedida de soltero que nos cantó una canción. Cada foto recogía nuestras caras ateridas frunciendo el gesto, riéndonos después, sujetando el termo de café y haciendo la señal de la victoria.

Habíamos llegado a la última parada, y aún no había amanecido. Pero a las siete los ruidos de la ciudad comenzaban a destaparse, y por eso mismo Hannah había reservado para el final la estatua más ligera. La transportaríamos hasta su lugar, el único interior de toda la ruta. Tu padre la llevaría flanqueado por nosotras, que lo rodeábamos, y así disimularíamos. En el maletero abierto de la furgoneta, la figura del perro se retorcía intentando liberarse de su cadena fantasma. Estábamos a varias manzanas de nuestro destino. Nos despedimos del conductor y éste se alejó, para marcharse a casa y echarse a dormir. Estábamos cerca de la calle del Carmen, y después de dejar al perro volveríamos andando.

Hannah se había empeñado en abandonar su última figura pompeyana en la iglesia de una plaza que daba a la calle Mayor. El día que nos lo explicó, yo puse algunas objeciones. Desde luego, sabíamos que la escultura allí no duraría nada; no habría intervención de la atmósfera ni de los paseantes ni nada de nada. El párroco, o alguna beata madrugadora, se la encontraría, y daría la voz de alarma. Quizá hasta pensaran que era una bomba. Hannah restó importancia a los comentarios; ella estaba convencida. Un templo tenía que participar

en la ruta de ciudadanos agonizantes. Cuando nos acercábamos a la plaza, tu padre sacó el perro y se lo entregó a Hannah. En ese momento debíamos separarnos en dos grupos. Tu padre y yo volveríamos a casa, Hannah y la fotógrafa entrarían en la iglesia. En eso sí había estado de acuerdo Hannah; era demasiado llamativa la presencia de un grupo de tres mujeres y un hombre alto y moreno, de rasgos posiblemente árabes o magrebíes, ay el muchacho serbio, entrando en una iglesia a las siete de la mañana. Si alguien nos veía, aunque fuera desde una ventana, no olvidaría el dato. Así que allá que se fueron, y tu padre y yo, agotados y triunfales, abandonamos la plaza y la calle Mayor para internarnos en una callejuela que nos llevara más discretamente hasta la calle del Carmen. Habíamos conseguido cumplir nuestro compromiso.

—Ya puedes —celebró tu padre— dedicarte a tu proyecto. Tú ya has cumplido con Hannah por un tiempo largo. Ten cuidado para la próxima, no te dejes liar. Aunque ha estado divertido.

Yo no tenía tanta prisa por deshacerme del estado de ánimo que habíamos alimentado toda la noche; aún quería comprobar qué pasaba y cómo lo interpretaba Hannah. Desde luego podía imaginármela, en ese mismo momento, dudando en la puerta de la iglesia. En el centro de esa plaza se encontraba la estatua de un ángel que se llevaba la mano al corazón. Era el monumento a las víctimas de un atentado. Estaba segura de que Hannah había tenido un arrebato, ¿y si el perro se quedaba fuera, a los pies del ángel? Pero finalmente habría desistido, y tras adentrarse en el portón abierto de la iglesia, habría depositado al perro en el pasillo ajedrezado, un camino que conducía al altar, a esa hora ya cuajado de velas que parpadeaban como cíclopes rechonchos y bajitos.

—Casi mejor que no lo haya puesto a los pies del ángel de la plaza —comenté a tu padre mientras nos dirigíamos a casa, ya con los primeros bostezos que auguraban una pronta inmersión en las sábanas de nuestra cama—. Porque ahí sí que se habría forzado un significado, no como con la estatua de Alfonso XII en el Retiro. Esa estatua del ángel es un monumento a las víctimas de un atentado. Si Hannah hubiera puesto el perro, la gente habría pensado que el perro tendría

algo que ver con el homenaje al atentado.

Y de repente me acordé de aquella mañana en que la Presidenta y Adriano habían trazado la misma relación, cuando inauguraron la placa dedicada a las víctimas de otro atentado, el último de momento, y a continuación fueron a visitar la exposición de Pompeya.

—Pero ¿a qué atentado está dedicada esa estatua del ángel? —preguntó tu padre.

—Es que en esa plaza hubo un atentado, no sé cuándo, a principios del siglo veinte creo, el día de la boda de Alfonso XIII, el hijo de Alfonso XII. Pasaban en la carroza, saludando. En un balcón de la plaza estaba un anarquista que les tiró un ramo de flores, con una bomba escondida. Se montó un cristo impresionante. La bomba cayó sobre la gente y sobre los soldados que escoltaban a los reyes, pero a ellos no les pasó nada.

—Y el anarquista, ¿se supo quién era?

—Sí, lo cogieron, pero ahora no me sale el nombre —respondí.

En nuestra calle, salpicada por los primeros rayos azules de la mañana, todavía no estaba el flautista que tocaba «The sounds of silence», aunque su melodía seguro se filtraba dentro de pocas horas en nuestros respectivos sueños. La cafetería debajo de casa ya había abierto, y mientras ascendíamos por las escaleras se removían en el patio los tintineos de platos y cucharas, los grifos abiertos y la freidora. Por fin, al final de la escalera, estaba la puerta y detrás nuestro cubil. Nos arrojamos a la cama vestidos, porque estábamos cansados y también porque en la casa el frío se mantenía imperturbable. Aunque no se notara su efecto, el sol ya había alargado los brazos desde el subsuelo y se había agarrado firmemente al tejado. Estaba cogiendo impulso para subir.

Tu padre no tardó en respirar profunda y rítmicamente; yo no conseguía dormirme. Estaba intrigada acerca de cuánto tardaría Hannah en volver a casa; sabía que desde mi cama oiría su puerta cerrarse. La noche se acabaría cuando ella canturreara al otro lado del patio. Entonces, podríamos dormir.

Pasaban los minutos, el murmullo crecía, los cierres herméticos de las tiendas chirriaban al replegarse. Los brazos del sol ya izaban su

cuerpo, arrastrándolo sobre la fachada, y Hannah todavía no había llegado. Me levanté para mirar, por si acaso conseguía atisbar desde mi ventana algún movimiento en su casa. A lo mejor, quién sabe, había llegado antes que nosotros. Pero eso era imposible. ¿Y si se estaba tirando de los pelos con el capellán en ese momento? ¿Y si la estaban quemando por bruja en medio de la plaza Mayor? Miré mi móvil, que como cada mañana me ofrecía unos cuantos correos de publicidad: «70 % descuento en depilación láser», «Inscríbete ya en el taller de reciclaje de ropa». Decidí enviarle un mensaje, alegre y despreocupado: «¿Qué tal, habéis terminado? Nosotros ya en la camita…». Nada más enviarlo, palpitó en la pantalla el icono de unos puntos suspensivos que indicaban que Hannah me estaba contestando, y pronto saltó su respuesta: «Estamos desayunando, luego te veo en casa, cuando llego te llamo si estás despierta y hablamos».

El atropello con el que me había lanzado aquellas frases me dio a entender que algo la inquietaba. En ese momento, según me contó luego, estaba en una cafetería, cercana a casa y cercana a la iglesia de la calle Mayor, tomando un café bajo una enorme pantalla colgada en la pared. En ella se retransmitía el canal de televisión local. Aunque habían suprimido el sonido, pudieron seguir perfectamente la noticia urgente del día gracias a los subtítulos: «Suspendida misa en la Iglesia Castrense de Madrid por aparición de objeto sospechoso». En el portón de madera se arracimaban bomberos y policías, y un reportero imprimía con sus labios mudos sentidas palabras en el micrófono, por lo que su semblante daba a entender. Hannah reconoció la puerta y apretó el brazo de su amiga la fotógrafa. Cuando leyó el subtítulo preguntó, en voz baja:

—¿Qué es castrense? —ignorando si acaso se trataba de una rama del cristianismo que no había llegado a América.

—No sé lo que significa. —La amiga estaba desconcertada—. Como no sea un templo de gitanos o algo así…

Su sobresalto se acrecentó cuando vieron en un subtítulo que intervenía el portavoz del Ministerio de Defensa a través de una llamada telefónica. En el plató del programa, en conexión directa con el reportero en la iglesia, discutían unos tertulianos complacidos de

poder dedicarse a este asunto durante toda la mañana. Siguiente subtítulo: «¿Estamos ante un nuevo ataque del Comando Mateo Morral? Envía tu voto». Y sendos gráficos que dibujaban el ascenso de votos a favor y en contra. Los que pensaban que sí, que eran el 52 por ciento, estaban representados por una barrita verde, y los que no, el 48 por ciento, una barrita roja. Hannah abrió la boca asombrada:

—¿Qué es Comando Mateo Morral?

La fotógrafa se mordió el labio inferior, angustiada:

—No tengo ni idea.

Hannah se apenó. Le bastaban aquellos indicios, aunque no comprendiera casi nada, para darse cuenta de que en este coqueto país europeo había tanto estrés y paranoia como en el suyo. Ahora se asomarían al exterior y se encontrarían con el ejército desalojando las calles del centro, gente llorando y rezando, todo por un inocente perro de fibra de vidrio, que no escondía sorpresas, que sólo era eco del eco de una vida extinta hace casi dos mil años. Sin embargo la sorprendió el hecho de que en el bar casi nadie prestara atención a la pantalla, salvo por algunos comentarios en la barra acerca de la noticia, que los de alrededor recibieron con indiferencia. Pero cuando salió a la calle, dispuesta a recluirse en casa y a seguir desde allí los acontecimientos, comprobó aliviada como la gente seguía consagrada a sus pasitos cotidianos. Todo el mundo entraba y salía del metro, los taxis avanzaban. Ni rastro de militares. En el imaginario de Hannah, esta actitud ante una sospecha de peligro era nueva. O sea, que en esta ciudad descubrían una posible bomba, lo proclamaban por la televisión e inmediatamente los ciudadanos pasaban a reemprender su vida como una mañana más. Y eso que estaban muy cerca de la iglesia amenazada.

Hasta ese momento, Hannah sólo había intuido dos tipos de reacción colectiva: la de su país de origen, en la que el pánico, un terror primigenio combinado con inocencia purísima, hacía sollozar a sus habitantes, aunque vieran la noticia de la amenaza de bomba desde sus casas a miles de kilómetros del lugar del conflicto. Sus compatriotas habían pasado, históricamente, de la sensación de seguridad y placidez a la creencia en que fuerzas oscuras del planeta

aguardaban el momento para infectar cada lugar de encuentro, aeropuertos, ceremonias, torres de oficinas. Por otro lado, estaba el tipo de reacción común a la vida cotidiana en países en guerra, según contaban los periódicos, donde la gente iba al mercado y a rezar y a bodas caminando sobre campos de minas, con total resignación a la posibilidad de morir en los próximos cinco minutos. Sin embargo, ¿qué era esto? Un lugar intermedio; claro, Europa, se dijo a sí misma. Europa muy cerca de África. Eso la llenó de dicha y de curiosidad. De nuevo se felicitó por haber escogido esta ciudad para inspirarse durante un tiempo, después del mecánico Londres y el absorto París. Lamentó incluso no haber probado este proyecto en París y Londres, ¿qué habría pasado si hubiera sembrado de estatuas París y Londres? Probablemente en Londres la habrían pillado a la primera y abatido a puñetazos. Y en París, quién sabe, ni caso, como seguramente iba a ocurrir en los lugares escogidos en Lavapiés o Malasaña. Sin embargo, entrar en una iglesia española y hacer cualquier cosa fuera de lo predecible garantizaba agitación, por lo visto. Lo demostraba el hecho de que en la tele nadie había mencionado que hubiera más estatuas similares sembradas por la ciudad, al menos de momento. Tenía que llegar a casa y llamarme, qué alivio que yo misma le hubiera escrito, desvelada. Necesitaba ayuda, una traductora no sólo del idioma, sino de ciertos referentes culturales, qué implica la palabra comando, qué significa castrense. Su amiga fotógrafa se había puesto demasiado nerviosa y ni siquiera tenía el reflejo de mirar en Wikipedia qué eran todos aquellos términos nuevos, algo que yo hubiera hecho sin dudar. Hannah mandó a casa a su amiga, le dijo que descansara y que hablarían más tarde; que agradecía muchísimo su ayuda y que no se preocupara por nada.

Cuando nos encontramos, y pusimos la *kérel* a hervir para reconfortarnos con un poco de té, le expliqué a Hannah lo que significaba «castrense». Resulta que la iglesia escogida pertenecía al ejército. Allí se casaban los soldados y celebraban las misas por los combatientes caídos en esos lejanos países asiáticos donde los civiles acudían al mercado, dispuestos a saltar en pedazos pero dispuestos también a conseguir el abasto necesario para soportar un día más y así

exponerse a saltar en pedazos al día siguiente. En la elección de último escenario para su pieza, Hannah había invocado a dos diosecillos terribles, la Iglesia y el ejército, de un temperamento difícil de conocer para alguien que llevaba sólo unos meses en este país. Yo estaba preocupada, y ella parecía manejar una suave euforia.

—Tú no sabes lo brutos que son los militares aquí —advertí—. Te dije que no me parecía buena idea topar con la Iglesia, y menos, de propina, con el ejército.

Desde su ordenador portátil seguimos varios periódicos digitales, que enseguida anunciaron la inocuidad del misterioso objeto. Los portavoces de los distintos sectores implicados, policía, bomberos, ejército, Iglesia, incluso alguna feligresa encantada de declarar a los medios, fueron desvelando que se trataba de un objeto seguramente ritual, dejado allí con algún propósito, porque era imposible olvidar en medio del pasillo semejante armatoste. El sector eclesiástico aludió a prácticas satánicas, expulsadas gracias a Dios. La policía anunció que buscaría posibles implicaciones de grupos terroristas o por lo menos aficionados a causar inquietud. Se refería al Comando Mateo Morral, opinaron rápidamente algunos columnistas a través de tuits, lamentando que tuviéramos que aguantar a niñatos anarquistas, cuyas excursiones, y sus consecuencias, siempre acabábamos restaurando los ciudadanos de nuestro propio bolsillo.

—Qué casualidad —le dije a Hannah—, precisamente esta mañana, cuando os hemos dejado en la iglesia, hemos hablado de Mateo Morral, aunque yo no me acordaba del nombre. No me venía a la cabeza. ¿Sabes esa estatua del ángel que hay delante de la iglesia?

Hannah contestó afirmativamente.

—Pues es un homenaje a las víctimas de un atentado que hubo en la boda de Alfonso XIII.

—¡Alfonso XIII! ¡Como el del estatua del lago!

—No, ése es el padre, ésta era la boda del hijo. Bueno, pues iban Alfonso XIII y su mujer en un coche, saludando, como los Kennedy, y en un balcón estaba Mateo Morral, que era un anarquista, y Mateo Morral les tiró un ramo de flores con una bomba dentro.

—Oh —exclamó Hannah.

—Sí, lo que pasa es que, a diferencia del atentado de los Kennedy, a Mateo Morral no le salió bien, la bomba cayó encima de la gente que estaba en los balcones de debajo, en la calle, y sobre los militares que rodeaban a los reyes. Murieron muchas personas, no se sabe cuántas, y Mateo Morral consiguió huir. Lo que pasa es que lo pillaron unos días después.

—¿Y qué pasó?

—Lo mataron. Por eso en la plaza, porque el atentado fue justo ahí, hay una estatua, y no sé si también por eso la iglesia de esa plaza es para los militares, porque murieron sobre todo militares.

—Entonces —preguntó Hannah— ¿el Comando Mateo Morral es un comando anarquista?

—Sí, y parece ser que hace poco han puesto una bomba casera, en Zaragoza, en El Pilar, ¿conoces El Pilar? Es la supercatedral española, es como un icono de lo militar y de lo hispánico.

—¿Han matado personas?

—No. Pero por eso el perro que hemos puesto esta mañana encaja muy bien con una acción del Comando Mateo Morral. El mismo modus operandi: un objeto abandonado, sin intención de matar a nadie, en una iglesia relacionada con el ejército, con los reyes y con el mismísimo Mateo Morral. Nos hemos metido en un lío de la hostia —resumí.

Intentaba dar sorbos al té recién preparado pero mis labios retrocedían. Todavía estaba demasiado caliente.

—Es fantástico, no esperaba esto —dijo Hannah.

Yo me armé de paciencia.

—Hannah, te digo que se va a complicar. ¿Qué vas a hacer, no reclamar nunca esta acción? ¿Y si te descubren de todas maneras? Vas a tener que dar explicaciones, y seguramente pagar una multa como mínimo. Has entrado en territorio militar, y has dejado un bulto sospechoso. Eso es un delito. Y si sales a la luz, vas a tener que explicar que no eres del Comando Mateo Morral.

Hannah sopló suavemente sobre su pocillo de té, perdida en el interior. Por un momento, estuve tentada de pensar que disimulaba su preocupación, enmascarada tras el disfraz de mujer con experiencia y

agallas suficientes para juntar la frente con cualquier militar rabioso. Pero cuando farfulló algo parecido a «Lo explicaremos en su momento», tuve la sensación de que esta casualidad sólo había añadido valor a su proyecto y así lo veía ella. Podría relatar, allá donde fuese, que una de sus más recientes performances había desconcertado a las autoridades españolas. No le preocupaban en absoluto las multas, los juicios, o una exposición ante los medios de comunicación. Casi con certeza, no era la primera vez, y de hecho seguro que solía salir beneficiada de las polémicas.

—Entonces, Hannah —inquirí—, ¿de momento no vas a decir nada?

—De momento silencio —contestó—. Vemos qué pasa.

La relación de Hannah con sus colaboradores, visto lo visto, pasaba por omitir información o contestar con evasivas. Era difícil saber si calculaba estas lagunas o surgían espontáneamente por pereza o sencillamente porque se perdía en sus pensamientos y se olvidaba de que su interlocutor necesitaba datos para comprender adónde íbamos, ya que nos había embarcado en su aventura. En mi caso, no le había hecho las preguntas básicas el día que nos conocimos; algo que ella sí hizo para conocerme. Quién eres, a qué te dedicas, qué quieres. Esas cosas. Yo respondí con aquella maraña confusa de cabellos de Emily Brontë y Jane Austen, que tenía atragantada y no podía ni expulsar ni desenredar. Ella había seguido mi hilo y me había contado relatos acerca del hermano yonqui de Emily Brontë, y ahí me había deslumbrado. Pero ¿cuánta verdad había en Hannah? Más allá de sus relatos acerca de las escritoras decimonónicas, o sus agudas comparaciones de la búsqueda del tesoro en el Retiro con la del huevo de Pascua, o sus fascinantes anécdotas de compañeros performers y festivales de los setenta en los que participó en Nueva York, ¿de dónde venía y adónde iba? ¿Qué quería de mí? Ella entrecerraba los ojos, agradecida ante cada dosis de té que bajaba y asimilaba. Yo era incapaz de moverme. Quería estar a la altura del suceso, no perder los nervios, no incordiar. No sabía si cualquier pregunta, de todas las que daban vueltas sobre mi lengua, sería ridícula. Pero aun así me lancé con la primera que se atrevió.

—Hannah.

—Sí, mi amor.

—¿Cuánto tiempo te quedarás en Madrid?

—Todavía no lo sé —contestó muy relajada, sin extrañarse, algo que sí me había ocurrido a mí, intrigada acerca de mi propia demanda—. Quizá este proyecto decide cuánto tiempo estoy aquí, por qué no. Eso sucedió en París y Londres, viví hasta que inspiración acabó.

—Hannah —insistí.

No me rendía; tarde o temprano haría la pregunta adecuada, la que me tranquilizaría porque me permitiría comprender por lo menos hacia dónde nos dirigíamos.

—¿Qué te pasa, mi amor? ¿Estás bien?

—Sí, sí. Sólo quiero entender qué entiendes tú. —Hannah se divirtió al comprender la frase—. Hannah, ¿dónde consideras que está tu casa?

—Mi casa está en Los Ángeles, mi amor, ahí está. Pero no hay urgencia en volver. Estoy viajando por el mundo, muy feliz de conocer gente como tú. Eres muy brava, y quiero... I wanna thank you por lo que haces por mí, really. Tranquila, no pasará nada malo. Esto que hacemos es sólo arte, y al final ejército y policía acaban comprendiendo, aunque es difícil para ellos; pero acaban comprendiendo, de verdad.

Hannah diagnosticó que estábamos agotadas, y que a esas horas ya no podríamos formular nada bueno, útil ni necesario. Me pidió que me retirara y combatiera los efectos del té que acabábamos de tomar con unas pastillas que me dio. Me dejé llevar hasta la puerta. Las tres pastillas sudaban en mi mano, valiosas como tres semillas.

17

Según me contó Adriano en los días posteriores, la policía no tardó en relacionar las distintas figuras. Habían observado que se repartían en un radio que tocaba, como puntos más lejanos, la escalinata del Retiro por un lado, y una callejuela entre Malasaña y plaza de España por otro. No tenían la certidumbre de haber encontrado todas. Pero, desde luego, cuando se difundió la imagen del perro hallado en la iglesia, diferentes agentes ataron cabos: habían visto otros guiñapos grisáceos parecidos, pisoteados en una esquina, abandonados en el Retiro, que se retorcían con hechuras similares. Las hipótesis compitieron entre el ritual sectario y la acción del Comando Mateo Morral. Desde luego, el hecho de que aparecieran más estatuas por toda la ciudad quitaba verosimilitud a la tesis del comando anarquista. Hasta ahora estos últimos sólo se habían pronunciado en iglesias; que una de las estatuas estuviera a los pies del Alfonso XII ecuestre del Retiro indicaba que sí podría ser el comando y su odio a los Borbones, pero ¿cómo se explicaba el resto de emplazamientos? El despiste creció cuando se dieron cuenta de que las formas de los monigotes aludían a los cadáveres de Pompeya. En su favor hay que decir que no tardaron mucho; fue al comparar las fotos enviadas desde el teléfono de cada agente descubridor, cuando alguien se acordó de la exposición en el Centro de Arte. Se pusieron en contacto con el director del Centro y éste se asombró; y después de un par de llamadas a los demás miembros del equipo directivo, todos negaron tener algo que ver con los brotes seudopompeyanos. Ofrecieron su colaboración, y aseguraron que permanecerían atentos a toda señal, una carta, una llamada, un grupo o un individuo sospechoso que entrase en la sala de la exposición dispuesto a continuar o culminar su ritual. Era sábado por la mañana, y esta historia había pillado a todos en pijama, soñolientos y heridos por haber perdido la promesa de dos días

sosegados, ajenos a los problemas del espacio que gestionaban. En las próximas horas se llamarían entre ellos, se reenviarían las noticias en las que se mencionaba el extraño bulto de la iglesia militar. Iban a pasar todo el fin de semana aferrados el móvil para recibir nuevas noticias sobre la pandemia que quizá había escapado de su Centro de Arte y se había dispersado por la ciudad.

En su atalaya, la Presidenta patinaba sobre el parqué, caminando sobre unas zapatillas con forma de saco blando. Estaban rellenas de hierbas aromáticas, y el ama de llaves Yunisleysis las había calentado en el microondas para potenciar su efecto relajante. La Presidenta se sentaba en una butaca, y acto seguido se levantaba. Se acercaba a la ventana, aplastaba la nariz contra el cristal. Se arrojaba al sofá. Cada vez que se movía, un efluvio de tomillo y lavanda salía esponjado desde las zapatillas hasta su cara. Es cierto, podía sentir que sendos huertos aromáticos se entrelazaban en torno a sus pies. Sin embargo no conseguía apaciguarse, y tecleaba sin cesar en su móvil. De dónde, cómo, quién había captado tan nítidamente el trasfondo pompeyano de su conversación con Shedelton.

Cómo era posible que, a los pocos días de explicar a los medios que la ubicación más certera para el proyecto de Eurovegas era el espacio anteriormente designado a la urbanización El Paraíso, un ejército de elaboradas esculturas pompeyanas hubiera cercado el despacho de la Presidenta, o así lo sentía ella, como una acusación silenciosa. Nadie, obviamente, había encontrado la relación entre una cosa y otra, salvo ella y su equipo; ningún policía lo había identificado como protesta política, y menos el resto de ciudadanos, que sólo se habían enterado del suceso ocurrido en la iglesia, porque el resto de estatuas no había aparecido en los medios.

Los asesores intentaron tranquilizar a la Presidenta, que no estaba asustada, pero sí escandalizada por lo inesperado del mensaje. Era imposible que nadie supiera que la Presidenta se había inspirado en Pompeya para convencer a Shedelton. Adriano fue el primero en afirmarlo.

—Presidenta —dijo—, no es nada, es por la exposición, de ahí la casualidad, nada más.

Pero al mismo tiempo, mientras enviaba estas palabras, Adriano estaba deseando plantarse en mi puerta y zarandearme. ¿Cómo se nos ocurría, a mí y a la americana loca, ponernos a hacer performances absurdas por toda la ciudad, mareando a la policía y a su mismísima jefa, haciendo que peligrara la seguridad del negocio con Wilton Shedelton? Adriano nos maldijo un par de veces hasta que decidió salir de su buhardilla y llamarme.

—Necesito hablar contigo ahora mismo —ordenó.

Su tono de voz no me alteró porque las pastillas se habían disuelto ya en todo mi sistema nervioso, y respondí ceremoniosamente:

—Espero tu visita.

Era la una del mediodía, un sábado atravesado de un cristal a otro por rayos de sol, un sábado tan bullicioso como cualquiera en la calle del Carmen. Tu padre, al despertarse y escuchar mi relato de todo lo ocurrido en las escasas cuatro horas que había estado dormido, quiso ir a curiosear los demás sitios donde habíamos dejado las estatuas, a ver qué había pasado. Yo había preferido encogerme en mi inesperada placidez, y mientras Adri estuviera dispuesto a subir las escaleras, me sentía capacitada para ir desde la cama hasta el sofá, envuelta en mi manta, y soportar su intromisión. No entendía a qué se debía tanta agitación; yo no sabía nada de la anécdota que había dado pie a la propuesta de reutilizar la urbanización El Paraíso. Para mí, hasta ese momento, la única coincidencia pompeyana eran los comentarios que había intercambiado con Adri, insinuando que iban a construir una ciudad llena de puticlubs, sólo eso. No sabía que había algo más. Por eso me irritó tanto Adriano cuando cruzó mi puerta y, borracho de su propio egocentrismo, desenfundó.

—Os habéis pasado. —Daba vueltas por la casa en forma de pasillo, entre la mesa que ejercía de cocina, el sofá y la cama. Yo volví a mi posición horizontal—. ¿Tú sabes las consecuencias que está teniendo vuestro jueguecito? —Intentaba aparentar que controlaba una ira descomunal, y que sólo eso me estaba librando de morir abrasada por sus poderes—. Quiero que me digas a qué estás jugando.

Cuando sentí que se le subía a la cabeza su momento de diva airada, lánguidamente levanté un brazo desde el sofá.

—Bueno, ya está bien, Adri. ¿Por qué te alteras tanto?

A continuación, la compostura que cede y abandona su labor de contención:

—¡Que por qué me pongo así! —se sofocó.

Poco a poco, y dominando yo también mis ganas de insultarlo y de echarlo de mi casa, conseguí que me explicara cuál era la conexión entre nuestra performance y la estrategia de su Presidenta. Cuál era esa gran idea que había tenido Adriano mientras visitaba la exposición de Pompeya, y que no había llegado a contarme. Se sentó en el suelo sin quitarse el abrigo.

—Qué frío hace en esta casa, joder. El día que fui a la expo sobre Pompeya —comenzó a explicar—, cuando entré en la parte de la exposición que reconstruye una calle, con su calzada, sus tiendas medio derruidas y sus grafitis, ¿te acuerdas de esa parte? Iba andando yo solo, por el sendero, entre muros de cartón piedra, y de repente me acordé de la urbanización El Paraíso. Me hizo gracia. Pensé: Mira, al final la urbanización se va a quedar como una especie de Pompeya, atrapada en el tiempo, sólo que sin vida ni muerte, a diferencia de Pompeya, que está perpetuamente suspendida entre las dos. El Paraíso se quedará vacío por siempre, con sus avenidas, sus fachadas de casitas, sus rotondas, pero ni un habitante, ni un gesto, ni un trozo de pan.

Tumbada boca abajo y con la cara girada hacia él, entrecerrando los ojos, resumí:

—Eres un filósofo.

—¿Estás drogada? —me preguntó Adri, conteniendo la risa a su pesar—. Cualquiera diría que acabas de poner una falsa bomba en una iglesia militar. Te veo muy relajada.

—No estoy drogada, estoy muy a gusto —bostecé—, y todo me parece fenomenal. Tú cuéntame —volví a estirar los brazos y las vocales—, no te prives, aprovecha que estamos los dos aquí, mano a mano, encantados de la vida.

Me encogí en posición fetal. Adri sacudió la cabeza, dándome por imposible.

—Bueno, pues que de repente llegué a una pared donde explicaban

la historia del Vesubio. Y contaban que en el Neolítico hubo otra explosión, y arrasó la zona, y a media hora de Pompeya hay otra ciudad, prehistórica, sepultada por la ceniza, con cabañas vacías, y huellas de ganado que corre y herramientas abandonadas… pero ni un solo cadáver, porque aquella vez, eh, a diferencia de los romanos, los pastores y las que lavaban la lana sí supieron leer las señales del volcán y escaparon a tiempo, y no como los romanos, que se quedaron en su casa, eh, confiando en el progreso, ¿entiendes?, o incluso investigando en plan científico, como Plinio el Viejo.

—Cuéntame más cosas bonitas —ronroneé.

Adriano, harto de mí, se levantó de un salto, arrancó el cartón de galletas que tapaba el cristal roto de la ventana y me pegó con el cartón. Varias veces, como un títere aleccionando a otro.

—¡Te odio, te odio, te odio! Eres un puto coñazo.

Mientras se inclinaba sobre mí para pegarme, alcancé a darle una suave patada, protestando débilmente.

—¡Déjame en paz! Te desahogas conmigo porque no puedes pegar a los americanos. Tú sí que eres un puto coñazo. ¡Vete con el Ken ese de una puta vez!

Adriano se lanzó sobre mí, dejando caer su peso muerto y aplastándome.

—No te soporto. No te soporto. Ay, Señor, dame paciencia para resistir a esta muerta de hambre que no entiende nada y que se cree mejor que yo.

Me rebelé. Había conseguido ponerme nerviosa. Ante mi dificultad para zafarme de él, acabé mordiéndole con saña, apretando los dientes en torno a un trozo de carne de su brazo. Aulló de dolor y cayó a un lado, y ahí pude levantarme.

—Acaba tu historia, venga —exigí poniéndome muy seria, y sentándome por fin como una persona normal.

Me crucé de brazos.

Adri se rió, un poco incómodo, pero satisfecho de haber conseguido por fin sacarme de mi estado ingrávido. Ya estábamos igualados en solemnidad. Dulcificó su tono de voz, sintiendo que se reconciliaba conmigo.

Al salir de la exposición, Adri estuvo reflexionando sobre todas aquellas imágenes de ciudades detenidas en el tiempo y estratos superpuestos. Camino a la oficina, empezó a barruntar que quizá dos de los conflictos que planeaban sobre las últimas reuniones de gabinete, Eurovegas y El Paraíso, El Paraíso y Eurovegas, fueran una solución mutua. ¿Por qué no aprovechar los terrenos de El Paraíso para edificar allí Eurovegas? Kilómetros cuadrados de superficie destinados a la zona de ocio que nunca se construyó, y que allí les aguardaban, rasos y estériles. Aquel estadio, aquel inmenso centro comercial, aquellos campos de golf que no asomaron. Era cierto, había miles de chalés vacíos por aquí y por allí, pero ¿quién decía que no pudieran encontrar una nueva vida? Barracones para empleados, oficinas. O, incluso, por qué no, imaginó un dubitativo Adriano, seguro que demoler parte de aquellos habitáculos tampoco era tan caro. Estaban construidos, tal y como escuchó alguna vez decir a la Presi, «con papel de fumar». Una bola de demolición irrumpiendo como un ángel y aquel suelo triturado sería el abono perfecto para que los rascacielos de Shedelton florecieran. Adri era consciente de que existirían mil inconvenientes para realizar algo parecido: problemas legales, financieros, políticos. Pero tenía que comentárselo a la Presi, no podía ignorar esta visión.

Lo hizo cuando ella volvió del viaje a Bombay. Después del atentado su jefa sentía que había renacido, adulta y armada, como una divinidad del panteón clásico. La breve exposición de Adri, hecha en un tono vacilante que complació a la Presidenta por establecer claramente la inferioridad del que se acercaba a aconsejarla, no le pareció un disparate. A pesar de todo le restó importancia, diciendo que lo veía muy difícil y que ya lo pensaría, para evitar que el becario la viera repentinamente entregada a su plan. La primera ventaja que advirtió es que así podría acallar definitivamente a Los Jabatos, compensándoles de alguna manera por expropiar sus terrenos; una condonación de su deuda, una intervención a tiempo para paralizar la investigación en torno a sus chanchullos, algo así. La segunda ventaja es que esto les eximía, a ella y a su equipo, de tener que regatear con alcaldes y sus respectivos grupos de oposición, como ya les había

pasado con los anteriores terrenos candidatos: informes agotadores que acusaban el impacto en el ecosistema, manifestaciones, o, casi lo peor, incómodas presencias de depuradoras o vertederos o centrales nucleares ante los que Shedelton se tapaba los ojos con grandilocuencia. Insinuaba que o se trasladaba a aquellos molestos vecinos a otro pueblo, o esos emplazamientos quedaban descartados. Así había sucedido hasta ahora. La Presidenta sabía que Shedelton no se había comprometido todavía con Madrid, y continuaba reuniéndose por diversos países del sur de Europa, en busca del rinconcito soñado que le permitiera poner una nueva cruz en el mapa, entre Las Vegas, Singapur y Macao.

Una vez que la Presidenta decidió que se atreverían con la propuesta, lo anunció a los miembros de su gabinete. Previamente había avisado a Adriano de que ocultaría de quién había sido la idea. Sobre todo, dijo, «para que no se nos descontrolen los celos y las envidias». Pero le recompensaría sobradamente por su aportación, así lo prometió. Adriano estuvo de acuerdo, aunque después le dio vueltas a si no debía haber rechazado aquella jugada. Admitía, eso sí, que no le apetecía nada sufrir los pellizcos de sus compañeros, y que le importaba más comprobar la viabilidad de su idea que exponerla a un boicot. Difícilmente sus compañeros se sumarían con entusiasmo a sacar adelante el plan si sabían que el éxito podía consolidar a Adriano como el chico más listo de la oficina. Así que, aunque masticando el despecho, convino en que lo más razonable era dejar que la Presi se adueñara de la iniciativa.

No tuvieron mucho tiempo para elaborarlo. Shedelton les había dado un par de días, sacándose un inesperado as de la manga. ¡Barcelona, nada más y nada menos! Esto había tensado la mandíbula de la Presidenta hasta la inminente fractura. La playa, el prestigio del Mediterráneo, que no se sabe muy bien por qué cautiva de ese modo a los yanquis; las hordas de turistas desparramados como cangrejos, mordisqueando los restos de Gaudí. «No te preocupes, jefa —habían meditado sus colaboradores—; la playa le viene muy mal a Shedelton, significaría una distracción para los jugadores. Es mucho mejor nuestro secarral, donde no hay más alternativa que encerrarse a jugar

y jugar; un desierto en bandeja, como Las Vegas. Vamos a comernos con patatas a los catalanes, te lo juramos, jefa.»

Al escuchar estas palabras del equipo, asaltado por una ola de entusiasmo y competitividad, Adriano sintió que efectivamente había merecido la pena sacrificar su autoría. A él le gustaba trabajar, y ésta era la primera vez que compartía un objetivo con aquellos que lo rodeaban.

18

El encuentro con Shedelton se realizó en una sala de congresos del aeropuerto de Barajas; él estaba de paso y no tenía tiempo de internarse en el centro de Madrid. Esta vez era la Presidenta la que quería enseñar un documento. Lo llevaba en un USB, de color blanco y con el logo de la campaña a favor del macrocasino: dos dados entrechocando y a cada lado, el lema en un idioma: «We're lucky! / ¡Tenemos suerte!». Al insertar el USB en el portátil de Shedelton —y después de unos frenéticos minutos en los que la compañera de Adri responsable de hacer la presentación no lograba que el portátil de Shedelton reconociera el USB, y hacía click aquí y allí para que saltara la carpeta llamada «Tenemos suerte»— se desplegó por fin la ventana del power point que habían preparado.

Shedelton se recostó sobre su asiento de cuero negro. En el recuadro de la imagen en la pantalla apareció un plano aéreo de Madrid. Una flechita señalaba un punto concreto en el noreste de la ciudad, y a continuación surgió un letrero: El Paraíso. «Cerca, muy cerca de Madrid —decía el texto del power point en inglés—, existe un enclave privilegiado. Diez kilómetros cuadrados de terreno liso y estable.» Justo en ese momento saltó a la pantalla el icono de una batería vacía, con una raya roja atravesándolo por la mitad: «low battery», parpadeó.

—Ay —resopló la compañera de Adriano, tamborileando con las uñas impecables en la mesa de caoba—, señor Shedelton, ¿tiene usted el cable para cargar la batería?

Se dio cuenta de que el americano se impacientaba, y no ofrecía ningún ademán de comprensión. Continuaba recostado en la silla, mirando la pantalla con una expresión concentrada y hostil, como si el mismo inicio del power point le hubiera ofendido y su grado de alerta fuera tal que no quisiera disimularlo.

—The battery of the computer —insistió, temblorosa—, the cable for the battery.

En lugar de responder, Shedelton suspiró con fastidio. La Presidenta, que también estudiaba la situación con los ojos cada vez más entrecerrados, se desmarcó con uno de esos gestos impetuosos que la caracterizaban. Cerró la tapa del ordenador de golpe y miró a Shedelton a los ojos.

—Wilton, acuérdate de Pompeya.

La compañera de Adriano no sabía qué hacer. Adriano se tomó unos segundos para medir la situación y decidió intervenir, a riesgo de llevarse un zarpazo de la jefa, y el rencor eterno de su compañera.

—Mister Shedelton, the President says: Remember Pompeii.

Él no se despegó del asiento, pero desde luego ya no tenía todos los músculos de la cara agrupados en un nudo en el centro, encima del labio inferior que sobresalía como un balcón. Miró a Adriano sorprendido y luego devolvió la mirada a la Presidenta. La Presidenta en cambio permaneció concentrada en él. Dio la orden implícita a Adriano de que continuara traduciendo, y así lo percibió él.

—Urbanización El Paraíso. Diez kilómetros cuadrados a tu disposición.

La Presidenta describió rápidamente cómo estaba diseñada la urbanización, qué zonas permanecían vírgenes, en qué consistían las edificaciones que sí se habían levantado, y cuáles eran los puntos débiles del proyecto de Los Jabatos, que ahora tocaba afrontar. Le permitió entrever cuál era su relación con los gemelos promotores y dejó caer con estratégicos adjetivos cómo podían manejarlos y quitárselos de encima cuanto antes. Adriano se aferró al ritmo enérgico de la Presidenta y transmitió, tan modesto como natural, palabra por palabra. Shedelton les seguía con atención, observando a uno y a otro.

—Es perfecto para tu casino —culminó la Presidenta.

Adriano me dijo que aquello de «tu casino» le había quedado, espontáneamente, un poco acusador. Shedelton se limitó a recibirlo como una obviedad, y no cambió la expresión del rostro. Por supuesto que era suyo. Ese arranque de la Presidenta, se aventuró a juzgar

Adriano, le hacía un poco de gracia a Shedelton; le había recordado a una madre cuando amenaza con marcharse de casa el día menos pensado y dejar a todo el mundo sin cena. El reproche era una señal de dependencia total.

—¿Me estás proponiendo construir encima de casas ya edificadas? —preguntó Shedelton, manteniendo la distancia.

—Repito, acuérdate de Pompeya —se acaloró la Presidenta, feliz por la oportunidad de dar un nuevo discurso. Ella en realidad odiaba las presentaciones en power point, los vídeos, los dossieres. El terreno que dominaba era el de la conversación, o mejor dicho el monólogo, y la parquedad de su interlocutor no la intimidaba, sino que impulsaba sus palabras, como si éstas contasen una historia con juegos de sombras en la pared—. La ciudad romana estaba construida sobre estratos de ciudades anteriores, más antiguas.

Adriano me explicó que aquí la Presi mezcló conceptos; porque no es que Pompeya estuviera sobre estratos, sino que hay algún rastro de presencia neolítica, y luego por la zona alrededor del Vesubio es donde hay vestigios de explosiones antiguas, y aldeas neolíticas, pero no debajo de Pompeya. En fin, eso daba igual, así que nadie intentó aclararlo. Dejaron que continuara.

—Sin haberlo pretendido, vas a conseguir una ciudad con ancestros, con historia —continuó traduciendo Adri—. No sé si sabes a lo que me refiero. Tú vienes de Las Vegas, donde los únicos restos arqueológicos son los casinos de los años setenta. Imagínate, tener estratos antes incluso de haber existido. Puedes construir zonas del suelo con metacrilato para que los jugadores puedan ver, si es que quieren ver algo, los restos de la urbanización: la planta del piso piloto, una verja aplastada, los fragmentos de pladur de una ventana. Es como un símbolo: en el pasado, el motor de nuestro dinero y nuestros planes era la construcción; ahora el motor es el juego, el placer, y los visitantes lo entenderán así. Sólo si quieren, evidentemente. Si no quieren, agarran su cubata, sus fichas, se concentran en el tapete verde de la mesa, y tira que te vas.

Adri no supo cómo traducir esta última expresión, y tuvo unos segundos para decidirse, sabiendo que sus compañeros no perdonarían

un error. Optó por «And that's all, folks», y Shedelton recibió con una exhalación jocosa la frase del cerdito Porky que cerraba la cortinilla de los dibujos de la Warner. La Presidenta no sabía en qué referente se había refugiado Adriano, pero no le pareció mal la risa de Shedelton, convencida de que su estilo campechano era lo que la había llevado lejos en la vida, y frases suyas como «Tira que te vas» o «Menos cuento», dichas delante de un buen manojo de micrófonos, habían resonado en medios de comunicación y redes sociales.

Shedelton decidió pronunciarse. Antes de empezar, sonrió y se encogió de hombros, para demostrar que estaba teniendo mucha paciencia con el equipo madrileño.

—En Las Vegas rendimos homenaje a la Historia. Tenemos el Venetian, el Caesar's Palace, la Esfinge gigante. Nos inspira la historia. Podríamos estudiar esta opción.

Después de pronunciar esta decisiva sentencia, levantó la tapa del ordenador. La Presidenta también sonrió y meneó la cabeza, apropiándose de ese gesto de confianza. Los demás dejaron soltar un hilillo de aire entre sus labios fruncidos, con alivio. En un minuto, Shedelton había conectado su ordenador a la corriente eléctrica y la explicación del proyecto estaba otra vez en marcha.

—Y unos días después —concluyó Adriano—, cuando anunciamos a los medios que se está estudiando la posibilidad de reutilizar El Paraíso, me llenas la ciudad de fantasmas pompeyanos. Muy fuerte. Claro, la jefa está flipando, porque desde aquella reunión estamos todo el rato, «Remember Pompeii», así, de broma. Mi jefa, y todos mis compañeros, se preguntan cómo es posible una casualidad como ésta.

Yo continuaba con los brazos cruzados. Adri se había ablandado en una expresión amistosa que me anunciaba su perdón. Pero ahora era yo la que tomaba aire y me disponía a dejar una frase para la Historia, nuestra historia, una sentencia que tuviera que recordar durante los próximos meses.

—Sinceramente, Adri: ojalá pudiéramos parar Eurovegas con una performance. Ojalá. Soy yo la que tendría que estar histérica, eh, yo, y no tú, por lo que estáis haciendo con mi dinero. Tú —rematé— puedes estar muy tranquilo, todo te sale muy bien.

Los papeles se habían invertido. Adri se había calmado después de repasar su historia, y yo me había convertido en la indignada. Quería una escena memorable que me dejara en un lugar superior, así que no iba a echarlo de mi casa. Pero tampoco me apetecía seguir con la conversación. Que se fuera con su jefa, que se colara de polizón en el equipaje de Shedelton y se instalara para siempre en Macao, en Las Vegas o en Singapur. Era una lástima haber escuchado esta narración tan tarde. Podríamos haber acompañado cada estatua de una pintada, hecha con sangre de animal: «Remember Pompeii».

19

Ya se había aceptado de forma más o menos extendida, en los medios de comunicación y en las redes sociales, que el Comando Mateo Morral no había intentado poner una bomba en la iglesia militar. El mismísimo comando había emitido un comunicado, al día siguiente del percance, en el que desmentía su vinculación con el objeto abandonado. Algún columnista sopesó entonces retractarse de un artículo en el que había lamentado el día anterior, con gran dramatismo, que Madrid viviera condenada a las explosiones, atentado tras atentado. «¿Por qué? —se preguntaba—, ¿por qué tenemos que soportar este anhelo de destrucción en una ciudad de espíritu abierto y amable?» El columnista debió reconocer al leer las palabras del comando que en realidad hacía años que no se vivía ningún atentado en la capital, aunque finalmente no se retractó. Daba por hecho que los lectores y los internautas ya habríamos olvidado su planto, dispersos entre otras muchas noticias y novedades de las redes, que estaban a punto de sepultar la historia del perro en la iglesia. Sin embargo yo me acordé unos días después al salir de casa, cuando abrí el portal y me sorprendió la muchedumbre que corría por la calle del Carmen con gesto de pánico. Una bomba, pensé. Segundos después me fijé bien y comprobé que sólo eran las compras navideñas. La gente galopaba en el tramo que representaba nuestra calle entre la Puerta del Sol y la plaza de Callao, a la caza de DVD y pañuelos y perfumes, tachando objetivos de sus listas, mientras el calendario se desplazaba inclemente hacia el mismísimo día 24. Junto a nuestra puerta, el flautista de las lanas daba codazos a un lado y a otro para evitar que lo arrollaran. «Cabrones —berreaba—. ¡Una monedita!» Yo me había vestido lo más elegante que la ropa prestada por Hannah me permitía, el pelo alisado con el secador y un poco de maquillaje repartido por la cara. Los zapatos de tacón significaban para mí una dificultad

añadida. Me posaba sobre aquellas finas columnas mientras sacaba la cabeza del portal, esperando que Hannah bajara también y comenzáramos nuestra excursión. Sola, pensé, no habría podido. Aventurarse a salir a la calle en aquella semana del año significaba hacer acopio de decisión y estar dispuesta a embestir a los que bregaban en sentido contrario, todo ello mientras me sostenía sobre aquellas agujas de plástico llamadas tacones. En la cabeza de los compradores cascabeleaban gorros comprados en los puestos de la plaza Mayor, diademas con cuernos, pelucas brillantes, árboles de Navidad hechos con un muelle que se mecía a un lado y a otro. Ésta era la peor época del año para habitar nuestra calle. Ya lo había dicho Hannah el día anterior: «¡Oh, Dios mío, vivo en el corazón del mal!». Nos había propuesto que no saliéramos de casa hasta que llegara el día 7 de enero, o mejor, que intentáramos saltar de tejado en tejado para no descender hasta esa crepitante marea de enemigos físicos, así los llamó, enemigos físicos: «Son enemigos físicos simplemente porque empujan, they push, y hacen mal». Tu padre y yo habíamos bajado a verla a su casa porque quería enseñarnos las fotos de la noche de la acción. Estaba inmersa en la documentación de la pieza: seleccionar fotos, navegar en google en busca de artículos, guardar enlaces a vídeos de los diferentes telediarios. Esta fase del proceso artístico se había convertido en algo mucho más laborioso de lo esperado. Daba para hacer un libro y todo, nos explicó entusiasmada. Tu padre y yo nos admirábamos de verla tan tranquila, haciendo click encima de cada foto y artículo guardado para enseñárnoslo.

—Pero —le decía tu padre—, ¿no te da pena perder las esculturas?

Hannah entonces se inspiraba mirando al cielo:

—Quién sabe si vuelven, quién sabe.

Su desaparición en el territorio silencioso de la policía sólo contribuía a ensanchar la aureola mítica, por supuesto. Ahora sólo existían esas fotos, que probaban la autoría de Hannah y nuestra manera de proceder, y a continuación, en orden cronológico, un aluvión de titulares, opiniones y hasta un comunicado anónimo. Hannah podía provocar un alboroto cuando se decidiera a contarlo. Mi pregunta era: ¿cuándo, y dónde, lo haría? Me daba la impresión de

que si lo hacía mientras estaba en Madrid, el asombro me colapsaría, mis conductos se endurecerían y pasaría a convertirme en una estatua más de yeso, último remate a la obra de Hannah. Me imaginaba a los policías tocando a su puerta, luego a la nuestra; a la prensa, los insultos, la indignación colectiva que arañaría nuestras paredes y puertas. Pero ella permanecía indefinida a este respecto.

—Prefiero que las opciones siguen abiertas —decía.

Le pregunté dónde pasaría el día de Navidad, y me dijo que todavía no lo sabía. ¿Dónde estaba aquella familia de ascendencia judía de la que nos había hablado? ¿No se reunía con ellos por estas fechas?

—Oh —se regocijó Hannah—, precisamente mi familia no tiene Navidad.

—Claro —contesté, desorientada, y para terminar de señalar mi equívoco añadió con una crueldad festiva:

—Nosotros matamos a Jesucristo, recuerda.

Me pregunté si existía una madre en algún lugar de Estados Unidos que en esos momentos lamentaba la suerte de su exploradora hija Hannah, entregada a la performance entre europeos caníbales. O un padre, completamente resignado a no entender nada de las aspiraciones de su hija, aceptando que la vería una vez cada cinco años cuando a ella le apeteciera documentarse sobre la sordidez humana, grabadora en mano y pregunta incómoda en ristre, para un nuevo proyecto que ellos jamás comprenderían. Tuve la tentación de proponerle a Hannah que si le apetecía se uniera a mi cena familiar, pero algo me detuvo. Quizá era mejor pasar las fiestas sin más; bastante teníamos con atravesar esos días como para además invitar a una comentarista borracha de sí misma que convertiría cada minuto de la velada en una oda a su ingenio. Me imaginaba a Hannah analizando la costumbre española de los dos besos, o la palmadita afectuosa en la espalda entre los hombres heterosexuales; relacionando el menú con no se qué del catolicismo o explicándonos su concepto tan distinto de la sobremesa. Por otro lado, pensaba mientras repasaba estas posibles escenas, quizá merecía la pena sólo por el asombro que provocaría en los comensales. Luego ya la criticarían y se burlarían de la autodenominada artista que se lanza

alegremente a chapotear en el idioma castellano, sin importarle cuán cerca está de la parodia de un tipo concreto de turista. Como si me leyera el pensamiento, tu padre elevó la temperatura de su mirada, y creció la intensidad del color de sus ojos, como si fueran dos circulitos de vitrocerámica que cocinaban un mensaje: «Vamos a estar un poco tranquilitos, por favor». Luego le regañé, por antipático, porque justo en ese momento Hannah, ajena a los cuchicheos silenciosos que intercambiábamos, nos anunció:

—Hay recepción en embajada de Estados Unidos. ¿Venís conmigo?

Nos contó que la habían invitado a un cóctel que ofrecía su embajador yanqui, tras la verja de hierro forjado con el emblema del águila que apretaba entre sus garras un haz de flechas y un ramillete de no sé qué planta. Por lo visto la habían llamado porque este año querían brindar con los artistas de origen norteamericano residentes en la ciudad. Habían tardado en localizar a Hannah, pero por fin lo habían conseguido. Hannah nos lo contaba indignada:

—¡Quién son ellos para perseguir a mí y obligar a tomar ponche por la salud del Presidente! —Pero luego quitó importancia a su desprecio, y trascendencia a la cita, y nos confesó en voz baja que nunca venía mal espiar a esa gente de cerca—. Quién sabe, quizá la otra vez colaboran más activamente en próxima obra de arte.

Tu padre renegaba, incrédulo, pero se divertía.

—Hannah, tú, con toda tu cara dura, vas a ir a comer canapés y a regar la alfombra del embajador, mientras todo el mundo comenta el extraño caso de las esculturas pompeyanas abandonadas por Madrid. ¿Qué harás entonces?

—No lo sé —dijo ella, y parecía tan sinceramente ignorante como nosotros—. ¿Venís conmigo? ¡Vinos buenos!

Yo asentí, tu padre tardó más en decidirse, aunque fue para declinar la invitación. Me dio tiempo a considerar que no tenía ropa, ni modales, ni maquillaje para no dar la nota en la recepción, que me imaginaba como una decadente sesión para gente vetusta y sabia. Hannah me recordó que era una velada dedicada a artistas, así que podíamos contar con una combinación variopinta de ermitaños, trepas, niños pijos y, quién sabe, quizá personas interesantes. «Una

mezcla de todo lo que es ella», meditó luego tu padre, cuando subimos a casa.

Estuve probándome las diferentes prendas de ropa que Hannah me había prestado, y finalmente me decanté por unos pantalones ajustados y un jersey de los suyos, muy bueno, una suave pelusa que se esponjaba con el más ligero soplido de aire helado invernal. Me paseé escéptica con los tacones, cloqueando por nuestra casa en forma de pasillo. Tu padre quiso animarme:

—Ese jersey te hace unas tetas enormes. Pareces una actriz porno, deberías llevar siempre tacones.

Yo le contesté que los tacones eran en origen una señal de sumisión, porque la persona subida a unos tacones no puede escapar fácilmente, no puede correr.

—¿Y de qué quieres huir, del Vesubio?

—No —repliqué, como si fuera lo más evidente del mundo—. De los malos, de los peligros, nunca se sabe.

—Bueno —se encogió de hombros tu padre—.Yo no creo que hoy en día tenga nada que ver con la sumisión. Mira Hannah, es una tía hecha y derecha y se pone tacones cuando quiere estar guapa.

—Me da igual —protesté—, me voy a caer y me voy a hacer daño en una rodilla, lo veo.

¡Pues ponte unos zapatos tuyos!

Esta solución no era aceptable, le expliqué a tu padre. Sólo tenía unas deportivas y unos botines rayados y descoloridos, que pasaban desapercibidos en las baldosas de El Teatrito y en los bares del barrio. Pero en la moqueta de la embajada me delatarían, y por mi titubeo y mi falta de saber estar acabarían descubriendo toda la verdad acerca de mí: que en realidad yo no estaba invitada. Así que me dediqué a caminar a un lado y a otro, y a sentarme muy resueltamente en una silla, cruzando las piernas.

Así pues, al día siguiente conseguí poner un pie delante de otro, estirada y de puntillas, y bajar hasta el portal pasito a pasito, alumbrándome con el móvil cada madero de la escalera.

Confiaba en que Hannah saliera tarde o temprano y la luz de su umbral iluminara el túnel. No fue así; Hannah llegaba tarde a nuestro

punto de encuentro. Asomada a la calle, alargué el brazo para tocar el botón de su piso.

—Yo bajo —canturreó Hannah unos segundos después por el interfono.

—Vamos, que tengo hambre —repliqué.

Unos segundos después oí un jaleo descendiente que se acercaba hasta que la silueta de Hannah se perfiló contra las tinieblas del portal. Allí estaba ella, el vestido negro, sembrado de plumas largas y azules que salían del cuello cerrado hasta más abajo del pecho, una especie de gola similar a la de un buitre que envolvía su piel blanca y sus ojos, cercados por el destello del maquillaje; miraba tan afilada como sus plumas. Hannah llevaba un sombrero vaquero con una cinta de piel de cocodrilo.

—Es imitación —aclaró.

Aun así no pude evitar pensar que parecía una cazadora bajo la profusión de adornos animales; sólo le faltaba un collar de colmillos de caimán. Hannah me ofreció el brazo y plantó su bota de tacón en la calle del Carmen, dispuesta a cruzar la difícil riada que se interponía entre nosotras y la parada de metro. Salté tras ella.

—¡Que me pisas, hija de puta! —aulló el flautista, repentinamente herido por uno de mis tacones entre los sufridos huesos de su pie izquierdo.

Lo dejamos atrás y fuimos esquivando comprador a comprador, atacando por un lado, por otro, según oscilaran sus bolsas de plástico, sorteando también obstáculos como el hombre sin brazos que mendiga sujetando el vaso de plástico entre sus dientes y lo menea para que tintineen las monedas. O el hombre metido en un traje de gato gigante de peluche. Hannah tragaba bocanadas de aire, absorta en una especie de trance, «Esto es demasiado», codazo a codazo hasta que descendimos por las escaleras del metro y conseguimos encajarnos entre las puertas abiertas de un vagón.

—Vamos a llegar a la embajada hechas un desastre —observé, lamentando no haberme puesto espuma fijadora en el pelo o algo que sometiera mi tendencia a despelucharme como el traje de gato del hombre en la Puerta del Sol.

—Todo esto nos hace más interesantes —aseguró Hannah con su sombrero de cowboy torcido ante las intermitentes embestidas de los viajeros que subían y bajaban en cada parada.

Cuando llegamos a Serrano, el número de pobladores del vagón había aminorado, adictos a la congestión del núcleo comercial más puro de la ciudad. Serrano era ya una parada para moradores de otra categoría, esos que no cogen el metro si no es para demostrar que de vez en cuando cogen el metro, porque tienen un punto campechano que les hace disfrutar, cuando no queda más remedio, de los servicios públicos. La calle también tenía escaparates iluminados, y los paseantes llevaban bolsas; pero no eran de plástico, ni sus portadores sudaban. Tamaño más reducido, papel duro y con un logo impreso, Gucci, Cartier, Hermenegildo Zegna, corbatas, relojes, estilográficas, unos pendientes en una caja con el interior aterciopelado. Hannah y yo nos atusamos el pelo y esponjamos nuestra ropa para integrarnos en la plácida milla, caminando muy tranquilas por la acera que llevaba directamente a la embajada. Dejamos atrás las tiendas que anunciaban el nombre de su diseñador en dorado. Un brote de oscuridad en medio del discurrir de edificios indicaba que nos acercábamos a un enclave señalado, paradójicamente difícil de reconocer a pesar de estar en una calle transitada. Era el edificio de la embajada, estratégicamente semiluminado y adentrado en una parcela ajardinada. La verja de hierro estaba abierta, el águila por lo tanto partida en dos. En medio, unos guardias de seguridad, lista en mano, atendían a cada coche que se les acercaba. Sólo nosotras nos dirigíamos a ellos a pie, y eso les hizo desconfiar.

—Buenas noches.

Hannah dijo su nombre y apellido y nos pidieron la documentación. La rebuscamos, manteniendo una actitud de forzada naturalidad por un lado y de cierta solemnidad por otro, en nuestros respectivos bolsos. Dieron su aprobación, pero nos avisaron de que tendríamos que pasar por el detector de metales que estaba en la primera puerta. Un sendero de gravilla blanca trazado entre el césped llevaba hasta la puerta, del que escapaba el ruido y la música y los primeros fumadores que habían salido a tomar un poco de nicotina. De entre

ellos surgió una chica que se abalanzó hacia Hannah.

—Hola, bienvenidas, ¿cómo estáis? Un placer, un honor tenerte aquí, Hannah.

Por primera vez vi a Hannah mantener la distancia y estrechar la mano de la anfitriona con un gesto rápido y aséptico. Esto me pareció curioso, verla de repente como una paseante altiva de la calle Serrano, aclimatada al ambiente y con la frente bien erguida sobre sus tacones; nada de palabrotas, ni de agarrarse al brazo de nadie. Pero lo que más me sorprendió fue ese tratamiento hacia ella por parte de la chica que se nos había acercado.

—Soy la asistente del agregado cultural —se presentó la anfitriona —. La noche de hoy es tan excitante, so exciting. —Hablaba un castellano impecable; me pareció española pero no podía asegurarlo; hablaba inglés con demasiada soltura. Pero ¿es que adulaba así a todos los artistas invitados? La vi parpadear con delectación ante Hannah, ¿por qué? Y Hannah se había estirado como si su alambrada de seguridad hubiera emitido chispas ante el tacto de un intruso. Hannah perdonándole la vida a una de sus admiradoras, eso me había parecido. La asistente del agregado cultural continuaba—: Permitidme que os presente a otros artistas que nos acompañan esta noche, This is going to be a very special night, Oh, ok, primero el detector de metales.

Y nos guió hacia el interior de las puertas.

Esperó complaciente a que Hannah y yo nos acercáramos al arco de seguridad, a que Hannah dejara su sombrero de cowboy en la cinta transportadora del escáner, que no pitó, y después nos pidió que la siguiéramos hasta el salón. Allí estaba la sala con su moqueta prevista y diferentes coros de conversadores a diversas alturas (un sofá, una esquina, unos escaloncitos), cuyas cabezas giraron al unísono al sentirnos. Algunos se desprendieron de su grupo de conversación y se acercaron a saludar a Hannah, tendiendo un apéndice largo y flaco rematado por una mano:

—Hannah, qué maravilla de reunión aquí esta noche —decía una—. Por fin la encuentro en Madrid. Había escuchado que se había instalado en la ciudad pero es usted tan misteriosa.

—Soy galerista —aclaraba otra—. Ella también es galerista. ¿Y en qué anda, qué es lo nuevo? ¿Cuál es su próxima obra?

Hannah se cuidaba mucho de abandonarse a esos arrebatos que tu padre y yo conocíamos. Hablaba de su trabajo:

—Estoy dejándome inspirar por Madrid, un pequeño oasis después de la locura de los últimos años, París, Londres.

Lo decía con la serenidad de quien describe la cotización en bolsa de la soja o el trigo. Sus interlocutoras la escuchaban, por supuesto, con la misma seriedad, contagiadas. No esperaba que la embajada convocara a unas apasionadas del arte contemporáneo; pero era cierto que aquella velada estaba especialmente dedicada a gente del gremio, y por tanto no era extraño que al menos algunos se conocieran. Yo permanecía a su lado, como un escudero que portara unas armas invisibles. Recorrí la sala con la mirada. Unos altavoces escondidos filtraban una canción navideña en clave de jazz. Descubrí con alivio que los primeros camareros asomaban desde la puerta, y pronto llegarían hasta nuestro corrillo. En mi giro panorámico por la sala, pasé por encima del escudo del águila, un piano de cola, una foto del presidente, unos radiadores encajados en la pared, un cuadro impresionista de una pradera verde y unas damas con sombrilla, y, oh, bajo el cuadro, delante de su marco dorado, una persona que me observaba con aire socarrón. Adriano con traje de chaqueta y corbata, repeinado como un galán, esperando a que mis ojos se encontraran con los suyos.

—Please, excuse me, voy a saludar —expliqué al grupo de descubridoras de Hannah, que encontraron muy natural que conociera a alguien más en la fiesta—. Pero qué tenemos aquí —murmuré—, el príncipe de Bekelar. Bueno, bueno, bueno.

Adri y yo estábamos tan asombrados como divertidos. Adri me miró de arriba abajo:

—Tú subida en unos tacones. Standing ovation, por favor. ¿Cuántos días llevas practicando?

—Pues unos cuantos, qué pasa.

—Y qué, has venido con la vecina loca, ¿no? Qué vais a hacer, un acto terrorista o algo, ¿no?

—¡Calla! —chisté.

Le aclaré que veníamos en calidad de artistas invitadas, o mejor dicho de artista invitada y su pajecillo; él, en cambio, ¿en calidad de qué venía?

—¡Será posible! —se indignó Adriano—. Yo estoy aquí por trabajo, bonita, estrechando lazos con nuestros socios americanos, lo mío va en serio.

El camarero se acercó a nosotros ofreciéndonos una bandeja de copas de vino:

—California wines —anunció—, vinos de California —tradujo a continuación.

Adri y yo empuñamos nuestras copas.

—No pienso brindar contigo esta noche, tú y yo no queremos lo mismo —le dije—. Tú brindarás con los americanos por el casino.

—Cállate —me chistó él a mí esta vez—. Te prohíbo que digas esa palabra aquí y ahora.

—¿Cuál, casino?

—¡Cállate, en serio!

Nos esforzábamos en no cuchichear demasiado, de manera que pareciera que manteníamos una conversación normal.

—Vas a conocer a mi amante —anunció Adri.

—¿Te vas a casar con él?

—Claro, por supuesto; él se vestirá de Elvis, yo me vestiré de Priscilla. Una boda exprés al estilo Nevada.

—Preséntame, preséntame.

—Por supuesto.

Adri dirigió su atención hacia el grupo que rodeaba el sofá. Uno de los chicos que estaba de pie, con chaqueta y pajarita, nos miró de reojo, momento que aprovechó Adriano para indicarle en un breve gesto que se acercara. Debían estar acostumbrados a comunicarse con señales furtivas. Kenneth llevaba una pajarita negra con motas azules, y unas gafas de pasta que parecían encerrar a cada uno de sus enormes ojos en sendas peceras demasiado pequeñas para ellos.

—Kenneth, permíteme presentarte a una gran artista, y una buena amiga mía, a good friend of mine.

Kenneth y yo nos dimos la mano. Los camareros salieron disparados de nuevo, esta vez con los canapés. El que se acercó a nosotros nos ofreció unos vasitos que contenían un puré granuloso con un apio insertado; lo acepté, pero también le había echado el ojo a otro camarero que merodeaba por la sala con un muestrario de lonchas de jamón serrano. Cogí al vuelo la siguiente copa de vino de California que rotó a mi lado.

—Es una artista y por eso tiene hambre —explicó Adriano a Kenneth.

Yo asentí con una risotada que quiso ser desenvuelta pero me quedó más bien tímida. Kenneth se tomó unos segundos de cortés celebración del chiste y a continuación se inclinó hacia mí, solícito:

—Oh, y ¿a qué te dedicas?

—Trabajo en un teatro —respondí.

Adriano insistió:

—Pero también se dedica al arte de la performance, es muy inquieta, colabora aquí y allí con diferentes artistas, ahora está colaborando con ella, es americana.

Y señaló a Hannah.

Kenneth, muy profesional, escuchó asintiendo a todo lo que decía Adri, y mirando a Hannah dijo:

—Oh, me temo que no la conozco, pero parece una celebridad en la habitación, ¿quién es?

Adri me miró con malicia, mientras yo apuraba mi copa y la dejaba en otra bandeja que pasaba por allí.

—Es Hannah, es de Nueva York, es escultora y performer. Nos conocemos porque es mi vecina.

—Oh, fantástico —replicó Kenneth muy profesional.

Pero advertí cómo empezaba a otear con la mirada en busca de nuevos fichajes en la sala que pudieran aportar algo más.

—Y tú —ahora me tocaba a mí—, ¿a qué te dedicas, Kenneth?

Kenneth se recolocó las gafas empujando con el dedo anular la montura entre las dos lentes:

—Yo trabajo en Vegas Corporation, soy asesor del presidente de la junta. —Sacó de su solapa una tarjeta—. Ésta es mi tarjeta, si vienes a

Las Vegas, por favor avísame. Estaré encantado de ser tu anfitrión.

Adriano recargó la dosis de ironía:

—¡Sería estupendo! ¿Te imaginas que vamos los dos juntos?

Antes muerta, quise responder; pero en lugar de eso terminé de bajar el jamón serrano que estaba masticando y aproveché que se me acercaba otra bandeja de copas de vino para dejar allí la servilleta y coger un nuevo cáliz californiano.

—Brindo por mi próximo viaje con Adri —dije.

Después, seguro, Kenneth le comentaría a Adriano lo ordinaria que era yo, tan ansiosa por devorar la comida gratis que se me acercaba. Decidí recomponerme un poco, y disimular mejor. No había estado entrenando con los tacones para estropearlo todo a la primera que se me acercaba un camarero bien dispuesto.

—Oh, veo que nuestra Trisha conoce a tu vecina —dijo Kenneth; y efectivamente, nuevas adquisiciones participaban en el círculo de Hannah.

Trisha debía de ser la rubia subida a unos muy meritorios tacones con plataforma, esquelética y aferrada a su copa como si fuera un amuleto. Hannah sí parecía interesada esta vez, porque la energía de la conversación aumentaba. «Ahá, ahá», decía Hannah. Kenneth nos arrastró hacia ellas, impulsado por unas ganas evidentes de husmear en qué andaba su compañera.

—Querida Trisha, ¿me harás el honor de presentarme a esta dama tan popular?

Trisha echó la melena hacia atrás, queriendo acentuar el placer de intermediar entre desconocidos, pero un chisporroteo de impaciencia brilló en las uñas, que apretaron el cristal de la copa con más tensión de la que pedía el momento. Debió de pensar «Ya está Kenneth abriéndose paso a codazos para confiscar cada pequeño hallazgo mío», pero decidió corresponder con generosidad:

—Por supuesto, cariño; Hannah, éste es mi compañero Kenneth. No sé si conoces a Adriano.

Hannah miró a Adriano y después a mí. Saludó a unos y a otros, enviándome unos sutiles rayos de ironía que yo sabía leer.

—Permitidme que yo os presente a mi gran colaboradora —dijo

poniendo una mano en mi hombro—, tiene mucho talento y está siendo mi guía en Madrid. Me ha salvado la vida en esta misteriosa ciudad.

—Oh. —Trisha me escaneó de arriba abajo—. Maravilloso.

—Yo adoro Madrid —dijo Kenneth.

—Yo también —se apresuró a añadir Trisha—, lo pasamos muy bien cada vez que venimos. Adriano es nuestro cicerone, también. Nos ha salvado la vida cuando era viernes por la noche y no sabíamos adónde ir. ¡Hay tanta vida nocturna aquí! Todavía no he podido ir al Prado, tengo muchísimas ganas.

—En cambio, hemos ido a Prato —dijo Kenneth, y Trisha asintió, y los dos se troncharon de risa.

Adriano se interesó por esta información.

—¿Cuándo habéis ido a Prato?

—La semana pasada estuvimos en Italia, más bien por el sur, pero pudimos subir un día a Florencia y a Prato. Trabajo, trabajo, sin parar, ésa es nuestra vida últimamente.

Habían aprovechado para lanzarle una pulla a Adri, para que la recogiera y se la comentara a su jefa. A pesar de las muestras de compromiso, Madrid seguía siendo sólo una escala en el periplo europeo en busca de tierra para su macrocasino. «Todavía estamos en ésas —pensó Adri—. Van a jugar hasta el final con varios candidatos.» De paso, además, Kenneth le había dejado caer a Adri que aunque se hubieran dicho ternezas hacía sólo unas horas con las piernas enrolladas entre las sábanas, no consideraba que tuviera que explicarle la marcha de proyectos profesionales que atañían a los dos.

El rostro de Hannah se había amohinado hacía dos frases, y Trisha lo notó. Intervino rápidamente:

—Yo amo el arte contemporáneo; estuve en tu exposición en Los Ángeles hará un año o así, la adoré.

Hannah bebió y asintió.

—Sí, hicieron un gran trabajo, yo estaba en París, sólo asistí a la inauguración. Tengo un gran equipo.

Hostias, pensé, Hannah es muy conocida. Yo que tan aficionada era a buscar en google acerca de si Easter y Pascua eran lo mismo, o

acerca de la historia de la calle del Carmen, o de Mateo Morral, o de todo aquello que se me plantara delante con forma de nombre propio, en lo que respectaba a Hannah me había limitado a buscarla en las redes sociales sin éxito. Una vez le había preguntado si estaba en alguna red con un seudónimo, para que nos conectáramos, y me dijo que no. Por su aire desapegado, la había etiquetado como vagabunda anónima y feliz en su ficción particular. Pero el hecho de que una ejecutiva residente en Las Vegas supiera quién era me obligaba a redimensionar lo que había ocurrido hasta entonces. Tenía a una estrellita del arte alojada en mi edificio; qué ganas de contárselo a tu padre. Adri parecía desconcertado también, él que tan rápido se cegaba por el reconocimiento ajeno. Ahora escuchaba a Hannah con auténtica buena voluntad, y parecía bendecir mi presencia, que le permitía asegurar a sus socios americanos que estaba muy relacionado con el mundo artístico, por si acaso estuvieran interesados. Yo mientras tanto me bebí otra copa y otra, mezclé canapés de queso con brochetita de pollo bañada en tomate confitado, e incluso me alejé de ellos y vagué por la habitación, o eso me pareció. Pregunté a un camarero:

—Disculpe, ¿el baño?

Y él, con reprobación, o eso creí leer desde mi estado borroso, del que tiraba la culpa como un anzuelo que intentaba mantenerme firme, me indicó el final de un pasillo. Caminé por la moqueta y encontré la puerta abierta del baño, afortunadamente vacío. Cuando entré en una de las cabinas, toqué una baldosa de la pared, fría, para buscar un contraste. Pero no pudo ser: se me cerraron los ojos y a continuación me despertó mi propia cabeza, que golpeaba contra la puerta de la cabina. Estaba arrodillada en el suelo. Sudé, mi garganta se abombó y se contrajo. Me aferré al váter y ahí sí que terminé de despertarme, con el tirón definitivo del anzuelo que hizo brotar el chorro morado de vino de California, brocheta de pollo, tomate confitado, apio, y, qué lástima, jamón ibérico de bellota. Renqueando, me alcé del suelo, me lavé la cara, me lavé la nuca, me sequé con una decena de papelitos que escupía un dispensador sobre el lavabo. No había comido tanto, no había bebido tanto, joder, ¿por qué me ponía así?

Preparé muy bien mi retorno al salón, me acerqué al villancico en clave de jazz, caminando despacio, y cuando llegué a la sala, ya ocultos el piano y el sofá de lo abarrotada que estaba, crucé pegada a la pared, mirando al suelo y sin demora. En la puerta, abriéndome paso entre los fumadores, tuve un momento de duda. No me veía con fuerzas para volver en metro, ni mucho menos andando. Pero no tenía dinero. Tampoco podía volver al alegre grupo americano y con mi semblante cadavérico pedir dinero a Adri o a Hannah para coger un taxi. En ese momento sentí que alguien me tocaba el hombro.

—¿Adónde va usted, doña performer? —Adri quería bromear y se imaginaba que había salido a tomar el aire, pero cuando descubrió la tonalidad verdosa de mi cara y los mechones mojados a cada lado, se puso serio—. ¿Qué te ha pasado?

—No sé, me he mareado.

—¿Tan rápido?

—No he bebido tanto, no sé qué me pasa.

—Sal a tomar el aire.

Negué con la cabeza.

—Quiero irme a casa.

Adri se erizó:

—Pero ¿cómo te vas a ir así, sin despedirte? Pasa a despedirte.

Y me agarró del brazo. Me rebelé:

—Que no, que me quiero ir a casa. Diles que tengo una emergencia familiar o algo así.

—Las cosas no son así —razonó Adri—. Estás hablando con personas importantes, y si desapareces de esta manera pierdes una oportunidad. Es que parece que vives en otro planeta.

—Adri, tío —corté el sermón—, de verdad, me encuentro muy mal, ponme a los pies de todos esos señores tan importantes, confío en ti y te lo agradezco. Pero yo necesito irme a mi casa. ¿O es que quieres que me vean con esta cara?

Concedió.

—Vale, vete, hija, qué desastre eres, de verdad, para una vez que nos cruzamos en un evento como éste y te pones a potar como una loca, es que eres de un simbólico que no puedes ni estar en el mundo.

Te acompaño fuera.

Esta vez fueron mis dedos los que se cerraron en torno a su brazo, pellizcando su chaqueta de gentleman.

—Sí, pero, te quería pedir, ¿me puedes prestar dinero para un taxi? No me veo con fuerzas.

Adri meneó la cabeza dándome por imposible, y sacó un billete de veinte euros del interior de su solapa. Los guardias de la puerta nos miraron asombrados, sin comprender muy bien a qué se debía aquella transacción. Adri explicó:

—Acompaño a la señorita a por un taxi, no se encuentra bien.

—Sigo mareada —le dije a Adri—. No entiendo por qué, ya he vomitado.

Frente a la cancela del águila tres taxis aguardaban a algún invitado que, como yo, sintiera ganas de abandonar.

—Bueno, que descanses. A pesar del numerito que estás montando me alegro mucho de haber coincidido contigo, ya comentaremos la pandilla tan buena que se ha formado.

Adri me puso una mano en la espalda.

—Dile al embajador que estaba todo muy rico —le pedí—, y que he dejado unas sobras en el baño.

—Así me gusta —dijo Adri, abriendo la puerta del taxi—, vomitando con orgullo, como una patricia romana.

Entré en el taxi, y antes de cerrar alcé la palma de la mano débilmente. A pesar de mi lamentable estado, de mis ojos entrecerrados y del hilillo de voz con que lo dije, recurrí a otro grafiti pompeyano para despedirme: «¡Salud al que ame, muerte al que no sepa amar!».

20

Extrañada por la intensidad del mareo que me asaltó, permanecí atenta a mis síntomas unos días más. Era cierto que mi cuerpo estaba bañado de morbidez, que me hacía temblorosa y pálida como el flan que se sirvió de postre en la cena de Nochebuena. Estaban los primos, estaban algunos tíos, y como no me había atrevido a exponer la propuesta de reservar un plato al ausente Víctor, a modo de recuerdo, su espacio había vuelto a estrecharse en la mesa, convertido en un hueco escondido entre dos platos de personas vivas. También dudé acerca de si era conveniente brindar por la memoria de alguien, o si eso sólo se hacía por causas luminosas, esperanzadoras; no por algo fatal e incomprensible como era una muerte a nuestro alrededor. Por lo tanto no hubo brindis, y nadie quiso arriesgarse a decir unas palabras que pudieran ser tachadas de inoportunas. Optamos tácitamente por no mencionarlo, y que cada uno lo recordara sin saber si convergía o no con los demás en esa atención.

Yo estuve muy moderada con la comida. En el espejo de casa de mis tíos me observé, y decidí esperar unos días más. Retrasaba el posible desenlace. Pero por fin, cuando ya había contado y recontado cuántas semanas habían transcurrido, y qué tenía que haber sucedido y no sucedía, me decidí a comprar el test de embarazo. La farmacéutica me miró de reojo mientras cobraba, y me pregunté: ¿lo haría siempre? ¿Intentaba averiguar el resultado con un vistazo, como una curandera de pueblo, jugando a competir con los productos que despachaba? ¿O es que algo en mí atraía su curiosidad, más allá del resultado? En casa, leí varias veces las instrucciones. Recomendaban realizarlo a primera hora de la mañana para garantizar una mayor fiabilidad. Decidí que así lo haría. Tu padre llegó a casa.

—Hola. Qué haces. —Y se lo solté así a la cara.

—Pero no puede ser —dijo.

Volví a repasar con él aquello que había sucedido hacía más o menos un mes, desde la noche de Acción de Gracias, y los vahídos repentinos que habían empezado a sorprenderme desde entonces.

—Bueno, no te preocupes, seguro que no es nada, son los nervios, últimamente estás muy inquieta, seguro que es eso.

Los dos dejamos pasar la noche con calma, viendo la tele y cenando con nuestra bandejita sobre las rodillas, pan con alguna lata y una fruta. Vimos *Kill Bill*: cuando Uma Thurman se despierta del coma, y toca sus propios brazos, y luego su barriga, y se pone a sollozar, y clama por su criatura perdida, y dice «¡My baby, my baby!» yo me di cuenta de que no había pensado en lo que vendría después. Simplemente había ido aplazando la prueba, pero limitándome a verlo como el diagnóstico de una situación extraordinaria, una especie de enfermedad, o alergia: te sucede esto, estás en esta lista. No había imaginado qué haría a continuación; tener o no tener. Pensé que, fuera lo que fuera, tendría tiempo para comprender, para tomar perspectiva y analizar la situación, y en consecuencia tomar una decisión. Me sentía tranquila: esto era una cuestión médica. El melodrama estaba al otro lado del cristal, en la pantalla de la televisión, y aunque nos alimentaba y nos consolaba del frío enero era sólo eso, fuego; nosotros vivíamos a este lado y aquí los seres humanos tardan en inventarse vínculos y encontrar sentido a los azares de la vida cotidiana. Yo todavía no me había montado ninguna película. Primero había reclamado una comprobación; y luego ya vendría la estrategia ante ese anuncio imposible de ignorar. Acabó *Kill Bill, volumen 1*; el rostro atormentado de Julie Dreyfus, surcado por arañazos, sobre la almohada del hospital, se clausuró en negro y surgieron los títulos de crédito. Dejamos las bandejas en el fregadero y nos metimos en la cama, escuchando a lo lejos la calle, todavía febril ante la inminente mañana de Reyes. La gente no había terminado de hacer sus compras, de preparar meriendas con roscón y chocolate, desayunos, aperitivos, visitas; de hacer excursiones a la plaza Mayor a lucir pelucas por el centro de Madrid, de llevar a los niños a la cabalgata a atrapar algún caramelo tirado por los aires, qué sé yo. La calle roncaba exhausta, resignada a que los transeúntes cruzaran y la

picotearan sin tregua, como pulguillas condenadas a un ritmo biológico fugaz. Nosotros nos entrelazábamos en la penumbra. Desde el patio no llegaba ningún reflejo porque no había nadie en casa de Hannah. Se había ido a pasar las fiestas a Barcelona, y luego a Ámsterdam, o al revés. Tu padre se mostraba tierno conmigo, un poco asustado: me cogía la mano y frotaba mis pies con los suyos. Me gustaba su manera de mantenerse tan quieto y callado, y a la vez firme.

Muy temprano, a las seis de la mañana, cuando ya no podía esperar más, le dejé bajo la manta, profundamente dormido. Al hacer pis sobre el palito las dos rayas se dibujaron rápido, con el primer contacto. Pensé que no podía ser, porque en las instrucciones decía que tardaba un minuto más o menos. Pensé que alguna de las dos rayitas se borraría en lo que tardara ese minuto. Debe de ser un error. Debe de ser que primero salen todas las rayitas y luego se borran. Los primeros segundos no eran fiables. Pero nada se alteró: cinco minutos después, allí permanecían los dos trazos. Tu padre me encontró, y se lo dije. Sonó a exclamación de asombro.

—Vaya —dijo tu padre.

Yo decidí sacarme a mí misma del estupor.

—Está bien; lo primero que voy a hacer es buscar en google qué es lo primero que hay que hacer.

Me puse en pie; tu padre me detuvo.

—Pero tú —carraspeó—, ¿cómo lo ves?

—Yo no quiero —dije, y me sorprendió la rapidez con la que se desenrolló finalmente una frase que ni yo misma sospechaba escondida en algún rincón de mi cuerpo—. No hay tiempo que perder.

Tu padre siguió reteniéndome.

—Espera, me parece muy bien que lo tengas tan claro. Pero vamos a tranquilizarnos. Mañana es festivo, no lo vas a resolver en las próximas horas.

—Bueno, pues me voy a una clínica privada, ¿cuánto costará?

—A ver, tranquila —insistía tu padre—. ¿Estás segura?

—Creo que sí —me tomé el pulso a mí misma, sorprendida, y la vez aliviada, por mi propia convicción—. ¿Tú cómo lo ves?

Tu padre respiró hondo.

—Yo pienso lo mismo que tú. Creo que no es el momento. Sería una locura. No tenemos dinero, no tenemos casi trabajo, estamos pensando en irnos a otro país.

—Bueno, tú estás pensando en irte a otro país —corregí.

—Lo que sea. Pero, de verdad, vamos a tranquilizarnos. Aunque estemos seguros, esto no es fácil.

Me puse a la defensiva:

—Yo lo tengo clarísimo, y se trata de mí. No hay que darle más vueltas; se hace, y punto.

Mientras buscaba cita con un médico, me obsesioné con la solución. Estaba impaciente. Me molestaba el progreso de las señales; las tetas más grandes, la somnolencia. Acabó la Navidad, por fin, y la calle del Carmen volvió a su nivel de circulación habitual, un poco más calmado. Cierto aire de depresión recorría las calles después de que los paseantes hubieran gastado todo su dinero en las fiestas. Volví a El Teatrito. No podía evitar estar enfadada con la jefa y con Tono porque pertenecían en ese momento a otro orden, el de los autodeterminados y los saludables, los que tienen un cuerpo libre de preocupaciones. Los que sienten que todo en esta vida tiene remedio si se sabe enfocar correctamente desde el principio; los que creen en el afán de superación, el control y el conócete a ti mismo. En cambio yo, sumergida en mi estrecha prisión física, sólo podía aguardar a que llegara el día de la cita con el quirófano y me cortaran los grilletes. Entonces volvería a despreocuparme. Hannah, por su parte, volvió; entusiasmada, como siempre, derrochando historias: la Nochevieja en una barca en Ámsterdam, la fascinación por La Barceloneta. Apuntando nuevos proyectos, llena de frases optimistas para el nuevo año. No sabía si contárselo.

Cuando conseguí cita con mi médico, me explicó que debía volver dos semanas más tarde para postrarme en la camilla y dejarme rodear por unos enfermeros y otro médico. Pregunté cuánto tardaban, qué hacían exactamente. Era sencillo, indoloro, sólo un poco extraño. Lo importante residía en estar relajada y confiar en ellos. Yo dije que sí. Tu padre me esperaba fuera, y me recibió con cara de angustia: ¿qué

iba a pasar? Le conté que volvería en quince días, que todo estaba organizado y preparado y que por fin podríamos liberarnos de esta especie de hoja de contrato invisible que revoloteaba a nuestro alrededor, susurrándonos que podíamos cambiar nuestra vida simplemente dejándonos llevar, tentándonos con la trascendencia. Escriba un nuevo capítulo de su vida. No haga nada y ya verá qué lío, ¿no es eso lo que usted desea? No, así no, respondía yo. Déjame en paz, no me interesa este plan, todavía no. Tu padre me abrazó con delicadeza y yo notaba, desde la mañana del test de embarazo, que se sentía conmovido. No sabía si era ternura hacia la conjura biológica que habían provocado nuestros cuerpos o compasión exclusiva hacia mí por tener que cargar yo sola con la parte de historial médico, agujas, zuecos de goma que caminan prudentemente por la sala y luz halógena enfocándome. Era yo la que se iba a tumbar, era yo la que iba a tener que regular mi respiración minuto a minuto para dejar que el miedo sólo se asomara, y no me recorriera entera.

—Pero ¿en qué consiste la operación? —preguntó tu padre.

—Pues es como una aspiradora pequeñita. Como cuando metes la aspiradora debajo del sofá sin mirar qué hay por allí. Lo mismo. Esto aspira todo lo que hay en el útero y lo deja como si acabara de pasar la señora de la limpieza.

Lo de la aspiradora era lo de menos, medité. Lo que me aflojaba era el tiempo que precedía: la espera, la marcha al hospital, caminar hacia la sala, recostarme en la camilla y ver avanzar hacia mí al equipo de profesionales tan concentrados con sus utensilios. Me dije que en los siguientes días intentaría razonar y convencerme a mí misma de que no había nada que rumiar. Yo era fuerte, y muy lista; podía con esto.

21

El plazo de las dos semanas transcurría lentamente. Yo seguía intentando razonar con mi desasosiego. Iba y venía de El Teatrito dándome ánimos, o regañándome a mí misma, según la hora del día. Una llamada de Adriano consiguió, inesperadamente, distraerme de mi empeño por resistir.

—¿Cómo estás?

—Bueno, aquí estoy.

Adri no sabía nada.

—Hija, enero, que es una pesadilla absoluta —resumió Adri por los dos.

Adri me quería contar acerca de un complot, así lo llamó, en el que yo podía tomar parte. De hecho mi nombre había sonado, lo había pronunciado la mismísima Trisha.

—Sólo te llamo para saber si te interesa participar, y para avisarte de que le he dado a Trisha tu número. Lo que pasa es que ellos están ahora en Macao, creo, con lo cual no sé cuándo te llamará, o si más bien te escribirá un email explicándotelo todo.

—Pero ¿qué es?

—Pues verás, se está preparando una fiesta para celebrar el acuerdo de Eurovegas. Una especie de presentación del proyecto en plan espectacular, mitad conferencia mitad gala, ¿me sigues? La gala la va a dirigir un coreógrafo muy famoso, ahora no me sale el nombre, pero habrá danza, circo, magia, no sé, una pasada. He visto el dossier y es una pasada. Total, que el coreógrafo este busca una ayudante de dirección, y Trisha y yo le hemos hablado de ti. Le hemos dicho que eres supercurranta, y que lo tuyo es estar al pie del cañón. Así que Trisha te llamará. ¿Cómo lo ves?

—¿Pagan? —pregunté.

—Sí, sí, pagan muy bien, no sé cuánto exactamente, Trisha te lo

dice. Sólo para que estés preparada, te llamaba sólo para eso.

—Vale.

—Pero —se aventuró Adriano— ¿te parece bien?

—Sí, sí, tengo que ver cuándo será todo, pero en principio me parece bien. Te lo agradezco.

—Y creo que Hannah también va a participar —añadió—. Me parece que va a hacer una aparición estelar, en plan diosa griega.

Adri estaba excitado de verdad. Le hacía ilusión que las piezas que él había ido reuniendo, según su punto de vista, encajaran gracias a felices encuentros fortuitos. Aquella tarde en la embajada, aquella amistad mantenida conmigo a través de los años a pesar de nuestras diferencias. Ahora podía desencadenar él solito un evento que congregara a los americanos y a sus exóticas amigas teatreras, y dejar definitivamente prendada a la jefa. De acuerdo, en realidad no había hecho nada él solito; pero se sentía el centro de todo, el punto de intersección entre todos los implicados. Sus descripciones de la pandilla americana, similares a las que proporcionaría un espía, habían deleitado a la Presidenta. Salvo por lo de los comentarios sobre Italia.

—Parece ser que han estado viajando por el país —dejaba caer a la Presidenta con un aire de gravedad.

—¿Y Barcelona?

—No me han dicho nada de Barcelona, intentaré sonsacarles algo.

Así, Adri experimentaba una emoción nueva, la de ser necesario en el trabajo, o por lo menos percibirse como tal. Y además regalando oportunidades a amigas que lo estaban pasando mal, como yo. Así lo hubiera explicado él. Adri colgó el teléfono después de despedirse.

—Adiós, amor, oye, que me hace mucha ilusión estar en esto contigo, venga, un beso fuerte.

Se lo conté a tu padre, y afirmó varias veces con la cabeza.

—Está muy bien, seguro que no pagan mal. Oye, ¿y necesitarán a alguien de producción?

—Yo se lo pregunto. Puede que sí; por lo que se ve están armando el equipo. Luego llamo a Adri y se lo digo. De momento quiero hablar con Hannah, a ver qué es eso de que ella también participa, ¿nos

estamos volviendo locos? Ya decía yo que se había entendido muy bien con la Trisha esa, en la fiesta.

—Aquí cada uno toma lo que se le ofrece —razonó tu padre—. Aunque sea por curiosidad.

Hannah nos abrió la puerta. Tenía el portátil encendido y varios cuadernos sobre la mesa. En la pantalla se descolgaba una ristra de imágenes que, se adivinaba a simple vista, retrataban su paso por Barcelona: los picudos remates de la Sagrada Familia, un mar de fondo, Hannah posando con un paquistaní que llevaba un manojo de cervezas. Sobre todo se leía a distancia la cara de absoluto placer de la viajera.

—Pasen, lindos. Estoy pensando qué hacer con todo el material de Barcelona.

—Acaba de llamarme Adriano con una propuesta un poco confusa —abordé enseguida—. ¿Tú sabes algo?

—¡Oh! Sí, la presentación. Todavía no sé qué voy a hacer exactamente. No sé si estoy convencida. Quiero reunirme con ese coreógrafo, no sé quién es, ¿tú lo conoces?

Me encogí de hombros.

—Me han pedido que sea ayudante de dirección.

Hannah se recostó en la silla con una sonrisa irónica.

—Esto nos pasa por jugar a espías. Estamos colaborando con Eurovegas. ¡Qué asco! On the other hand, siempre quise trabajar en Las Vegas, que es pesadilla absoluta. Como artista es lugar inspirador. En América nunca entraba en contacto con gente así, imposible; en cambio aquí fue solo. Creo que voy a documentar todo lo que pasa y luego haré una pieza sobre eso. Me gusta esta etapa clandestina que vivo.

—Entonces ¿vamos a hacerlo? —pregunté lánguidamente.

Me di cuenta de que sonaba infantil, poniéndome en manos de Hannah. Pero estaba cansada, y un poco triste. Me apetecía abandonarme y maldecir el transcurso de las cosas, sin más. Quizá, atisbaba en mi nebulosa visión de todo este asunto de la presentación de Eurovegas, éste era un primer paso en la colaboración con el equipo americano. Al igual que Adri, empecé a imaginar que la buena

experiencia podía crecer hasta convertirse en confianza para los americanos. Quizá me propusieran, dentro de un año y medio, un trabajo en Macao, o en Singapur, o en Las Vegas. Yo iría. Las teorías de tu padre acerca de México nunca me habían terminado de convencer. No descartaba México, claro, pero tampoco me entusiasmaba. Desde luego, si yo anhelaba paz y seguridad, juntarme con la gente de Eurovegas tampoco era una buena estrategia. Pero los periódicos y la tele habían conseguido ametrallarnos con titulares relativos a México y habíamos empapelado ese nombre con imágenes: cuerpos descabezados, manos atadas, políticos silenciosos. Mucho mejor aspirar a Las Vegas, donde seguro que Trisha tenía un apartamento, y Kenneth otro, y los supermercados y los coches rellenaban todos los huecos; tampoco queríamos lujo, por dios, pero sí una sensación de agilidad, que aquí faltaba.

—Y tú, ¿también vas a trabajar con nosotras? —preguntó Hannah a tu padre.

—Quién sabe. No me importaría nada, necesito trabajo.

— Vamos a intentar —afirmó Hannah, queriendo transmitir seguridad—, vamos a intentar que esto es bueno para todos.

—Lo primero —intercedí —, hay que conocer a este tipo. Tampoco me fío mucho de Adriano, ni de la Trisha esa. Puede que sean cosas que se dicen para complacer, puede que Trisha le haya tirado una chuletita a Adri, en plan «Voy a darle curro a tus amigos», y Adri, que se cree un tiburón de la política pero todavía es un inocente, se ha emocionado. Ya veremos.

—Oh, no —replicó Hannah—; a mí me contactó el coreógrafo, y Trisha. Quieren hacerlo.

—Vale —concluí—, a lo mejor quieren que tú estés, porque eres una artista cotizada y les conviene. Pero lo mío es otra cosa. Ya veremos si me llaman.

Tuve que acabar la conversación; esa tarde me tocaba cubrir una función en El Teatrito. El espectáculo se llamaba *La caricia de Dios* y era un monólogo. En escena estaba un actor haciendo de Roméo Dallaire, el militar que estaba al mando de la misión de la ONU en Ruanda en 1994. Nadie le hacía ni caso y el hombre fue descubriendo

que no sólo le quitaban soldados y le impedían intervenir en las matanzas de hutus a tutsis, sino que las armas que llegaban para los hutus eran de remitente europeo. El actor que hacía de Roméo Dallaire estaba rodeado de un suelo sembrado de bultos que recordaban a cráneos. La acción se situaba en el año 2000, el año en que encontraron al general Dallaire vagando por un parque de su ciudad, con la cabeza ida.

La función había comenzado bien; todo el mundo había pagado y recibido su cambio, la caja de la taquilla guardada y bien cerrada. Las treinta y cinco personas que habían venido estaban sentadas en su sitio y de momento parecía que a todo el mundo le estaba gustando. Había un silencio atento. Sentada en la grada, me entristecí ante las palabras del actor; me pareció terrible que las personas viajáramos de un lado a otro, llenos de aspiraciones y convencidos de que en otros lugares del mundo la gente se comportaría mejor. Roméo Dallaire fue de Montreal a Ruanda, de Ruanda a Montreal, y luego estuvo declarando en sucesivos tribunales hasta que lo creyeron y su denuncia se incorporó a las versiones oficiales del asunto. Me lo imaginaba subiendo y bajando de aviones, muy concentrado, con un mapa en la mano. Eso era lo que nos pasaba a Adri, a tu padre y a mí. México, Estados Unidos, Asia. Todavía creíamos que nuestra suerte podía cambiar si nos desplazábamos. Pero precisamente los que teníamos fe en la determinación geográfica estábamos condenados a padecer. Aunque no nos moviéramos del sitio en toda nuestra vida, el hecho de soñar con un nuevo cielo sería nuestro azote favorito. En cambio, las personas que no le daban ninguna importancia, Hannah, Trisha, Kenneth, habían conquistado el territorio. Sin compromiso, sin amor a la geografía, el éxito estaba garantizado, o por lo menos la falta de sufrimiento. En ese orden de cosas, ¿por qué desear huir de Madrid a Las Vegas, si a su debido tiempo Madrid iba a convertirse en Las Vegas? Los contactos ya se estaban forjando; quizá había un rol preparado para mí en esta operación. Quizá yo también tendría un apartamento, en mi próxima etapa como directora artística adjunta de Eurovegas. Una tarjetita en mi bolsillo, con mi nombre. Naturalidad al deambular por la embajada de Estados Unidos. Conocer a todo el

mundo. Despreocuparse del dinero que entra en la cuenta.

El actor que encarnaba a Roméo Dallaire pisó uno de los cráneos en el escenario; estaba recreando uno de los controles en los que los hutus pedían el carné de tutsi a los tutsi, y cuando lo comprobaban, tres machetazos certeros y la silueta se deshacía en jirones. Me sentí desbordada de información, entre unos y otros. Las promesas de llamadas con ofertas laborales, la tensión mía por estar supervisando la función aquella tarde en El Teatrito, mi sorprendente buena disposición para cooperar con los saqueadores del bien común: una ciudad, un suelo, la identidad de esa ciudad y ese suelo. Y, frente a mí, en la sala, el espectro del general canadiense, arruinado por haber pretendido intervenir en el curso de una catástrofe. Era consciente de que además de todo esto seguramente lo que me removía era la explosiva combinación de hormonas y de células que en ese mismo instante correteaban muy ocupadas en mi interior. Pero, incluso sabiendo eso, ¿qué hacer? Yo también tenía ganas de hacer algo bello, bueno, útil. Hacía años, Aristóteles y Platón nos habían cautivado, a Adri y a mí, con sus palabras cristalinas, que por aquel entonces tomamos en serio. Parecía que el líquido que manaba de la clase de filosofía nos serviría para llevarlo en una cantimplora y sobrevivir en el viaje. Y sirvió, sirvió mientras éramos estudiantes, cuando era fácil posicionarse, hojeando el periódico en la cafetería de la facultad y diciendo «Son todos unos cabrones». Pero luego empezamos a buscar trabajo y más tarde a trabajar y el líquido de la cantimplora se reveló inadecuado: las palabras y reflexiones que provocaba eran pesadas, más lentas, no ayudaban en el viaje. Nos ensuciaban, se indigestaban y había que tratarlas con paciencia; nunca te hacían más astuto ni mejor estratega, que era lo único que el mundo nos estaba pidiendo.

El último haz de luz en el escenario se desvaneció. Los aplausos arrancaron, entusiastas. El actor permaneció de pie, agradeciendo, visiblemente afectado por el recorrido que acababa de hacer. Al acabar el aplauso, me dirigí al vestíbulo, para abrir la puerta de la calle, y me coloqué detrás de la barra. La gente comentaba: «Qué movida, Qué fuerte, Pero ¿este personaje existió de verdad?». Cogían sus latas de Coca-Cola o los botellines de cerveza y me daban las

monedas. Tenía preparada la bandeja de sándwiches de rúcula y jamón que solía dar buen resultado cuando el público se animaba a quedarse un rato. El actor de la compañía y el técnico salieron. Alguna gente se arremolinó para felicitarlos. Una hora y media después, el vestíbulo se había vaciado por fin; el actor y el técnico estaban cenando en una pizzería cercana y yo había terminado de barrer. Provista con una vara, bajé el cierre hermético de la entrada, preguntándome: ¿podía yo hacer algo bello, bueno, y útil?

22

—La idea es inspirarnos en la antigua Roma, ¿me sigues? —se entusiasmaba el coreógrafo.

Estábamos reunidos en su oficina, bajo un póster en el que aparecía él lanzando un puñado de tierra por los aires, con el torso desnudo, y el título del espectáculo: *Tierrah, Un viaje a los orígenes.*

—Visualizo —prosiguió— un festín romano, el imaginario clásico que tenemos de las películas de Hollywood, años cincuenta: acróbatas, bailarinas, pétalos, músicos de cuerda. Bíblico, por qué no. Pero nada de personas vestidas de centuriones, que de eso ya han visto mucho en Las Vegas. Sólo fastuosidad. Ahora mismo estoy lleno de ideas: me imagino a Salomé bajando los escalones, dispuesta a desnudarse por venganza; a Nerón tocando el arpa, o dos gladiadores luchando cuerpo a cuerpo. Creo que va a ser genial.

Yo asentía prudentemente a todo lo que él me decía. Que tuviera oficina propia ya me había impresionado. Es cierto que los carteles no me invitaban a la adhesión. Pero él parecía todo lo sincero que podía ser sobre sus aspiraciones, y eso podía bastar. Lo que terminó de convencerme fue la conversación con su responsable de producción, una señora con las gafas instaladas en la punta de la nariz, que, cigarrillo en mano, me resumió los detalles prácticos: cuánto tardaríamos en hacer todo aquello, cómo cobraría yo, qué se esperaba de mí.

—Es mi salvavidas —dijo el coreógrafo achuchándola—, es una gruñona pero sin ella no existiría la compañía.

—Por supuesto —replicó la otra inmutable.

Cuando les pregunté por Hannah, él se deshizo en arrobamiento.

—Es cierto, que tú has trabajado con ella —recordó—. Estoy encantado de contar con su colaboración. A mí me gusta mucho la performance.

El coreógrafo «visualizaba» a Hannah vestida con una túnica, con unas tablas en la mano, arrojando ramas a un altar y dejándose poseer por el humo. Sería la Sibila. Cuando ella entrara en escena, todo se detendría. Sabríamos que estábamos ante una presencia sagrada. Quizá, eso todavía no lo había decidido el autor, ella representase algún mal sueño para un emperador; o al revés, ella sería la que anunciaría que Roma era inmortal. Algo así.

—Para esta imagen me inspiro en la performance que hizo Hannah en Nueva York, la de las cariátides, ¿la conoces? Búscala en google; colocó imágenes en formato grande de ella con túnica y una corona de laurel, y las puso entre las cariátides de un edificio que hay en Nueva York, que imita un templo. Se la veía como a una diosa multiplicada. Luego, al pie de las columnas, hizo lo de las esculturas de chicle; la gente iba masticando el chicle y ella lo recogía y lo pegaba en su cuerpo. Es una loca, adoro su trabajo. Su aparición en nuestro espectáculo va a ser más teatral, todo más medido y controlado. Se lo he propuesto como una aparición especial. No es momento para performance, obviamente. Hannah lo entiende perfectamente. La verdad es que me ha parecido encantadora. Pensé que sería más diva.

Salí de allí con la semana organizada. Teníamos que ensayar con la que hacía de Salomé, con los que hacían de esclavos en el Coliseo, con Cleopatra y con la que hacía de serpiente que mordía a Cleopatra. En los próximos días me coordinaría con la diseñadora de vestuario y con el jefe técnico; siempre informando de cada paso a la señora de las gafas y el cigarrillo. Fui a explicarle a mi jefa: le conté que me habían ofrecido una buena oportunidad para ganarme novecientos euros y que sólo duraría un mes; podía ir a El Teatrito por las mañanas pero tenía que eximirme de cubrir funciones entre semana. A cambio, me comprometía a hacerme cargo de los sábados y domingos. Cuando la jefa supo cuál era ese proyecto tan alimenticio, carraspeó:

—Hostias, no me jodas, vas a entretener a la mafia.

—Efectivamente —me resigné.

—En fin, hija, yo no te puedo pedir que no lo hagas, con lo que cobras aquí. Pero no me dejes colgada con los fines de semana. Bastante tenemos con lo que tenemos.

Me esforcé en transmitirle a mi jefa:

—Está todo controlado, faltaría más. Esos yanquis no van a poder conmigo.

Bajo la superficie, sin embargo, latía la impaciencia ante la cita con el quirófano, que se acercaba, y que me hacía dudar de si soportaría más ensayos o más reuniones. Tenía que fingir que me importaba muchísimo el trabajo de los demás; estar a la altura del producto que estaba vendiendo: yo misma. Yo era muy disciplinada, una tía muy seria, una parte indispensable del equipo. Sólo tenía que arreglar un desajuste en el motor y enseguida estaría lista para entregarme por entero al proyecto. El primer día de ensayo con el coreógrafo estuve muy solícita. Con el mando a distancia en la mano, iba apagando o encendiendo la música a petición. El coreógrafo se tiraba por el suelo, pidiéndole a la chica que hacía de áspid que lo imitara. La chica que hacía de Cleopatra, en cambio, tenía que elevarse, también según las indicaciones del coreógrafo.

—Abre el pecho, mira hacia arriba, es el día de tu muerte. —En el suelo había un almohadón que representaba el cuerpo inerte de Marco Antonio—. Todavía no grabes con la cámara —me pedía a mí—; esto es sólo una primera aproximación.

En el descanso, mientras yo fingía que atendía a mensajes importantes en el móvil, me sorprendió escuchar que Hannah entraba en la sala.

—La Sibila nos honra —exclamó el coreógrafo.

Me divirtió comprobar cómo Hannah, a pesar de su desprecio por todo aquello, necesitaba aparecer, y destacar. No podía resistir la ocasión de distinguirse ante los demás. Hannah dio sonoros besos a todo el mundo y a mí me apretó los mofletes con un gesto maternal:

—¿Qué le pasa a la asistente? ¿Trabaja mucho?

Una negación por mi parte, demasiado brusca, hizo que me sonrojara. Lo último que quería era destacarme ante el equipo que acababa de conocer y que gracias a ella ya me habría clasificado como criaturita vergonzosa que se enfrenta a su primera experiencia teatral de lo que para ellos eran altos vuelos. Esquivé la curiosidad general como pude, volviendo a mi libreta de apuntes y repasando las notas

que había tomado, como una ayudante de dirección que está demasiado ocupada para entretenerse con los devaneos de la Sibila.

—Bueno —concedió Hannah—, no quiero molestar, dejo trabajar.

Pero me pidió que la acompañara a la puerta, sólo un momento. Una vez a salvo de las miradas de Cleopatra, la serpiente y su corifeo, Hannah me agarró del hombro.

—¿Estás bien?

—Sí, sí —asentí, queriendo zafarme del privilegio de su atención, que hoy precisamente no me venía bien.

Sin embargo, y quizá por lo poco acostumbrada que estaba a que ella se concentrara en mí, me desarmó y a la tercera invitación acabé confesándolo todo.

—Estoy embarazada.

—Oh my God —replicó.

Le conté que, aunque sabía que era una tontería, cada día que pasaba y me acercaba a la sala de operaciones me acongojaba un poco más. Estaba nerviosa, así lo dije. Pensé que me recomendaría tomar esta u otra infusión para relajarme, pero no fue así.

—¿Por qué no tomas la píldora? —me dijo—. Mi amiga la fotógrafa, ¿recuerdas la noche de Pompeii? Ella abortó, hizo con píldora RU, un día. Era clínica privada: ella toma la píldora y durante días ella sale sangre. No dolía.

—Ya, pero cuesta mucho dinero —argumenté.

—Creo que cuatrocientos euros —dijo Hannah.

—¡Cuatrocientos! —me desencajé—. Imposible. Joder, para un mes en que iba a ir un poco más suelta, gracias a este trabajo. Quiero guardar estos novecientos euros, me hace ilusión.

Además, añadí, qué tontería salir huyendo del quirófano, que sería rápido y costeado por la Seguridad Social, sólo a causa del miedo.

—El miedo puede ser buena razón —argumentó Hannah—. Estos días tienes que trabajar mucho y es complicado que no estás tranquila mientras haces dos cosas a la vez.

Yo intentaba quitarle importancia. Hannah ofreció su ayuda:

—Déjame pagar la píldora.

Me escandalicé. Hannah me dijo que no me había pagado por mi

labor en la performance de las figuras pompeyanas y que esto podía considerarse una compensación, extraña pero oportuna. Quise zanjar la conversación:

—No te preocupes, Hannah, de verdad. Estoy bien.

Ella se encogió de hombros, envuelta en la lana despeinada de su abrigo.

—Tú piensas sobre eso.

Retorné al ensayo, muy convencida de mi capacidad para afrontar dos trabajos y una intervención quirúrgica en la misma semana. Sin embargo, a medida que transcurría la tarde, mi ánimo se debilitaba. La que hacía de Cleopatra y la que hacía de serpiente repetían una y otra vez su entrada en escena, y el coreógrafo se desgañitaba: «Sólo pido que os escuchéis la una a la otra, no me parece tan difícil». Yo pulsaba el mando a distancia y anotaba, intentando no precipitarme hacia lo que consideraba todavía una primera impresión. Intentaba eludir la palabra, ese adjetivo: hortera, que me hacía cosquillas en los oídos, tentándome. Pero no podía arrojarme a sus brazos; tenía que resistir y prestarme a cada minuto del coreógrafo como si de verdad me importara aquel resultado. Al acabar, cuando el coreógrafo aplaudía y proclamaba «Buen trabajo, chicas», yo sujeté mi cara y asentí, tan discreta como había sido hasta entonces. Recogí, me despedí mecánicamente, rumbo a casa. Quería desprenderme del cerebro, que me estorbaba. No me servía para trabajar y menos para convencerme de que lo de mi inconveniente médico era sólo cuestión de días: estaba convirtiendo cada uno en obsesión insoportable. Quería cerrar los ojos y reaparecer un mes después, cuando ya se hubiera solucionado todo. Y me parecía tan inesperado este pánico que no me apetecía ni compartirlo con tu padre, ni hacer caso a Hannah. Yo era una tía fuerte y lista. Pero ¿cómo consolarme? No quería hablar de esto con nadie.

Cruzando la Puerta del Sol, entre los patinadores y los vendedores de globos, deseé no encontrarme con nadie, no conversar. Por otro lado, yo sola no iba a desahogarme, me estaba decepcionando demasiado a mí misma. Subí los escalones despacio para que Hannah no me sintiera desde su trono hecho de arte contemporáneo, y entré

en casa. Afortunadamente, tu padre no estaba. No quise disolver la oscuridad y me senté en el sofá.

En la ventana del patio, un reflejo de luz parpadeó. Era Hannah entrando en su casa; si yo hubiera llegado un minuto más tarde nos habríamos encontrado en el portal. El lejano rayo azul que salió de su ventana rebotó en la estancia y acertó en una superficie, blanca y cuadrada, que ofrecía resistencia desde la mesita: una hoja de papel doblada. Lo cogí y lo desplegué. «Detenido en Gerona por intentar introducir propaganda subversiva.» Era la noticia de la detención de mi tío, que en los últimos años de su juventud había elegido darse de cabezazos contra los obstáculos. No así su sobrina, tan empeñada en la supervivencia moderada. Quizá el hecho de que este documento hubiera aparecido después de su muerte —y fui yo quien lo encontró, buscando; algo que jamás se me había ocurrido antes, investigar a un tío, a una tía, a un primo— era una señal. Un testamento dictado desde el otro lado de la pared: Se puede abandonar el mundo en silencio, pero antes, mucho antes, no temáis derrochar. Tenéis insensatez de sobra, no vais a perderla por sacarla a pasear de vez en cuando.

Cómo me gustaría filtrar alguna conclusión de aquella muerte fulminante. Debería ser obligatorio que cada muerto nos dejara un aviso. Entiendo perfectamente por qué los romanos se aferraban a esos ausentes y les exigían alguna pista. De hecho, pensé, en realidad no sólo los romanos, convertidos a su vez en una lejana familia ancestral, aparecidos al otro lado de la pared, en los mosaicos de las exposiciones que visitábamos. No sólo ellos se habían entregado a la búsqueda de señales. A mi alrededor todo el mundo invocaba y se montaba rituales a su medida; todos intentaban iniciar una conversación con fantasmas: Hannah con los pompeyanos aterrados, el coreógrafo con Cleopatra y la serpiente, Roméo Dallaire y algunos cráneos tutsis en El Teatrito. ¿Y yo qué? Recordé el cuento que me había contado tu padre: cómo coger una barca y adentrarse en un lago para pedir audiencia con alguien de la otra orilla. Si hasta tu padre se había atrevido a llamar a Víctor. Yo también quería intentarlo. Pero dudaba, claro, a oscuras en la casa. Ojalá creyera en la posibilidad de

invocarlo y consultarle acerca del presente. ¿Sabes algo más allá de todo esto, y por lo tanto tienes algún consejo que darme? Seguro que puedo mejorar mi estrategia; estoy cometiendo algún error y tú que lo ves con claridad puedes alertarme. Creer en ello habría sido tranquilizador, por lo menos. A pesar de todo, estaba cómoda así, concentrada frente al papel impreso que daba cuenta del número de matrícula de su coche Morris. «El detenido —continuaba el breve artículo— ha sido puesto a disposición de la autoridad competente.» Un cubículo donde, deduzco, le patearon las costillas, le estamparon la cabeza contra el muro, mientras afuera las montañas de los Pirineos se esponjaban bajo el cielo de las últimas mañanas de septiembre. Ése había sido también mi tío, no sólo el charquito de cera deshaciéndose en la cama de hospital, también ése de veintisiete años que rehuía la mirada a un guardia civil hastiado y asqueado de los héroes de ciudad. También un señor amoroso que me regalaba cedés y libros en las cenas navideñas; ellos, mi tío, mis tíos, encadenados como una corona de querubines que me susurraran secretos inaudibles al oído. Y, así, alentada por estas pequeñas presencias inventadas y por lo tanto innegables, me atreví a formular una pregunta, sorprendente para mí porque no tenía nada que ver con lo que me entretenía en aquellos días, los americanos, los test de embarazo, los casinos. Venía de mucho antes. Sólo una pregunta, muda, que se descolgó por mis ojos. ¿Te ha importado cómo hemos afrontado tu muerte? Detrás cayeron otras. ¿Has echado de menos algo, una palabra, una revelación por tu parte, una emoción concreta en todos aquellos que nos reuníamos para despedirte? Ahora mismo, ¿te importa algo si te recordamos o no? Sé que es sólo una pregunta que se ramifica en otras preguntas más estrechas. Pero dime.

La hoja de papel permanecía como siempre, explicando la reciente detención de mi tío pero también anunciando la venta de pisos de lujo, «Inmejorable situación en zona Generalísimo», o la celebración del Primer Congreso Frutícola Nacional. Ni un ruido en la casa. Ni un estremecimiento.

Entonces pensé que a lo mejor ésa era la señal: la quietud. Víctor había rechazado conversaciones, antes y durante el hospital. Quizá,

aunque me costara encajarlo, porque no tenía referentes literarios que avalaran esa actitud, él había escogido de buena gana esa vía: el mutismo. El desamparo. Por qué buscarlo, si se había escapado calladamente, sin pedir nada, sólo silencio: «Cómo habláis», decía, con los ojos cerrados, en la cama del hospital.

Probé a exclamar en voz alta:

—Víctor, ¿estás contento de haberte marchado en silencio?

La casa se inyectó de un silencio nuevo, que ascendió hasta el techo y se disparó en todas direcciones. Desde luego era una respuesta: Sí, quería ese silencio.

—Pero —insistí— ¿cómo pudiste atravesar un pasillo tan terrorífico sin pedir ayuda?

La hoja de papel insistía en la venta de pisos de lujo tanto como en su detención.

—¿Te molesta que te hable?

El motor de la nevera reanudó su marcha, y se me aceleró el pulso. Me latían las sienes. No sabía qué quería decir aquello; ¿había tenido algo que ver con mi pregunta?

—¿Te molesta que hable de ti?

Era difícil intentar dialogar con Víctor, estuviera o no a mi alrededor, puesto que nunca habíamos conversado mucho en vida. Me daba cuenta de que los tíos nunca han estado para conversar; al contrario que los padres, cuyo enfrentamiento es inevitable. Los tíos estaban ahí cuando nacimos, y sostenían el mundo, apareciendo cíclicamente en el calendario y ofreciendo amor incondicional. Se podían poner más o menos serios cuando hubiera malas noticias, asignaturas falladas, alguna trifulca, pero la cosa no iba con ellos, no eran el centro del conflicto. Así, mi relación con Víctor no había pasado de los regalos, del beso en la cabeza, de escuchar un perenne «tesorín», «linda», de su boca, unas postales más o menos bromistas durante las vacaciones. Ahora, desde la gravedad del contraste entre vivos y muertos, me resultaba imposible violentarlo, inquietarlo; ésa no era mi tarea. Pero por eso mismo me costaba tanto aceptar su disolución, ¿qué debe suceder cuando uno de los pilares del mundo arde, y se convierte en ceniza? El mundo, inevitablemente, cojea.

¿Cómo se repara esa pata perdida? El latido de mis sienes podía identificarse como el tambaleo intermitente de una mesa que intenta ganar equilibrio pero no lo consigue, y retumba. ¿Es eso lo que retumba? La muerte me había desconcertado. No era más que eso. A ver si empezaba a entenderlo. A partir de ahora habría en mi paso una leve cojera, se me notaría. Es eso que de pequeña leía en el semblante de los adultos: una pátina de tristeza, una gravedad. Simplemente era que la muerte los había rozado, al pasar cerca. Y el roce había dejado una mancha de negrura que no se podía quitar. O ni se intentaba, porque sería como arrancar la costra, y volver a exponer la herida. Y tampoco estamos para montar numeritos, cada día, con la cantidad de gente que desaparece aquí y allí, ése es el mantra: No somos los únicos. No somos los únicos.

Cuando escuché la llave de tu padre en la cerradura, yo ya estaba sentada en el sofá, viendo *Poder absoluto*, con la cena en una bandeja: lata de sardinas, pan, un tomate y yogur. Clint Eastwood, el ladrón de joyas, estaba descubriendo en ese momento que Gene Hackman, el presidente de Estados Unidos, había cometido un crimen. Tu padre me besó antes de quitarse el abrigo. Entre nosotros había dos subespecies de beso: el beso duro y el beso blando. El beso duro tenía los labios más rígidos, y funcionaba como un sello administrativo; se estampaba para garantizar que seguíamos de acuerdo. Pero a la vez era cortante; expulsaba al otro. Era un cabezazo cariñoso que empujaba para retornar a la distancia física habitual, un metro por lo menos entre cada uno. El beso blando era, como su propio nombre indica, un recibimiento muy diferente, mullido y curioso. Quería que el otro se quedara allí, que no se moviera ni un centímetro. Era un abrazo a la cara del otro. Pues bien, en los últimos días tu padre sólo me daba besos blandos.

—¿Cómo estás? —Me miraba, bien cerca—. Hueles a sardina.

—Y tú estás helado.

—¿Hacemos helado de sardina?

—Calla, que estoy viendo *Poder absoluto* y es una movida impresionante.

En la tele, los guardaespaldas del presidente Gene Hackman

pasaban la aspiradora por la moqueta de la habitación, asegurándose de borrar todas las pruebas que pudieran incriminarlo. Clint Eastwood, ladrón de joyas, seguía escondido. Los guardaespaldas no se daban cuenta pero se les escurría la prueba definitiva, detrás del sofá, y sólo Clint se fijaba: el abrecartas ensangrentado.

—Hoy se lo he contado a Hannah —le dije a tu padre—. Se ha ofrecido a pagarme la píldora abortiva.

—¿Y todavía estás a tiempo de tomarla?

—Sí.

Tu padre estaba tan ansioso por aferrarse a una solución que ni había reparado en el hecho de que Hannah estaba dispuesta a pagar cuatrocientos euros.

—He tenido dudas —continué—, pero Hannah me ha dicho que lo tome como pago por lo de Pompeya. La verdad es que el quirófano me da mucho miedo —por fin lo dije—, así que he hecho igual que tú en el cuento que me contaste, el del lago. Se lo he consultado a mi tío Víctor.

—¿Cómo se lo has consultado? —Se sentó en el brazo del sofá, dispuesto a seguirme la corriente.

—Se lo he preguntado a una hoja de papel. No me ha contestado, pero yo he interpretado su silencio; me recomienda evitar el quirófano siempre que pueda. Y he decidido que sí, que voy a tomarme la píldora, y que la pague Hannah.

Tu padre, que seguía con el abrigo puesto me abrazó mansamente, y me arrastró hasta que acabamos tumbados.

—¿Y lo de la píldora cómo es?

—Pues te la tomas y sangras durante muchos días. Se supone que duele, pero a una conocida de Hannah no le dolió nada. Yo lo prefiero.

—Pues entonces está claro. Hacemos eso —dijo tu padre.

—Además estoy en un momento de mucho trabajo, y tensión, y para qué complicarme más la vida, me tomo la píldora y voy haciendo mi vida, yo lo prefiero —repetí.

—Claro —insistía tu padre.

Aun así, cogió el móvil y se puso a investigar en google qué era

aquello de la píldora, la RU-486, que sonaba a cápsula de cianuro escondida en la boca de un nazi. Imagino que se tuvo que tranquilizar a sí mismo para desoír aquellos datos que explicaban que siete de cada cien mil mujeres habían muerto en los días posteriores a su ingesta, o la descripción del sangrado.

—No te preocupes —le dije yo—, en la clínica nos van a dar toda la información; y si pasa algo raro nos vamos a urgencias corriendo.

Clint Eastwood lograba escapar. Corría por un bosque oscuro, con las joyas en un bolsillo y el abrecartas en el otro.

23

Tomé el vaso de agua, tomé la cápsula pintada de verde que me ofrecían. «Dentro de un rato, sentirás como empieza a bajar todo.» Desde la clínica fui directa a la sala de ensayos. Antes de colocarme en mi puesto fui al baño, para cerciorarme de que todavía no había comenzado, o al menos no había salido al exterior. La compresa permanecía blanca, con sus dibujos azules y sus redecillas superpuestas que querían convencer de un toque tecnológico, de que aquello no era sólo un harapo que recoge la sangre, sino un diseño inteligente adaptado a cualquier climatología. Volví a la sala y me reuní con el grupo. La escena se titulaba «Los cristianos en el Coliseo», y estaba inspirada en una de las películas más idolatradas de la infancia del coreógrafo, *Quo Vadis*, de un technicolor que parecía porcelana pintada, según sus palabras. Seis bailarines interpretaban a los cristianos, y ya estaban preparando la postura que les caracterizaría.

—Así, así —decía el coreógrafo—, abatidos, pero llenos de esperanza, caminaban con pesadez por la arena del Coliseo, parpadeando a duras penas. Pecho bien alto, estáis en conexión con vuestro dios, muy bien.

El muchacho que hacía de león estaba calentando en una esquina, con la pierna que todavía no era pata apoyada en una de las barras de madera. La fiera salvaje saldría por la puerta del Coliseo en posición de ataque, mostrando sus fauces, luego dando saltos gloriosos. Ya me lo estaba imaginando. El coreógrafo se enfrentaba a una escena complicada. Cada cierto tiempo me pedía la toalla para secarse el sudor de la cara y el pecho. Corría de un lado a otro de la sala; estaba ebrio de la emoción ante la desigual batalla. Yo seguía dándole al mando a distancia, apagando y encendiendo la música, que tenía aspiraciones épicas de coros y timbales. De repente sentí claramente,

casi lo pude escuchar: un reguero descendía, y brotaba, y se posaba en el tejido blanco de la compresa.

El ensayo continuó varias horas más. Yo estuve yendo y viniendo, con mucha naturalidad, del baño, cambiándome de compresa cada vez. Cuando terminamos, y el coreógrafo pidió un aplauso, y todo el mundo respiró y se deshizo en corrillos y esquinas, me di cuenta de que había dejado en la papelera del baño un alijo de compresas, y de que aquello no convenía. A fin de cuentas, ¿quién sabe si no era el mismo coreógrafo el que limpiaba el baño de su sala de ensayos? Mejor no dejar evidencias de un suceso tan inesperado para quien lo descubriera. Volví, y sin que me viera ninguna de las bailarinas, saqué la bolsa de la papelera, la anudé y la metí en mi bolso. El coreógrafo me dio instrucciones para la cita del día siguiente. Yo asentí a todo y salí a la calle, entre jocosos comentarios de despedida, «Ay, qué duro es ser cristiano primitivo, Calla, que te devoro, Ay, sí, devórame otra vez». En la pantalla de mi teléfono me aguardaba un mensaje de Hannah: «Cómo estás?». «De momento bien —tecleé—. Todavía no me duele.» Pensé que si el proceso iba a discurrir en este nivel de intensidad, entonces me alegraba de haber aceptado la ayuda económica de Hannah. «Gracias por todo», añadí, y lo decoré con el emoticono de una cara compungida. «Feliz de ayudar», contestó Hannah. La primera papelera que me salió al paso recibió el fardo secreto que llevaba en el bolso.

Al entrar en casa, me sorprendió descubrir a una antigua conocida sobre la vitrocerámica de la cocina: la olla exprés, que tan pocas veces salía del armario. Era una invitada demasiado ilustre para nuestros banquetes.

—Te estoy haciendo lentejas —anunció tu padre—. Necesitas hierro, lo he leído en google.

El recibimiento me conmovió hasta el punto de que clavé mi cabeza en su pecho y así quise quedarme un rato, renunciando al mundo a la manera de un avestruz.

—¿Me dejas moverme? —preguntó tu padre.

—No.

—¿Tienes que ir esta tarde a El Teatrito?

—Sí —musité, todavía enterrada en su sudadera.

—Bueno. —Tu padre me agarró de los hombros y me separó lentamente—. ¿Cómo lo llevas? —Le resumí la mañana—. ¿Seguro que no puedes faltar a El Teatrito, sólo esta tarde? Me parece que estás siendo un poco bestia —insistió.

—Le he dicho a la jefa que iría todos los días.

Tu padre aceptó, pero me pidió que no estuviera mil horas, que no me quedara hasta las doce de la noche.

—Lo veo complicado, hoy me toca taquilla y barra de bar. Haz unas buenas lentejas.

No oculto que me sentía muy frágil. Mi decisión de cumplir con las dos jornadas laborales me apenaba. Yo quería quedarme en casa, enrollada en un extremo del sofá y con el radiador bien cerca, atendida por un hombre guapo. Tu padre me vio la cara contrita y me empujó hacia el baño.

—¿Por qué no te das una ducha y te relajas un poco mientras yo termino de hacer la comida?

Acepté, sobre todo porque me apetecía arrimarme al pequeño calefactor, que emitía un airecillo agradable. Sobre las baldosas heladas, me fui desvistiendo, sintiendo la corriente cálida. Observé la compresa, que quedó estirada en el suelo. Di un paso para adentrarme en la bañera, y en ese momento sentí como se desprendía y aterrizaba, sobre la nívea superficie, un coágulo oscuro.

Lo miré con curiosidad. ¿A qué correspondía ese fragmento? ¿Era un trozo de bolsa, de pared; era un trozo de criatura? Cabía aventurar que era parte de un todo, un todo que se había dispuesto a esculpir, en la intimidad del taller, una figurita; a insuflarle vida y a empujarla a que saliera a comportarse como los demás seres humanos. Pertenecía a un momento en el que nada estaba diferenciado. Imposible separarla de ese todo, identificarla. Ese fragmento era tan protagonista y tan responsable como todas las demás partes que manaban de mí, desechadas. El taller se había cancelado y ahora los materiales salían triturados, inservibles.

Abrí el grifo del agua caliente, un chorro delgado y todavía gélido. El arroyo rodeó el trocito y acabó arrastrándolo, se lo llevó por el

desagüe. Yo me quedé mirando aquel umbral, incluso cuando la temperatura del agua empezó a subir y pude aplicarla sobre mi piel aterida.

Cuando terminábamos de comer, escuchamos la puerta de Hannah cerrarse, y el taconeo de sus botas que cruzaba en diagonal el edificio. Se acercaba. Repicó la puerta. Hannah venía a visitarme:

—¿Cómo estás usted?

Hannah venía ataviada de la manera más estrafalaria: llevaba una pequeña peineta en el pelo, pendientes de aro, collar de perlas y pulseras, todo de plástico rojo. Se había comprado en un bazar chino el kit de flamenca que suelen lucir las niñas en las fiestas del colegio o en las fotos en las que posan disfrazadas. También llevaba en la mano unas castañuelas semideformes que intentaba acoplar sin éxito.

—Voy de flamenca —explicó—, para tu risa.

Parecía el payaso contratado que hace su entrada estelar en un cumpleaños. Tu padre y yo nos reíamos.

—¿Y por qué de flamenca?

—Porque vengo a tomar el café, que es cosa muy española.

A cada frase intentaba chasquear las castañuelas, pero las concavidades made in China no producían más que una débil fricción. Como buena carismática, aprovechaba este infortunio para ahondar más el efecto cómico.

—¿Y cuál es tu nombre artístico?

—Anita la Hija de Puta.

Hannah tardó poco más de cinco minutos en quitarse todas las alhajas, incómodas y tóxicas. Los pendientes habían presionado sus orejas, y se frotaba el lóbulo mientras criticábamos al coreógrafo y a las estampitas filorromanas que me estaba tocando presenciar aquellos días. Los cristianos por el suelo, el león haciendo piruetas, el áspid y Cleopatra bailando un cortejo nupcial fatídico. El pobre Marco Antonio, hecho un despojo, en un rincón. Y eso que todavía no había entrado en acción el vestuario: mucha gasa, mucho tanga. Qué intensidad.

—Si pudiéramos recuperar los cuerpos pompeyanos que hiciste —fantaseó tu padre—, podríais ponerlos de público. ¿Te imaginas? Se

encienden las luces, y los bailarines se dan cuenta de que han estado actuando para momias.

Imitamos los gestos de terror de las figuras, taparse la cabeza, llevarse las manos a la barbilla, enroscarse para protegerse de un impacto violento.

Hannah volvió a preguntarme cómo estaba, y me apretó rápidamente la mano desde el otro extremo del sofá. A pesar de su afición a proclamar que no era partidaria de la distancia física tan arraigada en su cultura nativa, a pesar de saludar siempre con más besos de los que el protocolo pedía y despedirse siempre con abrazos, espontáneamente retornaba a la posición del «espacio personal de seguridad». Se había propuesto tocar mi mano. Para ella era inconcebible que los amigos se pellizcaran o se tocaran la ropa mutuamente durante una conversación, señales de un apetito sensual que poseía a los latinos desde los tiempos de Catulo.

—Me alegro estás bien —dijo.

Yo, sin abandonar el tono festivo con que nos habíamos burlado del coreógrafo y su obra, le pregunté:

—He estado pensando, desde que me tomé la píldora, ¿sabes si ha habido muchas performances sobre el aborto?

Hannah tardó un instante en comprobar que había entendido mi frase, y su sorpresa fue tal que lanzó una carcajada. Tu padre, en cambio, me miró con gravedad.

—¿Qué dices?

—Es sólo una pregunta —contesté defendiéndome—. Quiero saber si ha habido muchas obras de arte sobre este tema.

Hannah rebuscó en su memoria:

—A ver, hay performance sobre cuerpos de las mujeres, muchas. Menstruación, violación, cansancio, belleza, trabajo... pero de aborto... No sé.

Me enumeró unos cuantos ejemplos en los que artistas habían utilizado sangre para pintar, para pintarse, para quedarse quietos durante días o para poner nervioso al público. Pero no recordaba ninguna performance específica sobre un aborto, o el aborto como tema.

—¿Qué estás pensando?

—No lo sé.

Pensaba en el frío de la bañera. Me recordaba al comienzo del cuento de Blancanieves, cuando su madre está cosiendo en el marco de la ventana, contemplando la nieve caer, y de repente se pincha con la aguja en el dedo. Ella observa las tres gotas de sangre, y desea tener una niña con la piel blanca como los copos que cubren su castillo, el pelo negro como la madera de la ventana y la boca roja como su sangre. A mí me podía haber pasado lo mismo: anhelar, en ese instante, una niña con los ojos negros como un coágulo.

Hannah me prometió que buscaría referentes pasados, si los hubiera, de trabajos que abordaran el espinoso tema, que podía herir a tantos que se acercasen.

—Yo te ayudo —se apresuraba a decir.

Detecté en ella la contradicción entre quien quiere ser generosa, amadrinar a una novicia, y quien quiere brillar sin ceder un milímetro de majestad a nadie más. Para ella esto era poder, y necesitaba controlar quién osaba reclamarlo para nuevas posibilidades. ¡Nuevas! Se habría reído, Hannah. Nunca puede ser nueva una performance. Es imposible llevar a cabo una acción en el mundo sin que ésta sea antigua. Con o sin público delante, está todo hecho. Pero yo no quería abrumarme con información ni con referentes, ni saber todavía de qué estábamos hablando exactamente. Quería apuntar que algo había sucedido, y ese algo me susurraba que merecía la pena sacarlo a la luz, expresarlo. Tuve que tranquilizar a tu padre, que me suplicaba:

—Por favor, nada en la calle, nada en la vía pública.

Yo me reía.

24

El coreógrafo anunció un cambio inminente. El número de cristianos arrojados al Coliseo iba a reducirse. Se daba cuenta de que le había quedado demasiado desgarrador y no quería alterar el ánimo de nuestros clientes y espectadores. Al fin y al cabo, aquello era una celebración. Mejor no aludir a persecuciones a grupos religiosos; quién sabe qué etnias, ideologías, pactos, conformaban el círculo de confianza de Shedelton. El león entonces pasaría por allí y los bailarines que hacían de cristianos se limitarían a dos gestos muy esquemáticos, con lo cual nos quedaría claro a todos que en Roma la relación con la muerte podía pasar por el Coliseo y tener un precio de entrada y llenar dos horas de un día festivo. Estos romanos eran tremendos. Los bailarines desposeídos de su papel de cristianos recibieron una nueva asignación: abandonaron el aire de fatiga y el caminar lento y trasladaron el eje corporal al pecho y los hombros. Ahora eran gladiadores. La coreografía de la lucha cuerpo a cuerpo incluía caídas, fingidos arrastramientos del pelo, y llaves voladoras.

—Apunta —me dijo el coreógrafo—: necesitamos un tridente y una red, eso que usaban los gladiadores para luchar. Mírate la escena de *Espartaco*, la de la pelea, la de Kirk Douglas y Woody Strode.

Aquel día, por cierto, vino a visitarnos otro esclavo, uno del siglo XXI. Uno que, al igual que Tony Curtis en la película, enjabonaba a sus amos, también sometido a metáforas perturbadoras de caracoles y ostras y otras criaturas que se arrastran y se aferran a sus espacios de supervivencia. Adriano se asomó a la puerta de la sala con precaución, y cuando el coreógrafo le invitó a entrar con un gesto, mientras los gladiadores daban patadas al aire, vino entusiasmado a sentarse. No iba solo. Me precipité a colocar unas sillas; le acompañaban otros dos. Eran del equipo de la Presidenta y parecían asombrados por el hecho de asomarse a una sala de ensayos. Jamás se les había ocurrido que

podía existir un periodo, una zona de preparación en el ámbito que ellos llamaban «la farándula».

—Yo siempre he querido ser artista —festejaría luego una de ellos, cuando saludaron al grupo en el descanso.

Habían venido en misión diplomática, a recordar al coreógrafo que esto era un encargo y que había mucho en juego, y, por qué no, a distraerse un rato. Les gustó lo de ser recibidos con respeto y vehemencia. A nosotros nos desconcertaban sus trajes de chaqueta tanto como a ellos nuestra ropa, el chándal, el top, la camiseta de tirantes rasgada y atada sobre el ombligo para poder imitar mejor el golpe de abdominales del coreógrafo.

—Está prohibido tirar comida a los bailarines —avisé a Adriano, muy seria.

—Eres gilipollas —susurró mi amigo bien sujeto por la corbata—; ya se la tirarán ellos mismos por encima —añadió.

El coreógrafo intentaba fingir que la visita de sus benefactores no le había incomodado y que podía seguir con el ensayo con naturalidad, pero le costaba. Los visitantes atendían boquiabiertos a cada repetición, a cada indicación, sin percatarse de la presión que habían sumado al aire de la sala, caliente y vaporoso entre los cuerpos aspirantes a imagen de gladiador. Les asombraba la gravedad con la que los bailarines acataban las órdenes del coreógrafo, les asombraba mi concentración con el mando en la mano, apagando y encendiendo la música como si fuera una tarea compleja. Pronto el equipo artístico acabó acostumbrándose a su presencia, más cándida de lo que había parecido en un primer momento. Cuando el coreógrafo me pidió con un gesto que cortara los timbales y declaró el fin del ensayo, los bailarines aplaudieron, como todos los días. Los visitantes volvieron a sorprenderse y se arrancaron a aplaudir también, entusiasmados, convencidos de que aquel día había ocurrido algo extraordinario, y el aplauso era una espontánea prueba de ello. Mientras recogía, escuchaba sus murmullos. Adri me esperaba expectante. Me acerqué a ellos, muy simpática:

—¿Qué os ha parecido? —Pero a la vez humilde—. Todavía queda mucho trabajo por hacer, somos conscientes.

Ellos estaban arrobados:

—Va a ser espectacular. —Aun así necesitaban cerciorarse—. El vestuario no va a ser así, ¿verdad?

—No, no —respondía yo muy didáctica—, van vestidos con la coraza y el casco de gladiadores, y las luces van a ser rojas, y blancas y moradas.

Aprobaban.

—Va a ser impresionante.

Adri me guiñaba el ojo de vez en cuando, como si los dos fuéramos parte del mismo equipo y hubiéramos logrado ese pequeño éxito juntos. Cuando los acompañé hasta la puerta, me puso la mano en el hombro. Les dijo a los otros, para que yo lo oyera:

—Se lo vamos a contar a la Presidenta, con todo detalle.

—Eso, eso —afirmaban—. Tiene un toque muy épico, como de película de romanos, y eso está bien; es bonito y a la vez es entretenido. Fantástico.

Fui muy cálida con ellos, les di dos besos, les dije:

—Cuando queráis, aquí os esperamos.

No quise cambiarme de compresa en el baño de la sala, y cuando calculé que ya habían caminado lo suficiente como para no encontrármelos de nuevo, salí a la calle. Me fui a casa, que estaba silenciosa y se ofreció en ese momento como un alivio, tan inocente, tan lejos de conversaciones y músicas, la puerta cerrada cinco pisos por encima del trasiego de la calle del Carmen. Al arrancar la compresa para tirarla a la basura, y llevarla en la mano desde el baño hasta el cubo, pensé: Parezco un sacerdote romano, que va a leer en las entrañas de un animal cómo se presenta el futuro. Por ejemplo, ¿saldrá adelante el proyecto de Eurovegas? ¿En quién se convertirá Adriano? O algunas incluso de índole más privada. ¿En quién me convertiré yo? Pensé que habría sido gracioso atravesar las filas de gladiadores danzantes con mi compresa en la mano, señalando a los visitantes y diciendo, La Presidenta no os quiere. No cuenta con vosotros en la próxima legislatura. Sólo por divertirme, sólo para ver cómo su cara se demudaba y salían huyendo entre sollozos y lágrimas. La compresa permanecía caliente en mi mano. La enrollé para evitar a

tu padre un hallazgo desagradable cuando se acercara al cubo de la basura. Sin embargo, a pesar de que removía estos pensamientos, entre irónicos y sensatos, algo se deslizaba hacia un final. Había sido muy arduo pasar cada minuto de aquella mañana. No me había encontrado bien. Sentía asco, y estaba enfadada. Quizá se debía al estado que experimentaba el cuerpo esos días; sin embargo, google me había dicho que la píldora RU, la que sonaba a cápsula de cianuro en la boca de un nazi, no alteraba el ánimo; simplemente hacía su labor trituradora sin enredarse con otras recetas químicas del cuerpo. Quizá era cansancio. Quizá estaba afectada porque, aun convencida de no seguir adelante con el embarazo, en realidad sí existía esa discutida pulsión maternal y en el fondo me arrepentía. Repasaba estas posibilidades, pero ninguna se revelaba como definitiva. Conté visiones que persistían de la mañana, los gladiadores tirándose por el suelo, la afectación del coreógrafo, los mohínes de los bailarines cuando fallaban por quinta vez. Ninguno de estos sucesos era el problema. En cambio, mi detector de náusea sí sonó al acercarse a una imagen: Adriano, guiñándome el ojo.

25

Tu padre llevaba un walkie-talkie en la mano y se había vestido de negro. Cruzaba el escenario saludando a técnicos y artistas. Los primeros valoraban su carácter tímido y sosegado, enfundado en un aspecto grave, que transmitía seguridad. Los segundos se deleitaban con la distancia entre sus hombros, su tatuaje y el oscuro pelo que algún bailarín fantaseó con arremolinar entre sus dedos. Yo estaba demasiado concentrada en lo mío como para perseguir con la mirada a esos atrevidos; tengo que admitir que, aunque la admiración femenina hacia tu padre me divertía, cuando detectaba a un hombre encandilado con él me ponía furiosa. Me irritaba la sola idea de que pudieran pensar en él como pieza a abatir. Ni soñarlo, me daban ganas de avisar al mundo, y solía agarrarlo por el brazo, reclamándolo. Pero muchos hombres no lo podían resistir; le lanzaban piropos, mordisquillos al aire, le llamaban príncipe. Tu padre reía entre dientes, halagado y sufriendo el ímpetu de la atención que nunca parecía preparado para recibir. Mientras tanto yo, sin embargo, estaba sentada en una butaca de la tercera fila. El coreógrafo correteaba de un lado para otro, y de vez en cuando gritaba mi nombre. Estaba indignado ante mi imprevisible apatía; llevaba dos semanas comportándome como una auténtica sierva, y ahora que había llegado el gran día, me encerraba en mí misma, me desplazaba lentamente, me encogía de hombros ante los problemas de los bailarines.

—¡Se me ha roto la hebilla del sujetador! —sollozaba Cleopatra.

Yo cogía el walkie y murmuraba el nombre de tu padre.

—Necesitamos ayuda.

Tu padre también me reprochaba discretamente mi falta de agilidad; quedaban tres horas para que el público tomara el patio de butacas y comenzara *Eurovegas, una Tierra de Leyenda*. Así se había titulado el espectáculo. En el programa de mano, el coreógrafo

declaraba que en tan sólo una hora recorreríamos los mayores mitos de la Historia para celebrar todo aquello que somos, y que hoy nos une. Algo así. Había otro párrafo de la Presidenta, y otro de Shedelton, declarándose su amor mutuo. Cada texto estaba en inglés y en castellano. «En mis frecuentes viajes a España —glosaba Shedelton — he aprendido a conocer su sol, su maravillosa gastronomía, sus gentes. Estoy feliz de poder iniciar aquí una nueva etapa para Vegas Corporation, en el que es ya su séptimo establecimiento en el mapa mundial. Hemos constituido una familia global y unida que hoy recibe a un nuevo miembro, el más alegre, el más divertido y vital. Estoy seguro de que aprenderemos mucho unos de otros, y de que éste es el primer paso de un viaje apasionante.»

El público que llenaría la sala estaba compuesto por inversores, posibles inversores, políticos y familiares. El espectáculo se ofrecía en el marco de tres jornadas dedicadas a la presentación del proyecto de Eurovegas: charlas, paseos por los terrenos, almuerzos muy fructíferos donde las tarjetas con los emails y los teléfonos aleteaban de una solapa a otra. La Presidenta no cabía en sí de satisfacción. Se sentía armada con una metralleta invisible en la mano, que podría accionar en cualquier momento, abrasando a todos aquellos que habían dudado alguna vez de su capacidad para manejar el mundo. Shedelton, cada vez que se cruzaba con ella, hacía una teatral reverencia que regocijaba a los acompañantes. La Presidenta rogaba, «Please, Wilton», pero en su actitud no había nada que hiciera sospechar el mínimo rubor o incomodidad. Su pecho, bajo la coraza de Chanel, ascendía y descendía con generosidad, bombeando fuel para soportar el envite de una dicha tan grande. Se sentía, sigamos con las metáforas bélicas, un tanque que recorría las calles de una ciudad liberada bajo lluvia entusiasta de confeti. Adriano seguía al tanque como el niño que lleva la banderita en la mano pero ni se atreve a agitarla por miedo a perderse un detalle. Él también estrechaba manos, guardaba tarjetas, aceptaba comentarios sobre su juventud y veleidosas promesas sobre interesantes colaboraciones. Kenneth guardaba las distancias; esta vez sólo habían dormido juntos la primera noche, y luego el americano había pretextado la intensidad de la agenda y los rigores del jet lag

para quedarse en su hotel. En las cenas se comportaba con cierto sarcasmo. Adriano estaba demasiado excitado ante el discurrir de los días y no tenía dificultades para ignorarlo, aunque se juraba a sí mismo que no volvería a picar cuando Kenneth le hiciera la próxima encerrona, que sin duda llegaría. Un tropezón en el pasillo, un mensaje, un «Como ya no me haces caso», y las gafas de Kenneth corrían serio peligro de volver a terminar posadas en la mesilla de noche de Adriano. Pero no. Adri sólo quería recoger cada pedazo de confeti diseminado en el aire y prendérselo en el pecho con alfileres, como una condecoración íntima que imaginaba merecer. «Soy un genio», se decía muy serio. Luego se recordaba que debía mantener la frialdad, que sólo los que no se inflaman y piensan en los próximos cinco años, no en hoy ni en ahora, se mantienen. Para abandonarse un momento contaba con el espectáculo de aquella tarde, en el que podría felicitarse definitivamente a sí mismo, y luego abrazarnos a mí y a tu padre en los camerinos. Nos había dado trabajo; es más, nos había dado trabajo en un proyecto artístico y con un coreógrafo considerado de prestigio. No sólo era astuto, también era generoso, y leal. A pesar de nuestras diferencias ideológicas, él no se olvidaba de sus amigas. Ni de los novios de sus amigas. Gracias a Adri, unos euros se habían depositado en el seno de esta humilde familia de jóvenes subempleados, y aquel mes comeríamos caliente. Había pensado incluso, antes de entrar en los camerinos, enviar por mensajero un ramo de flores para Hannah y para mí, pero se había inhibido al desconocer los protocolos que operaban en este caso. ¿Se ofendería el coreógrafo si la ayudante de dirección recibía una distinción? ¿Sería demasiado clásico para Hannah? Seguro que a Hannah había que enviarle un puñado de cardos, pensó burlón, seguro que eso era lo más rompedor y lo más adecuado para corresponder a su espíritu indomable. No nos mandaría nada; bastante honor teníamos con hacernos fotos con él y con estrechar después la mano de la Presidenta, que vendría a conocernos y a darnos la enhorabuena.

Mientras tanto, yo me esforzaba por escuchar los últimos rumores del río que salía de mí y que se estaba secando: todo dentro de los dieciséis días estipulados que mencionaban las descripciones de

internet. La RU-486 es ese botón que abre la esclusa y que da paso a un torrente, pero no había que preocuparse, volvería a cerrarse. Se podía percibir el agotamiento del manantial; ya sólo quedaban hilos oxidados de un agua muy pobre, lo último antes de volver a la sequía necesaria para poder integrarse de nuevo en la normalidad, la de aquellos que controlan su cuerpo y no se dejan perturbar por catástrofes naturales. De alguna manera, me decía a mí misma que estaba perdiendo una oportunidad para convertirme en toda una terrorista. Tenía conmigo un material tan preciado como la sangre. Un golpe de efecto garantizado, una intervención memorable en medio de *Eurovegas, una Tierra de Leyenda*. Me imaginaba irrumpiendo en el escenario, pidiendo silencio: Tengo algo importante que deciros. Meterme la mano bajo el pantalón vaquero y sacar los dos dedos para pintarme de cobre la cara. ¡No temáis!, gritaría yo. Los romanos utilizaban la sangre para comunicarse con sus ancestros, ¿por qué tenéis tanto miedo de los fantasmas? En realidad, diría yo tristemente, sola en el escenario, no existen. No os preocupéis. Podéis construir encima de ellos, podéis ignorarlos, podéis olvidar todos los rituales que nos tienden desde el otro lado. Vuestro Eurovegas se clavará en el suelo dispuesto a resistir todos los peligros. Ninguna fuerza ultrahumana puede ayudarnos para evitarlo. Ahí plantaréis vuestras avenidas y vuestros pasillos con máquinas tragaperras, y luego cogeréis el avión rumbo a Macao, y cargados con los cubos de monedas de aquí y de allí os esconderéis en una bellísima isla en medio del Pacífico, para bañaros en una playa silenciosa y dejar que los cangrejos os pellizquen los muslos para una óptima circulación sanguínea. Vuestra sangre va muy bien, fluye, y ésa es la única sangre que os importa. Esto barruntaba yo ridículamente encogida en mi butaca de la fila 3, mientras tu padre llamaba a unos y a otros por el walkie-talkie.

Hannah entró en la sala a través del escenario, saludando a todo el mundo con un cantarín «Hello motherfuckers!». El coreógrafo hizo ademán de regañarla porque llegaba tarde, pero ante el indolente gesto de la gran artista el otro se reprimió.

—Tú verás, yo no doy más de mí. Por lo menos has venido.

Hannah se divertía. Los artistas de performance y los artistas de teatro no se entienden muy bien en cuanto a la planificación y a la administración del calendario; cada uno se desenvuelve a un ritmo diferente. Hannah me buscó entre los bailarines que se estiraban a lo largo del suelo del escenario, girando los cuellos, removiendo las rodillas, elevando los riñones al cielo. Arrojó su gorro de lana al patio de butacas, intentando alcanzarme.

—¿Qué haces en la oscuridad?

—Por fin llega la Sibila —le contesté, y escuché mi voz, que no llegaba al tono enérgico que habría debido tener en esos momentos.

Era más bien un estertor. Hannah se dio cuenta y como siempre que me pillaba huidiza, sus instintos cazadores se redoblaban. Saltó desde el escenario al patio y se acercó.

—¿Qué pasa contigo?

—Nada.

—¿Estás nerviosa?

—No, aquí, en la sombra.

Hannah se sentó a mi lado.

—Tú siempre rara. ¿Qué estás pensando?

—Estoy un poco alterada con todo esto, ya lo sabes —repliqué.

Pensaba dejarlo ahí pero Hannah se había propuesto retorcerme hasta hacerme decir las palabras que le permitieran darme un consejo, o tranquilizarme, o quitarle importancia. Se acercó a mi cara y escudriñó dentro de mis ojos, con las linternas que llevaba ella en los suyos.

—Ya sé lo que piensas —afirmó—. Piensas que esto es mierda y que tú debes hacer algo.

—Pues no lo descarto —contesté, esquivándola, escondiéndome de sus haces de luz inquisitiva.

Su cuello retrocedió, tomando perspectiva.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé. Es sólo que esto es todo una puta mierda, y que me gustaría detener el proyecto de Eurovegas, así te lo digo, eso es lo que me gustaría: que no se hiciera realidad. —Me ponía nerviosa; la voz se me iba quebrando—. En vez de divertir a los americanos y a sus socios

españoles, me gustaría pedir ese deseo en voz alta, y que me abuchearan, o se rieran de mí, yo qué sé. Pero no quedarme callada.

Hannah tomó aire, mostrando comprensión hacia mí, pero también meneando la cabeza.

—No te lo tomes así. Eurovegas va a existir contigo o sin ti; por qué tomas como algo personal. Ya existen manifestaciones en contra de Eurovegas, ya existe gente que denuncia y que protesta. Tú sola, hoy, ¿qué puedes hacer?

Nuestras voces susurraban en la penumbra de la butaca. El inmenso auditorio no atendía a detalles; tu padre conversaba con los técnicos en la cabina, los bailarines empezaban a vestirse y cruzaban de un lado a otro con sus maillots en la mano y sus tocados de plumas en la cabeza.

—¿Quieres hacer performance? —me preguntó Hannah—. Puedes hacerlo. Te pones un eslogan en las tetas, o rompes con cuchillo los asientos, para que cuando sienten ellos vean las tripas de algodón salir por el suelo. Estás a tiempo. ¿No preguntabas el otro día por performance con sangre de aborto? Tú puedes ser la primera.

Hannah se impacientaba. Sentía que yo la estaba obligando a posicionarse junto con todos los artífices de aquel despropósito que íbamos a laurear aquella tarde, incluyendo a la Presidenta de Madrid y al magnate americano del juego. Sabía que al sugerirme posibles acciones, éstas sonaban ridículas. Yo me daría cuenta de que era absurdo llegar hasta aquí, después de tanto trabajo, y de repente improvisar una pataleta.

—Las cosas no son así —continuó Hannah—. Tú no puedes hacer boicot a un compañero artista. Su trabajo es horrible, todo esto es mierda, pero no puedes joderlo sólo para sentirte tú mejor. Una obra de arte no es para que artista se siente mejor persona, ¿sabes?

No quise responder. Era cierto, estaba enfadada conmigo misma. Quizá la vergüenza había eclosionado al ver los rostros de Shedelton y de la Presidenta sonreír desde el programa de mano, ella con uno de sus alabados jerséis, que llevaba media España porque en Zara costaban diez euros, y que la hacían tan cercana, y él con uno de sus trajes de chaqueta, medidos con rigor monacal por un sastre que iba

especialmente a su casa de Nevada una vez al mes.

—Tú sólo has trabajado —me dijo Hannah.

—Claro —repliqué—, tuyas son las grandes acciones, tuyas las estrategias. Tú estás infiltrada porque quieres observarlos de cerca y hacer un proyecto que será todo un escándalo dentro de un año, en una galería de Los Ángeles. Yo en cambio estoy aquí porque tengo que pagar la factura de la luz, y punto. Yo también quiero ser imprevisible, no te jode.

—Pero no puede ser —dijo Hannah—. Eliges sobrevivir, porque eres una chica lista y sabes que es la mejor opción que tenías. Así que no te sientes vergüenza por ingresar muy poco dinero en tu cuenta por un maldito acto de inauguración de Eurovegas, tú eres una trabajadora y el año que viene estarás en otro show como éste, en un festival o en una exposición universal, aquí o en México, qué más da.

—He escogido la profesión de portadora de pétalos de rosas para arrojarlos al paso de los vencedores —concluí.

Hannah se puso de pie y me alargó la mano. En el escenario se había formado un corro en el que participaban todos los miembros del equipo. Nos llamaban.

—¡Venid, pesadas! Vamos a decir un mantra.

Intentaban dominar la tensión ante la inminente hora del estreno. Tu padre miraba a cada lado, obligado a estar allí; no había podido huir a tiempo y dos gladiadores le habían forzado a agarrar sendas manos.

—Descalzaos —nos dijeron—, no piséis el linóleo.

Yo dejé mis zapatillas en las escaleras que subían al escenario, pero Hannah continuó sobre sus botas, adentrándose en el corro para el consiguiente disgusto del coreógrafo.

—Hannah, cariño, descálzate.

—I don’t understand Spanish —espetó ella, y el otro aceptó, ya con una risa de resignación.

Entrelazados, repetimos las frases en sánscrito, supongo que sería sánscrito, que iba entonando una de las actrices. Yo enganchaba los dedos de mis compañeros a cada lado, rígidos como alambres; ellos notarían mi dureza y seguro que se enternecían ante la falta de

espontaneidad de los miembros del equipo que no pertenecían a la categoría de artistas. Pero aquí cada uno estaba nervioso por algo; ellos, porque temían no ganarse la adoración del público si ejecutaban un salto incierto; tu padre, porque temía los rituales colectivos y su corazón se aceleraba pensando que podría haber un momento en el que tendríamos que hablar de uno en uno, o salir al centro y hacer algo, qué sé yo, cualquier cosa que lo situara frente a los demás; el coreógrafo, porque todavía discutía consigo mismo cambios en algunas escenas. «Es demasiado tarde —se decía a sí mismo—. No pasa nada porque el león entre de esa manera, aunque sé que sería mucho más espectacular si lo hiciera tres segundos más tarde, a la vez que el sonido de platillos.» Yo, pensando que había bastado titular a todo aquello *Eurovegas: una Tierra de Leyenda* para que efectivamente aquella congregación de personas se lo tomara muy en serio, sabiendo quizá que eran ellos mismos los primeros, y quién sabe si los últimos, en creer en esa leyenda recién inventada; un territorio nacido de un documento en una pantalla y fabulado después sobre una urbanización abandonada y después en un escenario. Ésa era la leyenda. Nos acompasábamos al poder para resistirlo mejor, utilizando para ello palabras etéreas por vaciadas y melodías frágiles por machacadas. Danzando contentos, a pesar de todo; qué importaba lo que nos aguardaba al final del festejo.

Terminó el cántico en grupo.

—¡Mucha mierda, señores! —exclamaron unos y otros, y aplaudieron.

El jefe de sala asomó por una puerta y nos avisó:

—Cinco minutos para entrada de público.

Todo el mundo, con un murmullo de excitación, fue a sus puestos. El mío estaba entre bambalinas, atendiendo a la buena marcha de la función. Me puse el intercom y lo encendí. Hannah quiso detenerse para hablar conmigo de nuevo, pero la conminaron a vestirse inmediatamente de Sibila; era la única que aún no se había preparado. Hannah maldijo y corrió a por su túnica.

Los espectadores comenzaron a diseminarse por la sala, en todas direcciones. Un alegre grupo que charlaba en distintos idiomas,

hombres y mujeres asiáticos, americanos, españoles. Todos agradecían el paréntesis de estar por lo menos una hora sin traficar con influencias, descolgándose por un momento de su propio personaje. Fueron ocupando las butacas. Yo les espiaba por el resquicio entre dos telones. Vi a la Presidenta abanicarse con el programa de mano, después enrollarlo y pegar en la cabeza, amistosamente, a su acompañante, muy parecido a un conocido ex miembro del gobierno central que ahora presidía una caja de ahorros. Vi a Adri y a los dos que habían aparecido en el ensayo; preparaban muy solemnes las palabras de bienvenida al auditorio. Cuando los últimos rezagados terminaron de instalarse, las luces de sala se atenuaron, y el murmullo se suspendió. Adri y los otros dos se colocaron delante del escenario. Un técnico acercó un micrófono a la de en medio, que saludó en inglés:

—Muchas gracias a todos por venir. Es un honor contar con la participación de este coreógrafo tan prestigioso. Esto es la guinda final a un apasionante proceso, que en realidad no ha hecho más que empezar, pero hoy estrechamos lazos, y queríamos celebrarlo con una creación en exclusiva.

Los asistentes correspondieron con aplausos, y cuando las luces de sala se desvanecieron, se hizo por fin el silencio preliminar. A mi lado, el bailarín que abría el espectáculo hacía los últimos estiramientos.

—Vamos a ello —murmuró.

—Dentro tema uno —escuché por el intercom.

Hice la señal al bailarín, que saltó al escenario: era el agotado mensajero, tenía que recorrer el escenario galopando antes de toparse con Julio César y entregarle la cabeza de Pompeyo.

—Entra Mensajero —indiqué por el intercom.

Las entradas y salidas empezaron a desgranarse con rapidez; todo iba bien. Cuando di el pie al bailarín que interpretaba a Bruto con su puñal, sentí de repente las garras de un pájaro cerrarse en mi brazo. Era Hannah.

—Quiero hablar contigo.

—Ahora no puede ser —farfullé, mientras pulsaba el botón para enmudecer el intercom.

—Sólo quiero decirte que soporto lo que haces —me anunció. Traduje mentalmente: quiere decir que me apoya—. Si tú interrumpes el espectáculo, yo no haré nada, pero soporto. Es un error, pero tú puedes hacer lo que quieres.

Posé mi mano sobre sus garras de pájaro. Apreté.

—Gracias. Ahora prepárate, Sibila, que tienes que decir la verdad a todos los ciudadanos, aunque traigas malas noticias.

Hannah se alejó de mí. Arrastraba su túnica blanca, caminaba descalza. Llevaba un enorme libro de cartón piedra bajo el brazo. Sólo tenía que entrar en escena, señalar al cielo, señalar el libro y pisotear frenéticamente el suelo. Los demás retrocederían horrorizados y saldrían corriendo; y esa sería la señal para la entrada de Cleopatra. El pastiche iba sobre ruedas.

—Atentas a vuestra entrada —susurré a las bailarinas del séquito de Cleopatra.

La música había aminorado: ahora el clarinete, preludio de la aparición de Hannah, la misteriosa Sibila envuelta en bruma. Cleopatra estaba lista, el áspid estaba listo, Marco Antonio se preparaba para salir rodando como un moribundo. Hannah estaba en medio del escenario, yo la veía desde el lateral. Hannah señalaba al cielo lentamente, como una mujer que tiene el don de comprender a los dioses, aunque hablen desde lejos. Su dedo índice descendió sin prisa, y se detuvo a medio camino. Señaló hacia el lateral, donde estaba yo. Los bailarines que me rodeaban se miraron desconcertados. Hannah hizo un gesto: pasó su dedo índice por su vientre, planeando sobre la zona del sexo subterráneo bajo la túnica, y luego trazó dos líneas invisibles sobre sus mejillas. Luego lo alzó al cielo, o más bien al peine del teatro, y pateó el suelo como marcaba el guión: había vuelto al orden preestablecido, y los atónitos bailarines pudieron retomar el hilo del espectáculo. La bailarina que hacía de Cleopatra hizo su entrada, y Marco Antonio por el otro lado, y Julio César también, mirando petrificado a Hannah, como Sibila que había anunciado una desgracia. El público se removía en sus butacas, tosiendo unos, abanicándose con el programa otros, fascinado alguno. Se preguntaban cuánto quedaba para que acabara y si se podría llamar

a esto ballet, porque no llevaban tutú.

Me había gustado que Hannah me invitara, delante de todos, a pintarme las mejillas con sangre. Desde su autoridad, me legitimaba; la emperatriz de la performance me daba su bendición, quizá porque pensaba que jamás me atrevería. En realidad, sopesé, claro que podía hacerlo, y sin temor; era tan descolorido, tan residual lo que me quedaba por expulsar en esos momentos, que me pintaría la cara y nadie se daría cuenta. Sin quitarme el intercom, lo hice: un rápido movimiento, una mano que se hunde en las bragas y sube con dos toques de óleo, que se ponen en la cara con el gesto maravilloso de las pinturas de guerra, visto en tantas películas. No hacía falta mirarme en un espejo para saber que el resultado sería imperceptible. No tenía ningún valor, pues. No iba a violentar a nadie, no iba a cambiar nada. La velada transcurriría con la misma energía briosa y entusiasta de los tres días de congreso internacional. Ya podía yo pasearme, arañada por un óxido, que sólo serviría para corroborar la impresión de los demás: «Esta joven gestora cultural no quiere pertenecer a nuestro mundo, pero se empeña en pegarse a nuestros márgenes».

—Y —escuché al regidor por el intercom— nos vamos a oscuro. Fin. Vamos a aplauso.

Volvió a subir la luz cálida y clara. En el patio de butacas, la Presidenta aplaudía, Sheldon también, Adri se reprimía las ganas de ponerse en pie. Los artistas salieron a escena para la reverencia estipulada; Julio César se sujetaba la toga para inclinarse y Cleopatra parpadeaba, sofocada por el sudor. Hannah parecía divertirse en medio de los fuegos artificiales, articulando claramente palabras como «Jesus», que es casi como decir «Joooder», un signo de desdén que quizá algún americano en la sala captó, quedando entonces confundido. El coreógrafo salió a saludar y la sala prorrumpió en una ovación. La bailarina que hacía de áspid vino corriendo por mi lateral y me sacó. Incliné la cabeza con el intercom puesto, dando palmas con la cara pintada con mi propia sangre, dos restos parduscos que nadie podía percibir bajo el manto euforizante de los focos. Por el otro lateral, a rastras, consiguieron que tu padre se asomara al escenario unos segundos y ofreciera un agradecimiento fugaz.

Seguramente la Presidenta ya se preparaba junto con sus guardaespaldas para internarse en los pasillos de los camerinos. Quedaría una foto, ella con su chanel y sus tacones, capitana del equipo, y alrededor todos en maillots, con pestañas postizas, pellizcos de purpurina, el coreógrafo también, sudado y exhausto, todos de acuerdo en que habían culminado quince días de estrangulamiento y por fin se había realizado el sacrificio. Juntos, cumplimos un ritual de entrega. Hubo calor en esa noche invernal.

Sin embargo, yo no estoy en esa foto. Cuando salí del escenario, me quité el intercom. Necesitaba aire. Dejé atrás a todos los miembros del equipo que se abrazaban y se besaban y ya empezaban a comentar los imprevistos: «Te he mirado así porque no entendía nada, Has entrado antes de tiempo, Hannah, ¿qué ha sido esa coreografía improvisada que te has marcado?», y reían. Tomé el pasillo que llevaba hasta la zona de descarga del teatro, entre cubos de basura. A cielo abierto, por fin.

Madrid se veía al fondo. No tenía dinero para volver en metro: el bolso estaba dentro del teatro. Hacía mucho frío pero tendría que hacerlo así, dispuesta a caer enferma. Por qué no.

Anduve una hora y media hasta llegar a casa. Crucé la autopista que rodea la ciudad; atravesé barrios que nunca había pisado. Todos tranquilos, iguales, distintas combinaciones de farolas y paradas de autobús bajo la calma helada de los primeros meses del año. Troté durante algunos tramos, a ver si así entraba en calor. Qué ganas tenía de salir del teatro aquel. Por el camino me di cuenta de que tampoco tenía llaves, pero estaba segura de que el umbral de nuestra casa en la calle del Carmen no era un mal sitio para dejar pasar las horas.

Al acercarme al portal descubrí a tu padre. Me esperaba, muy tranquilo. Cuando me acerqué, preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé —contesté.

Tu padre se metió el dedo índice en la boca. Lo humedeció, y lo puso en mi mejilla. Frotó. Por eso después, en casa, al mirarme en el espejo, no hubo forma de saber si alguna vez estuvo allí tu sangre.

«El objetivo era poblar Madrid de cuerpos visiblemente desesperados.»

En el Madrid de los años más duros de la crisis, capital de la lava y la ceniza financieras, dos mujeres denuncian la bancarrota moral con una performance de alto riesgo.

María Folguera traza en *Los primeros días de Pompeya* una suerte de pasadizo histórico entre dos mitos: la Pompeya que sepultó el Vesubio y el Madrid que pudo sepultar EuroVegas. Si la ciudad romana sufrió un volcán, Madrid sufrió a su Presidenta.

Por el escenario de esta ucronía política transitan actores, dramaturgos y artistas callejeros; pero también consejeros y correveidiles, falsos terroristas y, sobre todo, una mujer activista que quizá sea el Segismundo de nuestro tiempo.

Todo es teatro; todo, representación. María Folguera se lanza a hablarnos de lo íntimo y de lo público, de la mujer y de sus decisiones cruciales, de precariedad y de empeño artístico; del telón que muchas veces hay que atreverse a bajar.



Para entrar o salir de la ciudad sitiada

La pertenencia. *Gema Nieto*

La visita. *Jose González*

Fuera de juego. *Miguel Ángel Ortiz*

El profesor de literatura. *Christian Vega*

98 segundos sin sombra. *Giovanna Rivero*

Canje. *Víctor Sombra Macarrón*

Escarnio. *Coradino Vega*

Made in Spain. *Javier Mestre*

El agua que falta. *Noelia Martínez Pena*

La edad ganada. *Mar Gómez Glez*

Sin música. *Chus Fernández*

Yosotros. *Raúl Quinto*

La vida periférica. *Roxana Villarreal*

Fuera de tiempo. *Antonio de Paco*

El comensal. *Gabriela Ybarra*

Meteoro. *Mireya Hernández*

Filtraciones. *Marta Caparrós*

Edición a cargo de Alberto Olmos

Edición en formato digital: marzo de 2016

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Fotografía de portada: Thinkstock
Ilustración de portada: © Manuel Esclapez

ISBN: 978-84-15451-71-6

Composición digital: M.I. maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Los primeros días de Pompeya

Sobre María Folguera

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Sobre este libro

Últimos títulos publicados

Créditos